DEL AUTOR DE Se curan rotos, descosidos y deshilachados
ALEX TOLEDO
Ni siempre ni nunca
(ni tú ni yo)
BLACK Birds

ALEX TOLEDO

Ni siempre ni nunca

(ni tú ni yo)

BLACK Birds

Disponible
en **audiolibro**

Antes de empezar, debes saber que toda historia tiene
un soundtrack y ésta no es la excepción.
Nada me gustaría más que compartir contigo las canciones
que me acompañaron a lo largo de este viaje.
Escanea el código QR y disfruta cada página
y cada canción tanto como yo.

Dedicado a todas las personas que están aprendiendo a disfrutar de su propia compañía y a aceptar esos encuentros que nunca fueron nada, pero significaron algo.

SOMOS ESE ENCUENTRO QUE NO DURÓ
Y QUE QUEDÓ PENDIENTE.
PORQUE QUIZÁS ES CIERTO QUE HAY HISTORIAS
DESTINADAS A NO SER, Y AUNQUE ÉSA SEA
TODA LA HISTORIA, SIEMPRE LLEVAREMOS
UNA PARTE DE ELLA CON NOSOTROS.

ALEX TOLEDO

Advertencia

Querida persona soltera:
Cualquier parecido con tu realidad es mera coincidencia.
Después de todo, los libros no son más que interpretaciones
de nuestra realidad, ¿y qué caso tendría vivir sin poder
reinterpretar la vida para darle significado?
Además, tú también has sido ese momento fugaz en la soledad
de alguien que tampoco se pudo o quiso quedar.

Introducción

SOLEDAD:

Circunstancia de estar solo(a) o sin compañía alguna.

IMPERMANENCIA:

Cualidad central de todo lo que existe. Relativo al cambio constante. Que nada se mantiene igual ni dura para siempre. Todo es breve.

Hubo un tiempo en la vida —y muchas personas de mi rodada podrán confirmarlo— en que le ganamos a eso de la impermanencia. Se llamaba "permanencia voluntaria" y era muy común en los cines durante los noventa y principios de los dosmiles. Consistía en poder quedarte a ver una misma película sin tener que pagar otra vez. Mi hermano y yo jamás le dijimos que no a una repetición en pantalla grande. Para mí, que nunca quería que acabaran las películas, saber que podía quedarme a verlas una vez más era muy satisfactorio, era como ganarle al famoso "nada es para siempre", poder ver dos veces mi película favorita era convertir un momento breve en uno que —al menos así me lo parecía— durara muchísimo.

Como a todo niño, nunca me gustaron los momentos breves ni que se acabara todo aquello que me causaba gozo. Si compraba un helado, por ejemplo, pedía el de dos bolas para que me durara más: "¡Que sean grandes!", le decía al heladero y me daba dos enormes bolas de helado que apenas cabían en el cono. Con la comida era algo similar: siempre me han gustado los nuggets de pollo —hace tiempo que no los como porque a los treinta #YaHayQueCuidarse— y dentro de mi lógica infantil de la durabilidad, para que no se me terminaran pronto, los partía en pequeños pedacitos, así se "hacían más", todo porque no quería

que se acabara ese momento. Y bueno, ¿qué decir de los parques de diversiones? En más de una ocasión, cuando todavía existía la mítica Feria de Chapultepec —un parque temático en medio de un bosque urbano en el centro de la Ciudad de México—, obligué a mis padres a levantarnos muy temprano para llegar justo cuando abría y así aprovechar el día al máximo porque quería sentir que duraba mucho. Claro que cuando tuvimos que irnos, yo seguía con ganas de más. Siempre fui muy intensito para eso de las emociones fuertes, por eso ahora las escribo.

Conforme fui creciendo no se me quitó esa maña de querer ganarle a la impermanencia: ¿una fiesta con amigos?, yo llegaba antes de la hora citada para estar más tiempo; ¿un libro buenísimo?, lo leía un día sí y un día no para que no se acabara rápido; ¿y qué tal unas vacaciones?, en cuanto empecé a trabajar y caí en las garras de las tarjetas de crédito, poco me importaba endeudarme con tal de hacer que mi placer de verano se alargara lo más posible. Estuve mucho tiempo en buró de crédito por eso, el verdadero Azkaban de nuestro mundo. No importaba cuánto hiciera para alargar los momentos, al final, lo único que hacía era colocar obstáculos a la impermanencia para postergar su llegada, pero siempre estaba ahí. Nunca me deshice de ella. Tarde o temprano, la permanencia voluntaria terminaba, los nuggets se acababan, las salidas se convertían en regresos y las vacaciones llegaban a su fin. Así fue como poco a poco empecé a entender que todo eran instantes que, aunque duraran más que suficiente, eran simples momentos breves. Pero nada me hizo llegar a comprender en su totalidad la impermanencia como cuando comencé a experimentarla en mis relaciones de todo tipo y encuentros que ocurrieron en mis etapas de soledad: amorosas, amistosas y hasta familiares. Eso me llevó a escribir mi libro anterior, *Antes de dejarte ir*, y ahora este que tienes en tus manos (o en tu dispositivo electrónico de confianza). La diferencia es que ahora me dio curiosidad por escribir sobre lo que pasa cuando se mezcla la soledad de la soltería con la impermanencia de esos encuentros breves que vamos teniendo en el camino de reconstrucción y que recorremos después de terminar algo que, a pesar de haber podido durar mucho tiempo, llega a su fin.

En mi experiencia, cuando empecé a enfrentarme al hecho de que muchas de las relaciones se acaban, sin importar del tipo que sean, y que no todos los encuentros llegan a algo, entendí que nada de lo que yo hiciera podría ganarle a la impermanencia. Aunque doliera o no me gustara la idea, tuve que aceptar que hay ciertas relaciones que debían acabar y punto. Y, del mismo modo, que hay ciertos encuentros destinados a ser simples momentos impermanentes, inclusive, destinados a no ser. Pero ¿qué se hace para poder aceptar que todo es impermanente luego de experimentar un final? ¿Cómo se hace para acostumbrarse de nuevo a esa soledad después de un momento de compañía? Y es aquí cuando surgen otras preguntas como: ¿podemos estar seguros de que los siguientes encuentros que tengamos escaparán a esa ley de la brevedad y llegarán a convertirse en algo más? Y más importante, ¿cómo hacer que esa impermanencia no le quite importancia y significado a cada nuevo encuentro?

Al llegar a cierta edad —y más quienes siguen solteros— nos damos cuenta de que todos hemos sido ya el encuentro impermanente de muchas personas y otras lo han sido en nuestra historia, de lo contrario, no estarían solteras hoy, como tú. Y está bien, no hay que entrar en pánico. El hecho es que en algún momento hemos sido esa historia corta en la vida de alguien más que nos dejó ir y continuó del mismo modo que nosotros para seguir explorando las infinitas posibilidades en soledad dentro de un mundo donde estamos destinados a seguir cruzándonos en el camino de otras personas, a veces por un rato, por una temporada o por una vida, pero todos esos periodos igual de impermanentes. Y eso es algo que debemos aprender a aceptar. ¿Pero luego qué sigue? ¿Los dejamos pasar así sin más para seguir nuestro andar? Pues sí, aunque nos pese. Claro que hay una cierta nostalgia en cada uno de esos encuentros, efectos secundarios de algo que he decidido llamar “serendipia del amor”: un encuentro inesperado y agradable mientras estamos en la búsqueda (o espera) de algo más. Y en esto de las relaciones, todo el mundo termina encontrando algo inesperado mientras aguarda por una situación totalmente distinta. Así es vivir en soltería.

El problema con la fugacidad de la “serendipia del amor” es que gracias a la impermanencia, esos encuentros nos hacen extrañar algo que jamás tuvimos ni tendremos, como si algo pequeño muriera dentro de nosotros al ver que esa diminuta probabilidad e ilusión se desvanece, y aniquila así toda posibilidad de escribir una historia. Lo que diré ahora puede sonar masoquista y de alguien adicto al drama, pero creo que hay algo hermoso en esa nostalgia de “extrañar” lo que no fue porque ni siquiera tuvo tiempo de nacer. Así, comenzamos a preguntarnos cómo habría sido si tan sólo hubiéramos tenido más tiempo o si las cosas se hubieran dado de manera distinta. ¿Seguiríamos juntos?

¿Habría sido una buena historia? Quién sabe. Lo único que nos queda es haber podido experimentar un instante de felicidad que, aunque efímero, nos provocó emociones gigantescas que llevaremos cargando al menos por unos días. Luego metemos primera y arrancamos de nuevo para seguir con nuestra vida.

Yo mismo llegué a un punto en donde me di cuenta de que la “serendipia del amor”, hambrienta de impermanencia, sólo nos convierte en fragmentos, momentos de vida que se extinguen, incluso antes de arder. Por eso hay personas que se detuvieron en nuestra estación un instante para abordar el siguiente tren hacia otro alguien, y es curioso cómo esas personas nos dejan una parte suya, aunque nosotros también nos hayamos ido hacia otra vida. Así, con la edad y un poco de experiencia, descubrimos que somos el cúmulo de esas vivencias; restos de historias inconclusas que quién sabe cómo hubieran terminado y que tal vez así era como debían ocurrir: sin poder ser. Todos tenemos por ahí un “alguien” o “álguienes” con quienes nos habría gustado ser todo y nos hacen cuestionarnos: ¿qué hubiera pasado si…? Y quizás no haya misterio más grande que el encerrado por esas historias frustradas, víctimas de una impermanencia prematura, que no nos dejan más opción que aprender a seguir en soledad.

Gracias a esos encuentros breves, producto de la serendipia del amor, y a la reflexión sobre mis propias etapas de soltería, encontré la motivación para aventurarme de nuevo con las letras.

Y si lo piensas bien, aunque a veces duelen un poco, a todos nos encanta leer sobre esas historias destinadas a no ser. Como dice una canción de La Oreja de Van Gogh: *Tú sigues siendo el recuerdo aquel que una vez bailó conmigo un rato y se fue…* y esos encuentros son justo eso, un baile con alguien que no piensa quedarse hasta el final de la canción. Confieso que sí me he puesto a pensar en todas las posibilidades que por azares de la vida no fueron y que dejé pasar. Es probable que nunca lo sepa, y está bien, porque ya entendí que así es como debe ser y para ser franco, no me gustaría que hubiera sido de otra manera porque no estaría donde estoy y haciendo lo que hago. No me veo en otra cosa ni en otro sitio con otro alguien; tan sólo pensarlo es como cometer traición a la vida que llevo y que, para ser muy honesto, me gusta mucho con todo y sus claroscuros.

Sé que allá afuera, al igual que yo, hay muchas personas solteras con historias similares. Historias que, gracias a la impermanencia que todo lo arrasa, les han hecho pensar que quizás no es tan buen negocio eso de permanecer soltero, que todavía duelen y causan arrepentimiento por no ocurrir como hubieran querido. Y justamente ésa es la misión de este libro: poner sobre la mesa que la soltería también tiene experiencias hermosas para contar, porque hay una belleza que se esconde en esas historias sin punto final, y hacer ver que no es tan malo saborear la nostalgia que provocan esos puntos suspensivos; me pareció algo tan bello que merecía ser escrito. Y también que tener "algo" con alguien con quien nunca se llega a nada es parte del viaje y la experiencia, pero no es el destino final.

Probablemente nunca sabremos cómo habría sido nuestra vida con todas esas personas que se cruzaron por nuestro camino, ya sea para regalarnos un amor fugaz, unas cuantas noches de sexo o simplemente compañía por un rato, y así terminar siendo, como dice otro fragmento de otra canción de La Oreja de Van Gogh (y que da título a este libro), un "ni siempre ni nunca ni tú ni yo".

Sin embargo, lo que sí sabemos es lo emocionante de vivir algo así, que se siente como una bocanada de aire fresco, y quizá su único propósito es ser un alto en nuestro camino, una pausa

breve para relajarnos y recordarnos, aunque sea por un momento, lo bien que se siente estar vivos. Entonces, aceptando la impermanencia y el hecho de asumir nuestra propia compañía sin necesidad de alguien más, sólo entonces, la "serendipia del amor" nos llevará a un hallazgo afortunado, aunque no sea lo que buscábamos, será un encuentro que nos brindará algo muy llenador y que ya no tiene nada que ver con encontrar a otros, sino con encontrarse a uno mismo para darnos eso que sólo nosotros podemos brindarnos desde el interior para poder continuar. Así, vemos que estar en soledad no necesariamente significa la ausencia absoluta de compañía, pues aunque tal vez no estemos con alguien, sí podemos estar con nosotros mismos, siempre.

En fin… que lo disfrutes tanto como yo disfruto escribir para ti.

@alejillotol

Prólogo

Aún recuerdo cada palabra como si hubiera sido ayer: "Tenemos que hablar…", le dije mientras lo miraba como quien sabe que ha llegado el final.

Silencio.

"Ya lo sé…", respondió con un dejo de voz, sabiendo que no había más opción y ambos comenzamos a extrañarnos desde antes de dejarnos ir.

"Ya no puedo, no quiero seguir aquí. Lo intentamos todo y no pudimos…", me esforzaba por contener el llanto. Él quería levantarse para abrazarme como siempre lo hacía, pero el muro entre los dos ya era muy grueso. Ambos permanecimos sentados en los extremos de la cama para no cruzarnos las miradas. Cada palabra no dicha se sentía como kilómetros de distancia.

"Nunca quise arruinarlo."

Pero lo hiciste, pensé. "Quizás esto ya estaba arruinado desde hace mucho tiempo y no quisimos verlo…", respondí tratando de no caer en ese desgastante juego de culpas.

"Yo aún te amo" y hasta ese momento lo miré por primera vez. Pude ver en sus ojos que sí y él lo supo.

"Yo también", las lágrimas rodaron por mis mejillas. Qué difícil sentir amor por la misma persona de la que quieres alejarte y con la que quieres estar sabiendo que ya no es sano quedarse. Ahí acabaron cinco años de una historia que llevaba tiempo agonizando.

Al día siguiente comencé a empacar y cinco días después cerré una puerta tras de mí que ya no iba a abrirse, porque más adelante me esperaban otras, pero eso yo todavía no lo sabía.

18 meses después

Octubre 3

Nunca creí que regresaría a las páginas de un diario. La última vez que escribí uno iba en segundo de secundaria y en ese entonces mis más grandes preocupaciones eran los exámenes finales y haberme peleado con mi mejor amiga. Pero ahora han pasado casi diecisiete años y me doy cuenta de lo difícil que resulta hablar de uno mismo cuando se es adulto. Debo aclarar que todo esto fue una idea de mi terapeuta. Y, a decir verdad, se siente más como una tarea que como sugerencia, pero me alegra poder hablar con alguien que no sean mis plantas.

Luego de todo lo que ha pasado, regresar a esa vida que era mía antes de mi ex no ha sido tan sencillo como esperaba y, según mi terapeuta, escribir mi cotidianidad en un diario es una buena forma de irme apropiando nuevamente de esa vida, familiarizarme con ella y redescubrirla. Lo único nuevo hasta ahora es saber que lo realmente interesante comienza ya cerca de los treinta y ahí es cuando empezamos a volvernos expertos en el arte del autoengaño. Supongo que eso es parte de ser adulto.

Creo que con el tiempo cuesta más trabajo hablar de uno mismo porque, al paso de los años, no sólo vamos viviendo más cosas, también sufrimos más y ya hemos sido lastimados varias veces. A los trece la vida todavía tiene cierta benevolencia o quizás es simple ingenuidad que con la experiencia se va transformando en una serie de filtros, capas y muros que nos ayudan a hacer frente a las embestidas de la vida. Puede que esté sonando un poco dramático, pero a veces es así. Claro que no

todo es drama, la vida también es buena, conmigo lo ha sido un montón de veces. Por ejemplo, me ayudó a encontrar a mi terapeuta cuando más lo necesitaba y desde hace casi dos años y medio, no hay día que no agradezca tenerlo en mi vida.

Aunque si me hubieran dicho que a mis treinta estaría de nuevo sentado iniciando un diario, por supuesto que me habría reído, pero también habría ido corriendo a comprar una libreta, porque después de cierta edad, aprendes que todo puede pasar y ya no funciona eso de andar desprevenido. Así que tengo más de cien hojas por delante y no sé por dónde iniciar. Mi terapeuta, que también es escritor (no le digas que sólo he leído uno de sus libros, porfi), dice que éste es un buen ejercicio de autoconocimiento porque no hay nada más íntimo y profundo que escribir. Me explicó cómo la lectoescritura es un proceso importante para hacer que nos demos cuenta de manera consciente de muchas cosas que guardadas sólo en la mente se vuelven invisibles. Y francamente le he huido a este ejercicio. Es octubre y debí haber comenzado en junio. Me he inventado mil excusas para postergar este día y creo saber por qué. Dieciocho meses parece mucho, pero no sé si sea el tiempo suficiente para sanar una ruptura de una relación de cinco años. No puedo decir que me duele todavía, pero algunas cenizas siguen al rojo vivo.

Y cuando mi terapeuta me sugirió hacer este diario, lo primero que pensé fue en que no quería seguir hablando de eso; bastante lo he conversado ya en terapia como para tener que escribirlo fuera del consultorio. Afortunadamente, mi terapeuta jamás me ha presionado, eso sí, siempre me pregunta si ya lo empecé y hasta ahora la respuesta había sido negativa. Ya quiero ver su cara cuando por fin le diga que sí.

Es curioso volver al punto de partida
luego de cada despedida.
Se siente como regresar a tomar una lección
que no ha quedado del todo aprendida.
Y aunque ya he estado aquí,
soy como un lienzo
aguardando mi próximo comienzo.
No sé a dónde quiero llegar,
pero al menos ya entendí a dónde
nunca debo regresar.

Octubre 6

Juré que iba a ser más constante, pero me la he pasado inventando pretextos para no tener que escribir. Hace unos días estaba muy emocionado y creí tener muy claro por dónde empezar. Comienzo por creer que esa sensación de equilibrio interior que a veces me invade no es más que autoengaño. La realidad es que llevo tres días evitando esta libreta. Quizás es porque sé que, al escribir, iré escarbando en los abismos de mi interior que no quiero revisar. No todavía. ¿Pero entonces cuándo?

Llamé a mi terapeuta. Me dijo que escribiera sobre las vivencias significativas de mi día a día para encontrarle el lado valioso a lo cotidiano y entrenarme en eso de vivir los momentos presentes, sin desear que duren o permanezcan, sólo dejando que ocurran. Siento que la rutina me consume. Es decir, tampoco es como que lo tenga fácil. Soy de la generación sin pensión, sin casa propia y que vivirá los estragos del calentamiento global si Greta Thunberg no logra hacer que los gobiernos y las grandes empresas hagan algo. Básicamente estoy en mis treinta, sin ahorros, en mi refri sólo hay un pedazo de queso viejo, dos rebanadas de jamón y una espinaca de quién sabe cuándo porque no he ido al súper. Por si fuera poco, estoy en buró de crédito. Soy una promesa de drama seguro. A lo que voy, es que no tengo tiempo para plasmar lo cotidiano en un diario. Necesito tiempo para digerir mi realidad con una copa de vino o, de preferencia, la botella entera. Prioridades, le dicen.

A propósito de mi terapeuta, confieso que nunca fui muy creyente de ir a terapia hasta que lo necesité. Como te dije, me alegra mucho haber encontrado un terapeuta como él. Puedo decir que es de mis mejores relaciones hasta el momento y la más estable. Lo conocí gracias a una buena amiga que en ese entonces atravesaba un complicado divorcio y como mi relación también estaba en la cuerda floja, decidí que no tenía mucho qué perder. La única vez que fui a terapia antes fue gracias a mi madre. Yo tenía catorce y ella había descubierto imágenes XXX en mi computadora. Sólo fui a una sesión porque prácticamente la terapeuta terminó diciendo que quien necesitaba la consulta era mi madre y no yo. Nunca regresé. Ahora la entiendo: no es fácil enfrentarte a tus propias verdades, ni siquiera, aunque alguien calificado te las diga de manera amable. Desde entonces y hasta antes de decidir por cuenta propia buscar ayuda profesional, aprendí a manejar mis problemas como todo buen adulto lo hace: sin tener ni puta idea. Pero un día sí quise empezar a tener idea y le llamé.

Recuerdo que en mi primera sesión iba bastante incrédulo y a la defensiva, pero al mismo tiempo, una parte de mí sentía paz. Después de tanto tiempo sin pisar un consultorio psicológico, se sentía como la primera vez. Quería encontrar respuestas y sabía que ahí era el lugar. Me sorprendió mucho ver que mi terapeuta era muy joven, quizás unos dos o tres años mayor que yo, porque en mi mente todos se debían de ver como Sigmund Freud: con traje, lentes, mirada suspicaz y con una libretita de apuntes que parece contener secretos de seguridad nacional. Mi terapeuta, en efecto, anotó muchas cosas en esa primera sesión. Me levantó mi expediente clínico con todos los datos básicos y escribió las razones y motivos que me habían llevado a terapia. Fuera de eso, jamás me lanzó ninguna mirada incriminatoria ni con sospecha. Tampoco llevaba traje, aunque sí usaba lentes. Y hasta resultó que hacía videos educativos en YouTube sobre salud mental, que hasta la fecha no he visto (tampoco le digas eso).

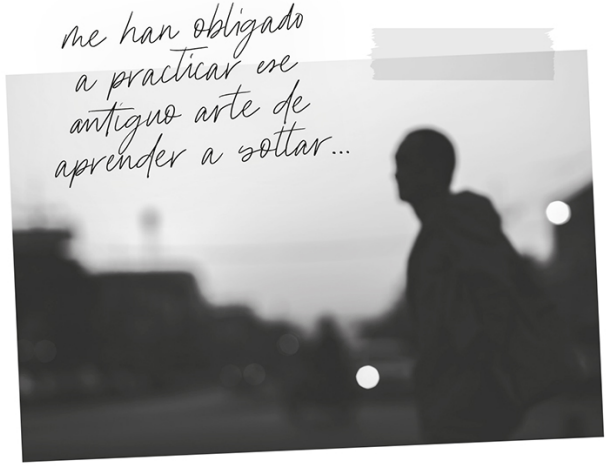
Supongo que ese día comencé a hacerme cargo de mí, pero esta vez en serio. Creo que tomar la decisión de ir a terapia es de las cosas más adultas que se pueden hacer y también significa

que tomar las riendas de nuestras propias situaciones es la opción más sensata. En mi caso, las razones por las que decidí hacerlo fueron cambiando. Al inicio creía que iba a terapia por mi relación. Buscaba desesperadamente que mi terapeuta me dijera lo que quería oír para salvarla aun sabiendo que se caía a pedazos. En mi interior realmente estaba esperando una "fórmula mágica", pero no la hubo. Con el tiempo entendí que estaba en negación y que, en realidad, iba para salvarme yo y entender por qué seguía en un lugar que ya no era feliz para ninguna de las partes.

Luego, lo inevitable pasó: cinco años llegaron a su final y entonces el proceso terapéutico se centró en ayudarme a superar la ruptura. Un año y medio después sigo aprendiendo cómo es esto de retomar la vida luego de haberla compartido por tanto tiempo con alguien. Y creo que por eso le había estado dando tantas vueltas a la idea de escribir un diario, porque sigo resistiéndome a hablar de mi relación anterior. Me fastidia tener que regresar a ese capítulo de mi vida como si quisiera encontrarle explicaciones a algo que no las necesita.

Como nota: ya no tener que compartir la cama con alguien me parece de lo más liberador y cómodo que pueda existir.

Poco a poco he ido aprendiendo a hablar de mí
y de todo eso que una vez viví.
Son recuerdos que en momentos se sienten muy lejanos
y otras veces muy cercanos.
Ahora son como un espejismo que poco a poco ha ido perdiendo su realismo y aunque ya nada pueden dañar, me han obligado a practicar ese antiguo arte de aprender a soltar.



Octubre 8

Eso de que llegue el viernes y se te reinicie la vida es verdad.

Lo confirmo. Eso y el bendito café de cada mañana. Ha sido una semana complicada. Juro que ayer quise escribir, pero no tenía mucho de qué hablar. Miento. La verdad es que sí pasaron cosas lo suficientemente importantes como para ignorarlas. Por fortuna llegó mi día de terapia y parece que es lo único que espero en la semana. Incluso hay ocasiones en las que no quisiera irme nunca del consultorio. ¿Por qué no puedo tener a mi terapeuta conmigo todo el tiempo para que me ayude en la vida? Oh, es cierto: tendría que pagarle extra.

Le dije que por fin había comenzado el diario. Se alegró mucho, aunque yo no soné particularmente emocionado. Algo que me gusta de mi terapeuta es que con él no hay prisa ni presión de nada. Así que hoy, cuando me preguntó cómo iba, simplemente le dije la verdad. Que al inicio estaba muy motivado, pero después me había sentido bloqueado y hasta intimidado. Le confesé que incluso me parecía algo tonto tener que sentarme todos los días a llevar una especie de "bitácora emocional". Él nunca hace gestos de desaprobación ni lanza miradas que juzgan, sólo me pide que piense en los porqués. Indaga sin que yo me dé cuenta en mis razones más profundas y siempre termino soltando toda la sopa. No sé cómo lo hace, pero siempre encuentro los motivos verdaderos. Así fue como descubrí que mi reticencia a escribir este diario es por lo que ya sabes: mi ex.

He pasado mucho tiempo en terapia resolviendo los cabos sueltos de mi relación anterior para deshacerme de los remanentes emocionales. Pero entonces, si es un tema ya trabajado y podría decir hasta "superado", ¿por qué siento esta aversión? ¿Me estaré autoengañando? Me parece cansado hacer

espacio en mi vida para hablar de algo que ya no quiero tener en mis cajones. Tal vez sólo debo darme la oportunidad…

P. D. 1: Necesito un contador. La página de Hacienda es un reverendo asco. No soy esa clase de adulto.
P. D. 2: Ya no quiero ser adulto. ¿A dónde llevo mi renuncia?

Octubre 11

Debo aprender a ser más constante con esto, si quiero que "El diario de Daniela" sienta envidia del mío. Me esforzaré, lo prometo.

En otro orden de ideas, hoy no escuché mi alarma. Siento que esto de escribir un diario me está desajustando la rutina. Es decir, no sólo debo hacer espacio en mi día a día para ser un adulto funcional, sino que, además, debo entrar en contacto con mi ser a través de la escritura. Creí que ya hacía eso al ir a terapia, pero veo que no es suficiente.

Iba con una hora de retraso, así que por más rápido que fuera, no iba a llegar a tiempo. No me preocupó mucho porque con frecuencia soy de los primeros en llegar, no necesitaba una dosis extra de estrés, así que me di una ducha, me arreglé y puse café. Había sobras de la cena de anoche y me alegró mucho no tener que perder tiempo en cocinarme algo. Antes me gustaba cocinar, cuando estábamos juntos y yo me encargaba de eso. Y sinceramente no tengo mal sazón, pero ahora que lo pienso, creo que no cocinaba por gusto sino porque era lo que me tocaba. Adopté ese rol desde el inicio y después se volvió una obligación. Ahora me alegra hacerlo sólo si quiero.

Salí de casa y pensé en llamar un taxi de aplicación, aunque ya iba tarde. Por suerte no tenía ninguna junta importante, sólo me aguardaba un sermón sobre la puntualidad por parte de mi jefe. Mientras caminaba, me di cuenta de que hacía mucho que no daba la vuelta por las calles de la colonia y por un instante

me sentí un extraño. Ni siquiera había notado que habían rehabilitado el parque y ahora era un espacio muy verde, lleno de árboles y plantas, sobre todo lavandas; su aroma inundaba todo el lugar. Y también vi que frente al parque había un nuevo edificio de departamentos —como si a esta ciudad le hicieran falta más— y eso sólo significaba dos cosas: más problemas de agua y tráfico. Y ni siquiera hablaré de la gentrificación.

Crucé por el parque para respirar aire fresco y sentir que hacía algo saludable después de semanas sin ir al gimnasio. ¿Lo ves? Autoengaño. Pero justo antes de llegar a la acera de enfrente, escuché un claxon sonar con insistencia. Volví la mirada y en la esquina había un auto color azul con las intermitentes prendidas. Por la ventana, alguien sacó la mano y me hizo señas para que me acercara. Dudé por un momento por varias razones: primero porque yo aprendí muy bien a no hablar con extraños, tal y como me enseñó mi ansiedad. Había oído historias de personas que eran secuestradas a plena luz del día justo por responder a llamados así. Y segundo, porque no quería ser tan cínico como para llegar dos horas tarde, pero ¿qué más daba? Así que di la media vuelta y me acerqué al auto. Vi que se trataba de un viejo compañero de trabajo con quien había colaborado en un proyecto unos cinco años antes.

En ese entonces yo todavía estaba en mi relación anterior, pero eso no fue impedimento para que existiera cierta atracción entre ambos. Y no es que no me haya pasado por la mente tener un desliz —creo que nadie es infalible a la infidelidad— pero me daba mucho miedo hacer justo eso que siempre juré evitar, aunque al final, me lo hayan hecho a mí. No sé si hoy podría serle infiel a alguien, es decir, a veces no es algo que uno se proponga con alevosía y ventaja, simplemente es una elección que ocurre. Y para ser honesto, creo que tanto la fidelidad como la infidelidad —aunque duela— están sobrevaloradas porque ambas refieren únicamente a la exclusividad sexual, pero no hay nada de lo emocional y, a mi parecer, lo emocional es más importante. ¿Por qué no pensé así en su momento? Quizás ni siquiera fue tanto la infidelidad como otra serie de cosas que llevábamos arrastrando largo rato.

Entré al auto. Estaba cálido en comparación con el clima frío y nublado de afuera. Me saludó con mucha familiaridad, como si no hubiéramos dejado de vernos. Me dijo que le sorprendía encontrarme, pero después recordó que éramos casi vecinos. Le comenté que iba rumbo al trabajo y se ofreció a llevarme. En el camino nos pusimos al corriente de algunas cosas: ahora él había creado su propio proyecto y estaba a punto de lanzarlo también fuera del país. Yo pude haberle contado todo lo que he vivido en el último par de años, pero me limité a decir que había cambiado de trabajo y me encontraba muy en paz. Paz que perdí al momento, cuando lanzó la pregunta: "¿Y qué tal la vida de pareja?" Si hubiera estado tomando café, seguro lo escupía. Hubo un pequeño silencio y se me escapó una mueca poco alentadora.

"Así que no ha funcionado…", infirió. Decidí no entrar en detalles, pero le conté a grandes rasgos que llevaba un buen rato en el mercado de la soltería. Noté cómo, al dejarle saber mi soltería, le brillaron los ojos y no hizo mucho para disimularlo.

"¿Y tú?", pregunté. No hubo mucho qué contar. Había estado saliendo los últimos meses con una persona, pero al parecer no funcionó.

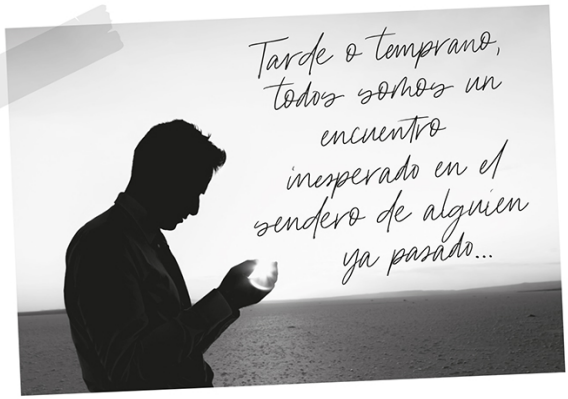
No sé si eso era lo que yo esperaba oír, pero comencé a sentir un calor interno recorriéndome el cuerpo y creo que él también sintió lo mismo. De nuevo, esa tensión que por tanto tiempo se mantuvo entre ambos, surgió con más fuerza. Detesté la idea de tener que habernos encontrado justo cuando yo iba camino al trabajo y por un instante pensé en reportarme enfermo o algo similar para aprovechar ese momento, pero algo dentro de mí no se atrevió. Quizás sólo disfruté de esa tensión, la encontraba mucho más excitante que si nos hubiéramos quitado la ropa frenéticamente en una habitación de hotel.

El resto del viaje consistió en una conversación somera sobre la vida adulta, el trabajo, los planes a futuro y cosas que suelen salir a colación sólo para tener algo de qué hablar. Pero la tensión seguía ahí. Finalmente llegué a mi trabajo.

"Fue agradable encontrarte", dijo. Le sugerí que sería bueno ir a cenar alguna vez, pero me respondió que tendría que ser luego de un viaje laboral que haría en un par de días y lo mantendría

fuera un mes o quizás más. *Puta suerte*, pensé. Intercambiamos número de teléfono y me dijo que le gustaría seguir en contacto. Nos despedimos con un abrazo y un beso en la mejilla que se quedó con ganas de ser dado en la boca. No sé si seguiremos en contacto. Algo me dice que no. Estoy casi seguro de que seremos un contacto más que se perderá en una agenda que ya es más una colección de nombres a olvidar.

Tarde o temprano, todos somos un encuentro
inesperado en el sendero de alguien ya pasado.
Por un instante, nos volvemos un escaparate
de emociones que, durante algún tiempo,
consideramos como opciones.
Pero estando frente a frente, las ganas
se diluyen de repente. Y ése es el problema de la
idealización, nos deja caer con cierta decepción.
Así, pasamos a ser un nombre, un contacto de
agenda
para amortiguar tal caída y continuar por la senda.
Un premio de consolación que con el tiempo
se perderá sin más opción.



Octubre 12

Han pasado más de veinticuatro horas desde mi inesperado y breve encuentro con quien durante un tiempo pudo ser la persona que me hiciera experimentar también los terrenos de la infidelidad y no ha habido ninguna señal de vida. Tampoco es que la estuviera esperando, pero sí acepto que, por un momento, algo dentro de mí quería que hubiera algún mensaje del tipo: ¡espero verte pronto otra vez! o algo similar. En su lugar sólo hubo silencio y eso rápidamente confirmó lo que ya me temía: un nombre más a mi colección de contactos.

No pasa nada, estoy bien con eso. Es sólo que es inevitable pensar que ocurra "algo más" ante un nuevo encuentro. Después de todo, supongo que eso es lo que siempre queremos, que ocurra algo, lo que sea. A veces por ganas y otras por necesidad. Yo no sé si sea por ganas, pero definitivamente ya no es por necesidad. Ocio tal vez, pero por necesidad nada que no sea comer o pagar la renta. Bendito autoengaño.

Hoy durante mi hora de comida quedé con un viejo amigo, Demian, también excompañero de otro trabajo. Me doy cuenta de que llega una edad en la que tu grupo de amigos son de empleos anteriores y ya no de la escuela. En fin, la adultez. Nos conocimos por una amiga en común que me recomendó con él y lo demás es historia. Lleva un par de años casado con una chica que conoció en una aplicación de citas —terrenos que no he querido explorar— y ahora están planeando tener un bebé —otro terreno que sigo sin entender y no me interesa explorar—,

porque a pesar del cambio climático y de que ya somos muchos, nada sigue pesando tanto como cumplir con la heteronorma.

Comenzaba a llover así que pedí una mesa adentro y justo en ese momento llegó agitado. Su oficina estaba cerca del restaurante así que había corrido. Se acomodó las gafas y me estrechó de manera efusiva, como siempre suele hacerlo. Creo que son los abrazos que más me gusta recibir, bueno, los suyos, los de mi mamá y los de la persona con quien viví bajo el mismo techo muchos años, en fin…

Entramos y tomamos lugar. Algo que me gusta de él es que se puede platicar de todo y siempre tiene un buen consejo que dar. Es muy alivianado y quizás por eso me hice rápidamente su amigo. Cuando trabajábamos juntos, él siempre llegaba con sus soluciones simples para resolver problemas que llevaban días causándome dolores de cabeza. Y, por el contrario, yo le ayudaba a tener cierta estructura y organización para evitar el caos.

El lugar olía a ajo, aceite de oliva y pan. Nada me despierta más el apetito que esa tríada. Le echamos un vistazo a la carta y luego de unos minutos el mesero se acercó para tomarnos la orden. Mientras esperábamos la comida nos pusimos al corriente con las novedades de las últimas semanas —hacía tres meses que no nos veíamos—: el trabajo, la vida de casado y, claro, la paternidad próxima a tocar su puerta. Me dieron muchas ganas de decirle lo terrible que resultaba la idea de traer más humanos al mundo viendo el panorama actual, pero para responder a su pregunta de si yo quería tener hijos en algún momento, me limité a contestar que prefería tener dinero. Ambos reímos. Y claro que él se rio, porque dinero le sobraba. Le pediré que me adopte.

La comida llegó y también un "¿y cómo sigues?", refiriéndose a mi vida sin pareja. Él fue de las pocas personas que estuvo conmigo en todo el proceso de ruptura y junto con su ahora esposa, me recibieron en su departamento por tres semanas en lo que yo encontraba un lugar a donde mudarme, no sin haber pisado antes la casa de mis padres por cuatro meses. Mover cinco años de vida no es fácil y mucho menos meterlos en un par de maletas. Incluso después de haberme ido a mi propio apartamento, ambos iban de vez en cuando para ver cómo me

encontraba y no tenían reparo en escuchar mis llantos de dos horas hablando de lo mucho que me dolía esa separación. Son buenas personas y aún mejor, son buenos amigos.

Pensé que me costaría más trabajo contestar esa pregunta porque muy pocas personas saben lo que pasó realmente y tampoco soy muy afecto a contarle mi vida a medio mundo. Incluso todavía hay personas que se sorprenden al saber que ya no estamos juntos. Al final, sólo respondí que estaba bien, casi sin esfuerzo, aunque pude notar que en ese "bien" había medio gramo de mentira. Esa respuesta fue suficiente para pasar a la pregunta en serio importante: "¿Y has salido con alguien?", yo negué rotundamente y, como el meme, di un sorbo a mi copa de vino. Hasta ese momento me di cuenta de que desde entonces, no había tenido muchas citas. Me concentré tanto en otras cosas que se me olvidó, por así decirlo, salir con más gente. Mi única cita constante es cada semana con mi terapeuta y creo que es la única que necesito.

"Te vendría bien conocer gente o salir más", agregó. Sentí ligeramente sus palabras como filos. Sé que no lo había dicho con mala intención, pero por alguna razón me pareció brusco que me recordara mi soledad y no pude evitar pensar en esa terrible presión social que hay por tener pareja y "huir" frenéticamente de la soltería. Es cierto que continuaba adaptándome a mi nueva vida en singular, pero tampoco es como que me urgiera correr hacia mi siguiente fracaso amoroso.

Luego me sugirió que usara una app de citas y al igual que un infomercial, comenzó a bombardearme con todas las "bondades" de conocer gente en aplicaciones. Quien no lo conociera, juraría que trabajaba para alguna de esas apps, pero no, sólo era un millennial muy moderno. La idea no me convenció del todo y él lo notó. Quería que cambiara de tema, pero insistió en que sería bueno empezar a darme la oportunidad de explorar nuevamente esa parte de mi vida. Mi ermitaño interior sintió incomodidad porque apenas estaba logrando calmar las aguas para volver a ser dueño de mis espacios vacíos. Pero, por otro lado, esa parte de mí que todavía cree en el amor se sintió bastante atraída por esa idea.

“Nunca ha sido lo mío…”, respondí sin mucho interés. Y quizás fue tanta mi negación que, sin previo aviso, tomó mi celular, me hizo desbloquearlo y descargó una famosa aplicación de encuentros que yo me había negado a usar por malas experiencias. En dos minutos me hizo un perfil y oficialmente le había regalado mis datos digitales a otra empresa gringa, para variar. Demian saboreaba su victoria y estaba convencido de que me salvaría de alguna especie de destino funesto. Tomé mi celular y me vi ahí, con un perfil virtual que no sabía si iba a usar, pero que sólo significaba una cosa: oficialmente estaba de vuelta en el mercado de las relaciones.

Igual y ya va siendo tiempo de hacer otro intento,
dejarme de miedos y volver a mi centro.
Quizás ya no haya peligro en volver a intentar,
quizás esta vez nada esté condenado a fallar.
Quiero recordar lo que se siente unos labios besar
y de unos brazos no quererme soltar.
Tal vez sólo debo confiar en las enseñanzas de
aquello
que atrás he decidido dejar.

Octubre 13

No he tenido la más mínima intención de abrir la aplicación para saber si hay algún mensaje o solicitudes. Quizás le estoy haciendo al tonto, pero eso mantiene en orden mi paz interior y, como siempre digo, ésa no está a discusión. Ésta es, por mucho, la lección más adulta que he aprendido muy bien.

Luego de casi un mes sin vernos, por fin pude pasar a saludar a mi madre después del trabajo, aprovechando que salí temprano. Es curioso cómo en la adolescencia lo que más quería era alejarme de ella y ahora nada me reconforta más que su comida casera y las charlas largas hasta ya entrada la noche. Nunca me consideré un "niño de mamá", ella siempre me enseñó a ser muy independiente y puedo decir que le gustaba mucho verme ser autosuficiente. Eso sí, siempre con su apoyo. No habíamos podido vernos por dos cuestiones: yo trabajo demasiado y ella, como buena jubilada, ahora se dedica a viajar cada vez que puede. Pero hoy los astros se alinearon y pudimos coincidir. Me dijo que había preparado pollo con curry que había traído de su último viaje a la India y yo, que ya no estoy para negarme ningún placer culinario, le dije que sí. Llevé una botella de vino y, por supuesto, unas cuantas piezas de pan dulce porque es una falta de respeto no tener una buena sobremesa con café y pan.

Me gusta mucho llegar a su casa y respirar ese aroma a comida recién hecha y el del aromatizante de manzana y canela que lo inunda todo. No sé por qué, pero casi siempre las casas de

los padres huelen a “hogar”, esa rara mezcla entre olor a comida casera y a “limpio”. La mía huele a aromatizante de baño y a café. Afortunadamente, el olor de la casa de mi mamá me calma y aunque ya no viva ahí, me siento como en casa, en el lugar correcto.

Mientras ella sacaba el pollo del horno y yo ponía la mesa, escuchamos a alguien abrir la puerta de la casa y entrar. Era Raúl, el esposo de mi mamá y a quien yo había adoptado como papá desde hacía muchos, muchos años. Nunca conocí a mi padre verdadero más que en una fotografía medio rota donde se veía adolescente y que descubrí guardada en un viejo álbum. Mi padre abandonó a mi madre a los pocos meses de que nací, simplemente un día ya no regresó. El abandono es algo duro de aceptar para cualquiera y a veces aún me pregunto qué habrá pasado por la mente de aquel hombre como para querer salir corriendo y dejar a la madre de su hijo.

Durante mucho tiempo divagué con la idea de cómo habría sido mi vida con un padre, pero mi madre estuvo tan presente conmigo que nunca sentí realmente la necesidad de esa figura. Mis tíos, de alguna forma, suplieron ese lugar y puedo decir que gracias a eso no estoy tan mal. Luego, hace casi quince años, cuando yo tenía catorce, llegó Raúl a la vida de mi madre. Y digo que llegó a la suya porque a mi vida se tardó un poco más en entrar, no porque no se esforzara, sino porque yo, como buen adolescente, estaba bastante cerrado a la idea. Pero supe que él en verdad quería estar con mi madre por la forma en la que pacientemente me dio mi tiempo y espacio. Jamás me presionó, al contrario, siempre mostró una disposición absoluta y mucha comprensión. Poco a poco me di la oportunidad de conocerlo y me di cuenta de todo lo que me estaba perdiendo.

Al inicio, era raro recibir el cariño de alguien que no tenía ningún parentesco conmigo, pero me empezó a gustar. Raúl siempre ha sido muy bueno y yo lo quiero un montón. La primera vez que lo llamé papá fue a los diecinueve y ni siquiera lo pensé, me salió muy natural. Yo no me di cuenta, pero mi madre dice que se le llenaron los ojos de agua y se le dibujó la sonrisa más grande que le haya visto. Él me enseñó a manejar y

también me ha rescatado varias veces: desde borracheras estudiantiles hasta ayudarme a completar mi renta cuando la he pasado mal. Me alegra que alguien como él haya llegado a nuestras vidas. Creo que mi mamá y yo solos también hubiéramos podido ser muy felices, pero con él la vida tomó otro sabor.

A pesar de eso, a veces pienso en ese hombre que pudo haberse quedado y aceptar su paternidad de manera responsable, pero ya no divago en el *qué habría pasado si…*, ya no lo necesito. Mi madre una vez me dijo que desde el inicio supo que su relación no funcionaría a largo plazo, pero quiso quedarse porque en su momento se sintió cómoda y tenía muchas ganas de tener un hijo con alguien tan guapo como él. Estaba muy enamorada. Cuando la dejó, ella ya estaba preparada y ahí lo confirmó: que ninguno de los dos estaba destinado a ser un "siempre" para el otro. Así que lo aceptó y continuó.

De ese mismo modo yo ya he entendido que ese hombre al que pude haber llamado papá no es más que una historia que no tenía que nacer. Y quizás así es como debe ser: aprender que somos un montón de historias sin necesidad, a veces, de ser contadas. Somos una posibilidad que se decidió no explorar y está bien.

P. D.: El pollo al curry de mamá es una delicia, pero ya no estoy en edad. Debo comenzar a cargar con un antiácido.

No todas las ausencias duelen,
algunas, de hecho, ni se sienten.
Resulta complicado extrañar aquello que nunca quiso estar. Es como aprender a vivir con algo que jamás va a ocurrir.
No lo extrañas, no lo quieres y no lo añoras.
Sólo lo ignoras, porque en ignorar ciertas cosas también se halla algo de paz
y un poco de felicidad.

Octubre 14

Durante todo el día no he podido dejar de darle vueltas al asunto de la última vez que salí con alguien. Ni siquiera lo recuerdo bien. Creo que fue a inicios de este año con un sujeto que conocí en Facebook y resultó que era conocido de un conocido de mi ex. Hasta ayer no había caído en cuenta de lo serio que me tomé eso de ya no salir con nadie. Y no es por falta de oportunidades, quizás es falta de ganas y no saber por dónde iniciar. Yo no lo creía, pero sí se pierde práctica en eso de ligar. Además, me concentré tanto en otras cosas…

Hace como un mes una amiga me presentó a un amigo suyo del trabajo. El tipo era agradable pero muy aburrido y demasiado oficinista para mi gusto, así que ya no hubo segunda cita. Nunca he sido mucho de encuentros casuales, aunque tampoco soy un monje. Es sólo que he preferido centrar mi atención en situaciones más estables. A veces sí me dan ganas de conocer gente pero, por otro lado, me da mucha pereza tener que empezar con todo ese ritual del cortejo, como un guion que se repite una y otra vez.

Creo, sin temor a equivocarme, que es la edad. El año que viene cumplo treinta y uno y desde hace al menos un par de años he comenzado a sentir cómo el "señorismo" se apodera de mi ser lentamente. Hace dos semanas, por ejemplo, quedé de salir con un sujeto que conocí en el gimnasio (por cierto, decidí regresar al gimnasio y dejar de regalar mi dinero). Ya nos habíamos visto varias veces y siempre nos lanzábamos una sonrisa coqueta,

hasta que comenzamos a saludarnos con más frecuencia. Finalmente, se me acercó y me invitó a su departamento a tomar algo. Y todos sabemos lo que significa que alguien adulto te invite a su casa "a beber algo".

En ese momento acepté, pero el mero día del encuentro fui víctima de una apatía tremenda. Afortunadamente, en ese momento me llamó para cancelar y yo sentí una paz inmensa. ¿Ves? Ya soy esa clase de adulto que siente alivio cuando le cancelan planes o que justo el día de algún compromiso se pregunta seriamente: *¿y si no voy?*

También acepto que a veces me hago el difícil. Con mis amigos cercanos veo tantos encuentros y desencuentros que me da pereza mental tan sólo pensar en todo lo que se tiene que hacer para conocer a alguien y que al final no resulte. Como digo, no me urge ir corriendo a mi siguiente fracaso amoroso, pero quizás no sea mala idea comenzar a abrirme a nuevas posibilidades. Lo voy a consultar con mi terapeuta.

No sé si sea tiempo de intentar
otros labios y pieles explorar.
Sigo aprendiendo a llenar los vacíos
para convertirlos en espacios que se sientan míos
y desconozco si volver a compartir es algo
que a mi corazón haga latir.
Por momentos llega la curiosidad,
pero no he encontrado nada
que me vuelva a emocionar.

Octubre 16

Hoy no ocurrió nada relevante, pero ayer sí: fue día de terapia. Juro que intenté sacar fuerzas para llegar a escribir, pero la vida adulta no me dejó. Salí corriendo del trabajo para llegar puntual a mi sesión. Es curioso cómo va cambiando la relación terapeuta-paciente a lo largo del tiempo. No puedo ni debo decir que somos amigos, pero ya hay una relación de más familiaridad que al inicio. Me agrada recostarme en ese diván porque al menos tengo la certeza de que esa hora es completita para mí y no tengo que compartirla con nadie. Bien dicen por ahí que tarde o temprano encontramos a alguien que nos entenderá como nadie en el mundo, lo que nadie nos dice es que no es un amor, es un psicólogo.

Luego de ponernos al día con los pormenores de mi semana, empezamos a entrar en mi tarea con el diario y le dije complacido que estaba mejorando. Su sonrisa al escucharlo fue igual a haberme puesto una estrellita de "buen trabajo" en la frente. Le confesé que no había sido fácil escribir sobre mi día a día, pero que me estaba adaptando a filosofar sobre mis vivencias mientras sobrevivía a la vida adulta.

Luego de eso, comenzó la acción: "Y dime, ¿cómo van esas ganas de conocer gente?", preguntó. Parece que últimamente todos están muy interesados en ese apartado de mi vida. Yo me encogí de hombros e hice una mueca.

"¿Te da miedo?", inquirió y mi mirada se clavó de nuevo en sus brillantes gafas. La verdad de las cosas es que yo me estaba

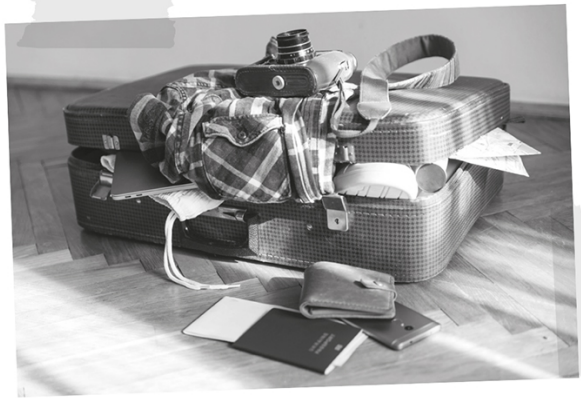
esforzando por aplazar ese tema lo más que pudiera. Me he dado cuenta de que esto de ir a terapia es sólo para confirmar todo lo que uno ya sabe, pero que no quiere o no puede afrontar. Y ese miedo en particular es, digamos, el gran elefante blanco que no he querido sacar de mi habitación. Pero es que ¿quién en su sano juicio quisiera arriesgarse a vivir lo mismo de nuevo? No es agradable ir de decepción en decepción. Pasé cinco años de mi vida al lado de alguien que significó muchas cosas y luego ya no. No es tan sencillo como sustituir piezas de LEGO.

Pero al final es verdad, no me da pereza conocer gente nueva. Me da miedo que no funcione, que me decepcionen o… no encontrar a nadie que valga la pena. Ni por error se me ha ocurrido abrir la app donde Demian me hizo un perfil, me niego. Durante un tiempo, después de la ruptura, sentí mucho temor de no encontrar a nadie como mi ex o de no tener una relación como la que tuvimos, porque hubo muchas cosas buenas y fueron años en su mayoría felices. Sé que el chiste de avanzar es justamente no toparse con la misma piedra dos veces, pero sí siento miedo de no encontrar a nadie tan bueno o mejor que él. Y no es que quiera regresar, pasé muchas sesiones en terapia entendiendo que se puede extrañar y recordar sin que eso signifique querer revivir el pasado.

Pero por momentos, todavía logro escuchar esa voz en mi cabeza diciéndome que será complicado volver a encontrar algo como lo que tuve, y ahí es cuando estoy de nuevo comparando mis futuras relaciones con algo anterior o poniendo demasiadas expectativas en lo que se supone debo encontrar. ¿Por qué tendría, para empezar, que buscar algo parecido a eso que ya pasó? Me frustra mucho encontrarme otra vez en ese punto donde creo que he avanzado, pero de pronto me doy cuenta que sigo estancado o, peor aún, que voy retrocediendo.

Pero mi terapeuta no opina lo mismo —quizás porque le pago — y siempre me dice que el proceso de sanar, crecer y entender no es lineal, que son subidas y bajadas. Pues en ese caso, ¿dónde está el gerente o con quién puedo hablar? Porque esta “señora” ya no está en edad de andar en montañas rusas. Si alguien sabe cómo bajarse de la vida un rato, avíseme para hacerle compañía.

Todavía me pregunto si un día dejaré de ser
todo eso que una vez tanto disfruté.
Aún sigo guardando las estelas
de aquello cuya sombra es lo único que queda.
Y aunque he querido mudarme
para en otros sitios poder instalarme,
todavía llevo en mis maletas
pedazos de viejas experiencias.
Son los restos de esa vida que, aunque pasada,
una vez fue mía y que ahora queda
cada vez más lejos y vacía.
Quizás un día me anime a por fin hacer espacio
y exorcizar lo que en esas maletas siempre llevo a cuestas.
Tal vez así pueda conseguir otra vida,
una que vuelva a disfrutar
y donde ningún fantasma de mi pasado
me venga a visitar.



Octubre 17

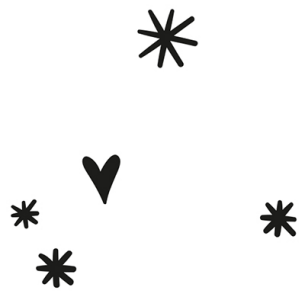
En mi opinión, no hay nada mejor que el otoño. Las calles se pintan de tonos cafés, naranjas y rojos. Después de los días lluviosos y nublados, los días soleados, donde hace frío y el cielo está despejado, son mis favoritos. Todo parece tener un particular brillo dorado, es como una postal. Por eso hoy decidí caminar a casa en lugar de pedir un taxi. Cómo se siente pisar las hojas secas y disfrutar su crujir bajo mis pies es algo que desde niño no ha dejado de gustarme.

Mientras caminaba por las calles llenas de árboles pintados de colores ocres, no pude evitar pensar que en los últimos meses mi vida ha estado sumergida justo en un otoño sin final, y lo que he hecho durante este tiempo es coleccionar las hojas secas de todo eso que fue, para pisarlas una y otra vez con tal de no dejarlas ir. Es cierto que las hojas secas tienen una belleza muy particular, pero ya no hay vida en ellas. Y aunque es lindo verlas adornar las calles, tarde o temprano hay que barrerlas porque comienzan a estorbar.

Creo que eso es lo que me pasa con los recuerdos de mi relación; no voy a negar que me gusta verlos, es como si los juntara en un montículo y me aventara sobre ellos hasta hundirme. Es satisfactorio, pero, al mismo tiempo, duele un poco. Ya no hay nada que puedan aportar y no quiero vivir de recuerdos secos. Hay un otoño en la ventana de mi corazón que no he querido barrer porque hay algo adictivo en la nostalgia de lo que fue y de lo que no será.

Iba pensando en todo eso cuando un pequeño perro sin correa se atravesó en mi camino. Tenía unas cuantas hojas en el pelo y comenzó a darme vueltas en los pies para jugar. Yo nunca tuve perros por las alergias y ahora que ya no las padezco, no tengo tiempo para cuidar de uno. Un chico apareció, era el dueño.

"¡Es muy travieso!", me dijo. Es divertido ver cómo los perros avergüenzan a sus dueños. Ambos cruzamos miradas y nos sonreímos. Quise decir algo, pero no pude. El perro se sacudió las hojas secas y su dueño lo tomó de la correa. Una última sonrisa y eso fue todo. Ambos se alejaron y yo me quedé ahí, entendiendo que quizás debo ser como el perro: sacudirme las hojas secas y salir al mundo a explorar, y en una de ésas algo interesante encontrar.



Algo dentro de mí empieza a querer surgir.
Siento que debo dejarlo salir porque hacerlo dormir
comienza a convertirse en un verdadero sufrir.
Siento curiosidad por ver aquello que el destino
pone en mi camino, pero de pronto el miedo se
cruza
y convierte todo en algo que me asusta.
Es un muro que no sé todavía cómo derrumbar
para el salto poder dar hacia esa vida
que hasta ahora me parecía prohibida
y tantas ganas tengo de explorar.

Octubre 18

Ahora que la vida se ha encargado de darle vueltas al tema de salir y conocer gente nueva, he notado que personas que antes no tenían en cuenta mi existencia comienzan a percatarse de que existo. Como si de repente comenzara a dejar de ser invisible. Por ejemplo, en el café al que siempre voy por mi moka luego de la hora de la comida, el dueño —un hombre que ronda los cuarenta, bastante atractivo— jamás había sido tan amable conmigo. Puedo decir que me coquetea y ahora siempre que voy, me atiende personalmente. No siento que tenga algo diferente: aún no recupero mi cuerpo de hace un año, no me he cambiado de look y tampoco uso fragancia. Es muy curioso sentir que de repente comienzo a tener un sitio visible dentro de mi propia vida. ¿Tan ausente he estado?

Por cierto, ayer en la noche aproveché mi insomnio y por fin decidí limpiar mi clóset y algunos cajones. Quise hacer espacio para otras cosas, quiero llenarlos de mí, supongo. Saqué ropa vieja, papeles y basura que se acumula con los años porque se cree que en algún momento servirá de algo y aquí va un spoiler: nunca sirve para nada. Crecemos con la idea de que las emociones y lo realmente importante vive en las cosas y nos justificamos diciendo que “tienen un valor sentimental”, pero lo cierto es que lo valioso, como las experiencias, no está en las cosas. Así que no tuve reparo en sacar bolsas y bolsas de basura, hasta que de pronto, ahí en el fondo del clóset, entre ropa y ese olor a “guardado”, se asomó una vieja maleta azul. Sí, esa

maleta…

Al inicio había dicho que era un lugar temporal donde pondría las cosas que ya no quería de mi relación anterior, y que, por supuesto, no había tenido el valor para tirarlas. Ya has notado que soy experto en esto del autoengaño. Aunque creo que entonces no era el momento. ¿Lo sería ahora? No tuve más opción, así que jalé la maleta. Tardé algunos minutos en abrirla porque el cierre estaba atorado. Tal vez era una señal para no tocarla, pero me aferré. Sentí un poco de nervios y un nudo comenzó a crecer en medio de mi estómago. De repente todo pareció como si hubiera pasado ayer. No podía retractarme, ya estaba ahí, tenía que avanzar. Abrí la maleta y no sé cuánto tiempo permanecí observando su interior, pero me parecieron horas hasta que pude meter la mano y revisar.

Había objetos que me regaló, recuerdos de viajes que hicimos juntos, uno que otro peluche, algunas prendas de ropa y otras cosas que, sorpresivamente, habían dejado de tener valor. No fue tan malo como pensaba. Creo que lo manejé bien. No tuve reparo en tirar todo eso a la basura. Ya no era importante así que no tenía por qué seguir ocupando espacio.

Ahora sí ya no había prueba alguna de que esa relación existió. Ni fotos, ni correos, ni regalos… nada. Supongo que después de todo este tiempo, aún tengo ciertos pendientes con esta historia que en mi mente se repite por momentos, como en segundo plano, y que vive en mí sin pagar renta.

Todavía no tengo claro si quiero comenzar a leer otros libros (y por “libros” me refiero a personas) o sólo hojear páginas y saltar de una historia a otra. No lo sé. Lo que sí sé es que quiero cenar pizza. ¿Gustas?

Quién diría que al final te convertirías en ese suéter
tuyo que olvidaste en mi armario y yo en esos
zapatos que dejé en tu despacho.
Quién diría que un día estaría aquí, haciendo
espacio
para llenar otra vez ese vacío muy despacio.
Quién diría que un día quitaría de mi vocabulario
el nosotros para no recordar que un día fuimos
otros.
Quién diría que terminaríamos siendo un
"ni siempre ni nunca",
un cuento al que se le acabó el tiempo.
Fuimos un querer poco usual que ni tú ni yo
supimos rescatar de su inminente final.
Quién diría...

Quién diría que terminaríamos
siendo un "ni siempre ni nunca"

Octubre 21

No quería hacerlo, pero lo hice. Más por presión social que por otra cosa: por primera vez decidí abrir la app de citas. Había varios mensajes en la bandeja de entrada y por alguna extraña razón me dio miedo abrirlos. Me sentí expuesto, como artículo en el aparador de congelados o carnes. Hacía tanto tiempo que no usaba una app para conocer gente, que me sentía como el nuevo que llega a un salón de clases.

Por supuesto que me dio terror, por un instante, encontrarme el perfil de *aquel que no debe ser nombrado* por ahí. No sabría qué hacer si eso pasara. Seguro entraría en pánico. Afortunadamente eso no sucedió. Así que después de hacerme tonto un rato viendo algunos perfiles (ninguno se me hizo conocido, qué alivio), me animé a ir a la bandeja de entrada y leer lo que otros tenían que decir sobre mi persona, o al menos, lo que mi foto sin playera proyectaba. Mensajes del tipo: *¡Guapo! ¿Qué buscas?, Tengo lugar, ¿vienes?* o *Somos dos, ¿te van los tríos?*, se repetían una y otra vez, sin mencionar las fotos de penes y traseros. Muchos de los perfiles que me habían escrito despertaban el morbo con esos cuerpos en ropa interior, pero había algo en todos los mensajes que me hacía sentir incómodo. Era como estar en un bazar de sexo donde todos ofertan al mejor postor. Me dio la impresión de que muchos de los que estaban metidos en esa clase de apps, en el fondo buscaban saciar desesperadamente, con sexo, la falta de una compañía más profunda o íntima. Como si se conformaran con el premio de consolación que es un rato de placer. Había un

hambre voraz y obsesiva por probar cuerpos nuevos y satisfacer un morbo que siempre te hacía querer más y más. Recordé entonces por qué no me gustaban las aplicaciones de citas: son adictivas y te hacen perder mucho tiempo porque te mantienen a la expectativa de un nuevo encuentro. No, no es lo mío.

Cerré la aplicación resignado y un poco fastidiado de tanta frivolidad y exigencias absurdas: "No gordos", "sólo masculinos", "no me van afeminados" y demás estupideces clasistas, racistas y homofóbicas que hacen imposible encontrar a alguien para un acto tan simple y superfluo como coger. No obstante, y en un intento de no darme por vencido, abrí el mensajero de Facebook. Casi nunca me meto a leer los mensajes que recibo ahí porque se me olvida. El más reciente había sido enviado hacía dos horas.

¡Hola! ¿Cómo estás? Creo que somos vecinos. Te he visto salir del supermercado varias veces y vivo cerca de ahí. ¿Qué haces?

Me quedé viendo la pantalla algunos segundos. Luego me fui al perfil del emisor y vi que se trataba de un chico al que también ya había visto antes en el supermercado. No nos teníamos agregados como amigos, pero vi en sus fotos que también salía a correr de vez en cuando con su perro al parque que estaba en la siguiente cuadra. Eso significaba que, en efecto, éramos vecinos. No era feo: alto, fornido, como alguien que durante un tiempo hizo mucho ejercicio y ahora sólo se mantiene en forma, pero sin tanta disciplina y disfrutando de los carbohidratos. Me gustó que estuviera rapado, casi al ras y que tuviera una ligera capa de vello que cubría su rostro. Según su perfil, era dentista y socio de una clínica dental.

Decidí contestar:

¡Hola! Todo bien, gracias. Sí, creo que somos vecinos. También te he visto…

Inmediatamente respondió:

¿Te gustaría venir a mi casa?

Eso fue muy directo, pero en el fondo quería que hiciera esa pregunta. Me daba más confianza tener sexo con alguien a quien ya había visto, que con sujetos cuya existencia me tiene sin cuidado. Entonces acepté. Por fin iba a acabar con mi sequía sexual después de cinco meses. Me pasó su ubicación, tomé mi

chamarra y salí de casa. Nunca me ha gustado meter gente a mi hogar así como así, menos para un rato de placer. Siempre he preferido que sea en sus lugares porque de alguna manera todo se queda ahí y, además, no tengo que cambiar las sábanas.

Luego de exactamente cinco minutos llegué. Era uno de esos edificios nuevos que la mafia del cártel inmobiliario parece hacer en serie: todo de concreto con herrería negra en los balcones de cada departamento. Alguna vez quise rentar uno de ésos, pero salían de mi presupuesto y no aceptaban mascotas, en el futuro me gustaría tener una. Toqué el timbre del interfón y la puerta se abrió. Un vigilante en una especie de recepción me pidió registrarme y me dio acceso a los elevadores.

Hasta ese momento comencé a sentirme nervioso. Yo era como un adolescente a punto de tener su primera vez. Por un lado, la adrenalina de hacerlo con alguien desconocido me parecía muy excitante, pero no me tranquilizaba. ¿Qué tal si no le gustaba tanto?, ¿y si tenía algún tipo de fetiche raro? Fueron preguntas que me golpearon la cabeza. El ascensor se detuvo en el cuarto piso y las puertas se abrieron. Sólo había dos departamentos por piso y salí hacia la derecha para tocar en el 401. Sentía haber perdido práctica en eso de los encuentros casuales.

Entonces la puerta se abrió y ahí estaba: un hombre alto, moreno y sonriente me recibió. Ciertamente, era atractivo. Y creo que yo también le gusté. Supongo que sí me parezco a mis fotos. "¿Cómo estás?, ¿quieres algo de tomar?", me preguntó mientras su labrador se acercaba a olisquear mis pantalones. "Es muy sociable, pero lo meteré a su cuarto para que no moleste", dijo y se llevó al perro por un pasillo largo. El departamento era lindo y espacioso. Muros y techos altos, pisos de madera y grandes ventanales por donde seguro entraba mucha luz.

"No pensé que fueras a aceptar", dijo. Yo sonreí. Seguía nervioso. Me sentí torpe. Le respondí que hoy andaba con tiempo libre y quería salir a divertirme.

"También te había visto ya por aquí cerca…", dije.

Él se acercó lentamente hacia mí, tenía la mirada puesta en mis labios. Me quité la chamarra y me agarró de la cintura.

Nuestros labios se tocaron y de inmediato sentí un bulto que se endurecía en su entrepierna. Me encendí y pegué más su cuerpo contra el mío. Le quité la playera y me condujo a su habitación. Le desabroché el pantalón de mezclilla, luego él me quitó la camisa y me tiró sobre la cama para quitarme los pantalones. Ambos terminamos en ropa interior. Me excitó demasiado sentir nuestras erecciones a través de la ropa. Pasó sus labios por mi cuello y bajó a mi pecho. Besó mis pezones y siguió bajando hasta llegar a mi entrepierna. Lentamente comenzó a quitarme los calzoncillos y pasó su boca por el pubis y la ingle hasta detenerse en mis testículos que acarició con su lengua, antes de subir de nuevo hasta la punta de mi pene y estimularlo, primero con la lengua, y luego con toda la boca.

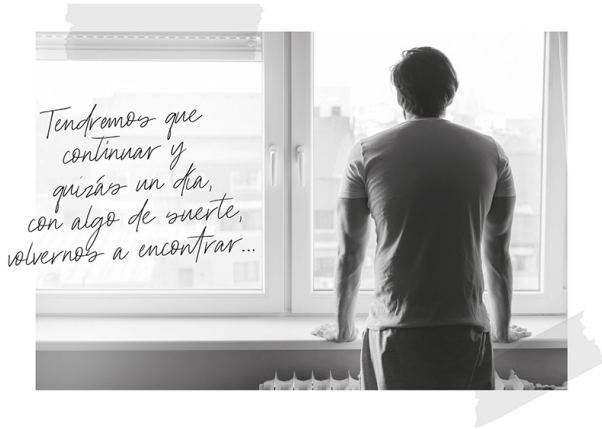
No recordaba cuándo había sido la última vez que tuve tan buen sexo oral. Y aunque quise evitar comparaciones entre ese encuentro y mi vida sexual cuando estaba en pareja, no pude. Fugazmente recordé cómo a él no le gustaba hacerlo y ni hablar del cambio de roles.

Luego, regresé al presente y me concentré en el hombre que tenía entre mis piernas, lo jalé hacia arriba para poder besarlo. Cambiamos de posición. Ahora él debajo de mí. No pasé mi boca por su cuello, siempre me ha parecido aburrido besar el cuello, pero las axilas y los pezones definitivamente son lo mío. Creo que el de los fetiches soy yo. Tenía las axilas perfectas: grandes, con la cantidad exacta de vello, negro y grueso. Siempre me han gustado las axilas velludas y los brazos fuertes, él tenía ambos. Al igual que mi ex. Regresé a sus axilas, luego bajé a sus pezones y me quedé disfrutando de ellos un buen rato. Minutos más tarde descendí por su abdomen adornado con una hermosa capa de vello hasta llegar al pubis. Me gusta mucho cuando no suelen recortar demasiado el vello púbico. Me complació mucho recordar cómo se siente una poderosa erección en la boca. Me gustaba su sabor y también lo limpio que era. Eso terminó por darle todos los puntos. A los treinta, es inevitable no haberte topado ya con algunas malas experiencias y deficientes hábitos de higiene en otras personas. Pero él no era ese tipo de hombre. Su aroma era una mezcla entre loción, ropa limpia y un cuerpo

que ha transpirado a lo largo del día. Sentía su lubricación por toda mi boca y yo también comencé a lubricar. Tenía muchas ganas de tenerlo dentro de mí y él también. Así que subí de nuevo, lo besé y me puso boca abajo.

De uno de los cajones del buró sacó un preservativo y un poco de lubricante. Antes de entrar, puso suavemente un poco de lubricante entre mis nalgas y delicadamente introdujo un dedo para estimularme. Yo estaba tan excitado que dilaté sin ningún problema. Luego, comencé a sentir a su "amigo" entrar despacio en mí. Mi corazón latía rápido. Ese sujeto realmente me gustaba y me cuestioné por qué en el pasado sentía tanto miedo de disfrutar del sexo con extraños.

Elías —ése es su nombre— se acostó sobre mí, me abrazó y por un instante, fuimos dos cuerpos bailando al mismo ritmo y rompiendo el silencio de la noche con jadeos y gemidos. No sé cuántas veces habremos cambiado de posición, pero al final ambos terminamos, él dentro de mí y yo sobre su pecho. Permanecimos acostados un rato y debo decir que también disfruté la charla postsexo, eso no pasa muy a menudo. Ya entrada la madrugada, tomé mi ropa, nos besamos más por cortesía que por sentimiento y regresé a dormir a mi cama porque aunque el sexo haya sido bueno, nada se compara con una cama sólo para mí.



No quiero ser nada contigo,
después de todo, sólo eres un conocido.
Yo lo que quiero es el tiempo detener,
bailar en las sombras y
sentir por un instante que tuyo puedo ser.
No quiero nada contigo, pero por un rato
quiero que te quedes conmigo, para existir en ti,
para tomar aire, llenarte de mí y poder revivir.
Sólo somos un momento dentro de nuestros
cuentos. Dos que, al menos por un rato,
jugaron a quererse sin
tener que romperse.
Es probable que éste sea nuestro inicio
y también el final, porque esto era sólo
para un rato y nada más.
Así, al amanecer, los dos vamos a partir y nuestros
nombres ya no volveremos a decir.
Tendremos que continuar
y quizás un día, con algo de suerte,
volvernos a encontrar.

Octubre 22

Espero que mi madre o mi abuela jamás lean este diario. No es contenido apto para ellas, pero qué bien se sintió escribir sobre la noche de ayer. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de buen sexo casual. Me había comprado la idea de que ese tipo de encuentros, al final, te dejan más vacío que al inicio. Y quizás en algunas personas así sea, cuando se usa como relleno para ciertas carencias internas. Pero hoy no me siento vacío. De hecho, estoy muy bien. Yo quería disfrutar un rato y eso fue lo que hice… o hicimos, porque creo que a él también le gustó.

No recuerdo haber tenido una charla postsexo con ninguno de mis amores de una noche. Cuando terminamos, nos recostamos, él se recargó sobre mi pecho y acaricié suavemente su cabeza y su rostro. Confieso que nunca he sido muy afecto a esos momentos luego de tener intimidad con un extraño. Los considero cursis, innecesarios y me desesperan, pero sin querer hice una excepción. Tal vez porque el sujeto me gustó demasiado y ya era de madrugada, no tenía prisa por llegar a algún lado, así que permanecimos ahí, acostados, viendo el techo y recuperando el aliento.

"¿Y estás soltero?", preguntó primero. A estas alturas ya no me toma por sorpresa esa pregunta. Respondí que sí, un año y medio para ser exactos. Él también lo era. Llevaba cinco años sin una relación, estuvo casado durante un año y no funcionó. El matrimonio lo arruina todo, no tengo pruebas, pero tampoco dudas. Luego me preguntó lo que pensaba del sexo casual. Tuve

que ser honesto y decirle que no era el mejor referente para responder porque no era una práctica a la que solía recurrir, pero que la disfrutaba de vez en cuando. De alguna manera intuí que ésa no era la respuesta que esperaba oír y sentí que su pregunta la hacía alguien ya cansado de tantos encuentros casuales.

"Lo he disfrutado mucho tiempo, pero a veces sí me gustaría una compañía más estable", me dijo con cierta ilusión.

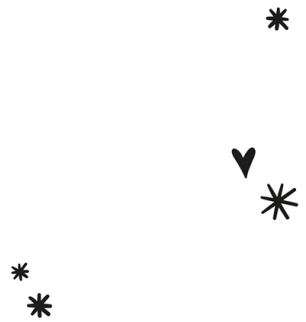
"Creo que todos queremos encontrar a alguien, pero a veces no es el momento", no supe qué más responder. Tanto tiempo en terapia y ni siquiera he aprendido a dar respuestas más asertivas.

Elías me dijo que en esos cinco años no había encontrado a nadie con quien sintiera una química emocional y mental porque, al contrario de lo que muchos piensan, la química sexual es muy fácil de encontrar. El trabajo real está en encontrar a alguien que esté en una sintonía y frecuencia similar a la de uno. Yo todavía no sé si quiero encontrar a alguien o sólo quiero disfrutar. Después de esa noche volví a encontrarle el gusto a eso de los besos fugaces y los abrazos efímeros. Creo que cuando sales de una relación larga lo que menos quieres es entrar a otro corazón. Así que pensé que no había problema si me quedaba un rato más.

Y ahí estuvimos, éramos un cuadro de dos solteros compartiendo temporalmente una misma cama, pero con deseos diferentes: uno teniendo sexo para encontrar el amor y otro teniéndolo para olvidar al viejo amor. Me doy cuenta de que a veces esto del sexo casual es sólo un pretexto para sentir cariño durante un rato, aunque sea de utilería. Todos tenemos la necesidad de sentirnos vistos y escuchados de vez en cuando, aunque al final no dure porque no es real, es sólo parte de una actuación para hacer del momento algo menos frío y desechable.

No sé si nos volveremos a escribir o si me buscará en algún otro momento. Pero sabiendo que lo que quiere es una relación seria, me sentiría un poco incómodo si lo hago mi *sexfriend*. No quiero aprovecharme de la vulnerabilidad de alguien soltero que usa el sexo como consolación, mientras yo satisfago mis placeres personales. Podría hacerlo, pero tampoco me sale ser así. Quizá nos sigamos viendo en el supermercado y nos sonreiremos a lo

lejos como quienes comparten un secreto, pero dudo que volvamos a compartir una cama. Al menos me queda el recuerdo, como una película para adultos que puedo repasar de vez en cuando en mi mente si alguna vez se me antoja tocarme sin necesidad de tener a alguien en mi cama.



Deseo que puedas encontrar aquello
que tu corazón por tanto tiempo sólo ha podido soñar.
Me habría encantado ser yo, pero aceptar habría sido una terrible opción.
Yo voy a la izquierda y tú a la derecha,
emocionalmente nos separa una gran brecha.
Soy ése que a alguien más quiere olvidar
y tú ése que de alguien se quiere enamorar.
Como agua y aceite, a nosotros nos separa
un gran puente que al menos yo
cruzar no creo conveniente.
Gracias por tu cuerpo compartir en este baile
que, aunque disfruté, dudo que volvamos a repetir.

Octubre 23

Aunque no vivo en uno de esos departamentos lujosos que han construido por aquí, tampoco puedo quejarme de mi lugar actual. Es un edificio viejo, como de 1940, son cuatro pisos y dos departamentos por piso. Todos están ocupados, pero casi no coincido con nadie. Apenas conozco a los vecinos de enfrente y a la administradora que vive en el último piso, fuera de ahí, sólo tengo una idea de los demás vecinos. No sé si eso sea bueno. Arriba de mí, por ejemplo, sé que vive un señor mayor y su hijo al que sólo he visto un par de veces. Abajo, hay un matrimonio con una niña que seguramente debe estar en los terribles tres, porque llora todo el tiempo, en especial cuando es la hora de la comida. Casi todos los días, en punto de las tres de la tarde, es común oír a la mamá hacer esfuerzos titánicos para que "la bendición" quiera comer. Afortunadamente, al cerrar las ventanas, todo el ruido exterior se neutraliza y vuelve el silencio y la paz.

Fuera de los chillidos horrendos de la pequeña del 101, me gusta mi espacio: casi setenta y cinco metros cuadrados llenos de plantas a las que, afortunadamente, les da luz de sol todo el día. Además, es departamento interior, por lo que no escucho el ruido de las avenidas cercanas. El único detalle que no termina por gustarme es la privacidad. Las ventanas de la sala-comedor dan a la parte trasera del edificio vecino, que está cruzando la calle, y por la ventana de mi habitación puedo ver al interior de los apartamentos. Por suerte, el que tiene vista panorámica a mi sala

lleva años vacío. He llegado a creer que está embrujado porque a veces hay luces que parpadean, como si alguien las prendiera y apagara. Por desgracia, el departamento de arriba (que también tiene vista aérea de mi sala) no está vacío. Hace casi un año se mudó un chico, creo que es soltero y del norte del país. Habla tan fuerte que todo el mundo se entera cuando está peleando por teléfono con su madre, hasta yo oigo sus conversaciones sin tener que vivir en su edificio. Pero lo peor es la música. Hay días en los que pareciera que tiene una gran necesidad de que los demás nos enteremos de su terrible gusto musical. Como digo, me alegra tener ventanas antiruido, aunque en ocasiones no ha sido suficiente. He estado tentado a ir a la otra calle y tocar su timbre para decirle que, a las ocho de la noche, entre semana, nadie quiere oír a J Balvin o Bad Bunny.

Quizás un día de éstos que llegue a mi límite lo haga. Ahora mi atención está puesta en lo que sucede en el departamento del otro edificio que da a mi habitación. Nos separan escasamente cincuenta metros, pero sigue siendo posible enterarme de la vida del sujeto que ahí vive. No me malentiendas, no suelo ser chismoso, pero siempre da curiosidad saber lo que otros hacen cuando creen que nadie los ve. Yo estoy seguro de que el vecino ruidoso de al lado de mi sala me ha visto en más de una ocasión hacer *lipsync* frente al espejo del comedor con canciones de Thalía. Así es esto. No es que uno sea mirón, es sólo que las personas hacen ciertas cosas justo cuando uno va mirando por ahí. Yo no tengo la culpa, sólo soy curioso.

A decir verdad, jamás había sentido interés por ver lo que otros hacen al interior de sus casas, hasta que llegó el vecino. Por lo que he podido ver, parece joven. Entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Creo que es soltero porque he visto a dos o tres mujeres diferentes entrar y salir de su apartamento en los últimos días. Supongo que lo pasa bien. Me he dado cuenta de que prefiere hacer ejercicio por las noches en la sala de su casa y he llegado a pensar que trabaja vía remota porque pasa mucho tiempo ahí. A veces sale temprano, regresa en la tarde y ya no vuelve a salir. Me alegra ver que alguien lleva muy bien eso de la soltería.

Seguiremos informando…

Cada vez me siento más en mi espacio
aunque el proceso sea despacio.
Ya no lleno lo rincones con algo que fue,
prefiero que ocupe un lugar todo lo que sí es,
pues hacer lo contrario sería mucha insensatez.
La vida sigue su curso afuera y yo he
empezado a moverme con ella.
Comienzo a ser un espectador de lo que
ocurre a mi alrededor, y más importante aún,
voy regresando a ser protagonista de esta vida
en donde también soy el director.

Octubre 25

Hoy en mi sesión de terapia hubo muchos silencios. Raro, porque siempre hay algo de qué hablar. Supongo que debes quedarte con el terapeuta con quien los silencios no sean incómodos y con el mío no lo son. En los últimos dos días ha venido mucho a mi mente la duda de saber qué ha sido de mi ex, saber cómo ha continuado o si de repente me sigue pensando. ¿Ya habrá tirado todas las cosas que también le di y que seguro guardaba en algún cajón? Me doy cuenta de que con frecuencia nos concentramos en nuestro propio proceso y olvidamos lo que ocurre del otro lado de la historia. Y no es que me interese saber mucho cómo ha estado, pero de repente sentí curiosidad.

"¿Te ayudaría en algo saber si también ha continuado después de ti?", me preguntó mi terapeuta. Un silencio más a la lista. "Quizás me ayudaría a terminar de cerrar bien ese ciclo, saber que ya está en otros asuntos", respondí después de unos minutos. Es obvio que después de todo este tiempo, ha tenido que continuar con su vida. No espero que la haya detenido por mí. Es decir, no lo hizo cuando estábamos juntos, menos ahora que llevamos tanto tiempo separados.

Es sólo que me puse a pensar en la continuación de todas esas historias que ya no conoceremos porque ya no forman parte de nuestro presente. Por supuesto sé que él ha continuado sin mí, pero ¿cómo?, ¿le habrá costado trabajo?, ¿estará yendo a terapia también? Algunas veces me causaba curiosidad saber si me pensaba, si se preguntaría cómo estoy, si ya comí o esas cosas de

las que estás al pendiente cuando alguien te importa. Mi terapeuta me sugirió escribirle una carta.

Hace tiempo le escribí una también, pero todo era muy reciente y no sé qué tanto me ayudó hacerlo. Ahora tengo una guía y esta vez es una carta diferente. Debe contener cinco puntos importantes: "Gracias por…", "te perdono por…", "perdóname por…", "aprendí que…" y despedida, pero no un simple "adiós", sino una despedida de esas que le das a alguien que fue importante, alguien a quien, aunque ya no lo verás nunca más, quieres que le vaya bien. Cuando me dijo esos cinco puntos, una parte de mi ego puso resistencia cuando escuchó el "te perdono por y perdóname por". ¿Pedirle disculpas?, ¿de qué? No fui yo quien decidió arruinarlo todo… ¿o sí? Y entonces acepté que fue tanto la infidelidad como todo el cúmulo de cosas que ya teníamos arrastrando y se habían convertido en un enorme elefante blanco en medio de la habitación.

La infidelidad sólo había sido el pretexto perfecto y mi oportunidad de zafarme. Sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo. Fue como enfrentarme por primera vez al hecho de ponerle un punto final definitivo a todo ese pasaje de mi vida. De pronto siento miedo de escribir esa carta, pero algo en mi interior tampoco cree que sea mala idea.

¿Hay algo más aterrador que enfrentarse a una hoja en blanco? Sí, enfrentarse a una hoja en blanco y tener que llenarla con nuestras propias emociones.

A veces, muy de repente, los fantasmas de ti
vienen a mi mente. Se instalan en mi sala interior
como si quisieran iniciar una conversación.
Tratamos de charlar, pero vuelvo a darme cuenta
que ya no hay mucho de qué hablar.
Entonces me hacen la travesura y de nuevo
crece en mí la duda.
¿Cómo estarás? ¿Todavía me pensarás?
Son preguntas a las que me cuesta un rato
dar marcha atrás.
Los fantasmas cada vez se quedan menos
porque cada día me muevo un poco más lejos.
Pero a veces no puedo evitar que
me visiten sin avisar.

Octubre 27

Lo malo de hacer preguntas y lanzarlas al aire es que tarde o temprano pueden ser respondidas y a veces la respuesta no es la más sutil. Cae como un balde de agua fría que, en mi caso, me hizo despertar. Hoy, después de un año y cacho, nos volvimos a topar. ¿Qué clase de brujería es ésta? Apenas hace un par de días hablaba de ello en terapia y ya está pasando. Es como cuando hablas de cierto objeto o tema, abres Google en el celular y lo primero que te aparece son sugerencias de eso que estabas hablando. Es siniestro.

Nunca me vio, pero yo sí. No tuve el valor de acercarme a saludar porque además no lo creí necesario. O quizás es verdad y no fui lo suficientemente valiente. No importa. Creí que verle me haría sentir escalofríos o alguna otra sensación extraña, como en esos *chick flicks* mafufos que Netflix suele producir en masa y donde la o el protagonista, al encontrarse de nuevo a su ex, siente un mar de emociones que escapan de su control. La realidad es que tampoco sentí gran cosa. Por un momento tuve un microinfarto, sí, pero nada que no pudiera controlar. Fue más el hecho de que se tratara de algo inesperado.

Yo iba saliendo del supermercado y del otro lado de la acera lo vi. Iba caminando en compañía de alguien que, francamente, no me detuve a observar. Ambos llevaban un café en la mano y platicaban de manera muy fluida. Se reían. Eso me hizo pensar que apenas estaban saliendo, porque cuando ya andas con alguien y más si llevas tiempo con esa persona, dejas de actuar

como adolescente embelesado de secundaria. Así que mi respuesta ahí estaba: también continuó con su vida y, por lo visto, me superó.

No me quedé para ver a dónde iban. Todo pasó muy rápido y en ningún momento me detuve, ni siquiera me giré para seguir observando. Seguí caminando y pensando en lo que tengo que cocinar para mañana. No obstante, por un segundo sí sentí algo: alegría. Ya no lo amo, pero por el amor que una vez nos tuvimos me dio gusto ver que estaba bien y que ha logrado sobrevivir a su proceso de duelo —si es que lo tuvo— tal y como yo lo hice. Pero más gusto me dio saber que en mi interior nada se desajustó ni entró en caos como pensé que pasaría. Mi paz y mi calma siguieron en su sitio.

Por supuesto que de entrada algo se movió un poco, porque todavía me resulta muy extraño llevar una vida aparte de la persona con quien compartí varios años de mi vida. Es como dejarle de hablar a un buen amigo con quien se compartían muchas cosas y de repente volver a ser un par de extraños con una historia en común que se perderá en la memoria y que, eventualmente, dejará de tener significado. Esa idea me parece muy fuerte y en ocasiones me pega en la cara, pero cada vez la proceso mejor y, al menos, ya no siento que se me apachurre el corazón con tan sólo pensarlo.

Siempre he creído que terminar una relación es de las experiencias más incómodas y dolorosas, que todo lo construido con alguien de repente se derrumbe por las razones que sean. Y es peor hacerlo cuando todavía hay amor y cariño entre ambas personas. La sensación de impotencia inicial, de miedo, enojo y tristeza, todo al mismo tiempo, es un maremoto que termina arrastrándote entre sus furiosas olas. No hay nada que se pueda hacer más que iniciar otra vez. Y es aterrador. No me gustaría enfrentarme a una ruptura de nuevo. Y no porque no pueda manejarla, sino porque es muy desgastante sentir tanto en tan poco tiempo. Las emociones intensas cansan y más cuando te das cuenta de que, en parte, son provocadas por la misma persona que te ha lastimado y que, a pesar de eso, sigues queriendo.

Recuerdo que cuando estábamos en medio de esa charla que

sigue justo después del escalofriante “tenemos que hablar”, lo único en lo que yo podía pensar era en mis inmensas ganas de que me abrazara y me consolara sin importar todos los problemas que tuviéramos. Y pienso que también sintió lo mismo, pude verlo en sus ojos. Ambos, en nuestro interior, sabíamos que era necesario, pero una parte de nosotros estaba desesperada por querer intentarlo una última vez, pero otra parte sabía que lo habíamos intentado todo, y no nos quedaba más que enfrentarnos al abismo del inminente final. Cuando se está en una situación así surge una esperanza que nunca se transforma en palabras, pero que se grita a través de los ojos líquidos de quienes saben que lo han intentado todo y no les queda más que enfrentarse a lo inevitable.

Ya he estado mucho tiempo en ese abismo y hasta hoy que volví a verlo, sentí por primera vez que divisaba la luz al final del largo túnel. Verlo hoy al lado de otra persona, viviendo otra historia, es quizás el último impulso que necesitaba para darme el permiso de sacudirme las estelas de lo que fuimos y entender que desde hace tiempo soy sólo yo y he estado bien. Que lo he logrado y el mundo no se me ha derrumbado. Estuve mucho tiempo fuera de mi centro, pero ya fue, estoy de vuelta y aquí me quiero quedar.

Tal vez nunca te enteres de cómo dejaste de dolerme
y tampoco sabrás lo mucho que me costó sobreponerme.
Veré tu nombre en algún recuerdo
que será parte de un cuento ya muerto.
No sabrás cómo junté todo lo que estaba roto en mí y cómo
limpié mis cajones para hacer espacio a otras cosas y emociones.
Ni te enterarás de cómo saqué lo que no me servía,
incluyendo, claro, tu recuerdo que ya no me ardía.
Tal vez no verás que luego del dolor de tu partida
sí encontré una salida.
Pero me basta con saber que pude continuar
y al fin esas memorias dejar de visitar.
Seguiré caminando mi vida sin tu presencia,
haciendo caso omiso a tu ausencia.
Ahora que he recuperado la razón puedo decirte:
hasta siempre, adiós, mi corazón.

Octubre 28

Pensé que lo olvidaría rápido, pero no. Sigo procesando lo que vi ayer. Como te dije, no voy a mentir. La realidad es que siempre resulta un poco complicado ver que alguien con quien estuviste mucho tiempo ya tiene una nueva relación. Por supuesto que no hablaré mal. Si tuviera diez años menos quizás lo hubiera hecho, porque es parte de la inmadurez, pero ahora que estoy en el tercer piso, pienso que es una pérdida de tiempo. Además, no podría hacerlo con alguien que me dio felicidad en su momento.

En estos últimos meses he estado trabajando en eso de ser un buen ex: el que no odia, no critica, no detesta. Ese que no busca, no llama y que no sigue jodiendo con su presencia. Simplemente me he permitido continuar (tal vez no tan rápido como me gustaría) y también he permitido que continúe sin mí, sin nosotros, pero con él y con quien quiera, porque de eso se trata. Y creo que el amor también es alegrarse cuando ves que el otro pudo seguir y que, a pesar de todo, está bien.

Me daré un tiempo para asimilarlo mejor. Quizás ya va siendo hora de hacer esa carta que tengo pendiente…

Hace unos días, a lo lejos te vi pasar. Ibas de la mano con él, el afortunado que ahora te eriza la piel. Ya nos habíamos visto, sin duda es hermoso, divino y muy listo. Por un momento recordé cuando tu mirada me acariciaba y verte otra vez fue como visitar una vida ya pasada. Ahí me di cuenta de que aún eres una memoria que llevo bien guardada. Ahora le toca a él saber lo que es caminar a tu lado y que decidas llevarlo tomado de la mano. Hazle experimentar lo que es besarte en cualquier parte y que, poco a poco, comience a amarte. Yo ya lo he aceptado, ahora entiendo que lo nuestro es un asunto ya finiquitado, todo ha cambiado y veo que estás bien acompañado. ¡Qué suerte la tuya! Alguien así merece ser tratado con un amor fino y delicado, después de todo, es al que tanto habías buscado. Tal vez por eso te di todo sin mucho pedir y ni siquiera me importó cuánto y mucho menos hasta cuándo. Para mí eras ese alguien con quien tendría algo importante y me comería el mundo parte por parte.

Pero nuestro cuento se quedó sin aliento.
Me habría encantado haber luchado y ese amor ingrato haber rescatado, pero ya era mucha la agonía en esa historia que no reverdecía. Así que lo repito y una vez más te felicito.
Tú y él se encontraron y así nosotros nos enterramos. Haz que ustedes sí puedan ser lo que nosotros sólo soñamos con tener. Que tu amor sea sólo suyo del mismo modo en que por un tiempo, mi corazón fue todo tuyo. Dale el lugar de alguien especial y entrégale sin dudar todo eso bueno que me diste a probar.
A pesar de nuestro encuentro finito, yo les deseo algo infinito. Ya entendí que no era conmigo porque más adelante te esperaba el verdadero elegido. Y aunque acepto que era en mis silencios donde todavía me daba gusto verte, ahora puedo agradecer que lo nuestro estuviera destinado a perecer. Ya no quiero tenerte y por eso te deseo un buen viaje y buena suerte.

Octubre 31

Hoy quiero hacer "brujería", magia para quemar lazos a los que ya no quiero aferrarme. Hoy haré esa carta y con eso pongo punto final a todo este largo proceso. Ahora me doy cuenta de que no estaba listo, pero ver que continuaron sin mí, me hizo cuestionarme: ¿por qué carajos no puedo continuar yo también? He alargado demasiado este luto y estoy cansado de seguir revisando ese pasaje de mi vida para tratar de llenar las lagunas o encontrar alguna explicación como si eso fuera a cambiar los hechos.

Sé que lo he dicho muchas veces y quizás, hasta he llegado a autoengañarme, pero realmente estoy harto de ese ciclo. Ya no tengo ganas de usar mi hora de terapia para hablar de él. Ésta será la última vez que le dedicaré palabras. Es una vieja promesa que me debo y que ya no pretendo romper.

Hola:

Me gustaría empezar con un "¿cómo estás?", pero ya sé que estás bien, lo he visto. Yo también estoy bien. Ha pasado tiempo y le he dado muchas vueltas a esto, pero me di cuenta de que hay algunas cosas que debo contarte y la razón es porque creo que ya no me incomoda hablar de ello. Ya va poco más de año y medio desde que regresé a mi vida. Es decir, desde que me fui… o desde que nos fuimos. Ya no sé. Quizás ambos nos dejamos, tal vez tú antes que yo, aunque siguiéramos durmiendo en la misma cama. O en realidad ninguno quiso seguir estando… sea como sea, aquí estoy de nuevo

conmigo y sin alguien a quien llamar "mi amor".

Nunca me gustaron los finales dramáticos. Bueno, casi nunca. Al inicio era diferente, pero porque nadie nos enseña a terminar relaciones de forma madura. Al contrario, crecemos con la idea de que el amor debe ser pasional y un drama telenovelesco para sentir que es de verdad. Así que tuvieron que pasar muchos años —y muchos fracasos amorosos sin mencionar las sesiones de terapia— para entender que lo mejor es siempre intentar, en la medida de lo posible, una ruptura cordial. Y eso fue lo que (afortunadamente) pasó. Ambos hicimos nuestras maletas: metimos la ropa, los libros repartidos, los recuerdos, la dignidad y esa reserva de amor propio que siempre es bueno conservar en el interior y funciona como una especie de seguro de vida emocional. Resulta bastante útil y reconfortante usarlo en situaciones así. Luego echamos un vistazo al lugar que una vez compartimos, entregamos las llaves, subimos a los autos y salimos en direcciones opuestas. ¿Dolió? ¿Que si dolió? ¡Por supuesto, como un pellizco con el cierre del pantalón! Hasta hace unos meses una pequeña melancolía venía a visitarme, aunque por fortuna, no dejé que se quedara mucho tiempo. Me habría dolido más seguir juntos. No hubiera sido justo seguir lastimándonos mutuamente, creo que ninguna pareja se merece eso, ni siquiera las más tristes y desafortunadas donde el amor se extingue por completo. Pero de que dolió, ¡dolió!

Acá la cosa fue distinta y lo sabes. Amor había. Quizás ya no tanto como al inicio, pero había en otra forma y otra intensidad. Ya no era el suficiente como para mantenernos unidos, pero sí para hacernos ver que no podíamos seguir haciéndonos daño. Al inicio me daba miedo perder el control y dejarme arrastrar por el tsunami emocional que me provocó el terminar la historia que durante tanto tiempo escribí contigo. Esas cosas calan hondo. Y más cuando te das cuenta de que a pesar del final inminente, sí hubo algo importante y valioso. Por suerte, me di cuenta de que la persona adulta en mi interior había aprendido a funcionar correctamente. Y el día que encontré ese perfil tuyo, las fotos y los mensajes, ya no me dieron ganas de llorar con desquicio como si el mundo se me cayera encima.

Supongo que esos dramitas y actuar como imbécil son parte del aprendizaje, aunque después de cierta edad, ya no pueden considerarse parte del crecimiento sino de la gran falta de autocontrol e inteligencia emocional. Y no es que me considere Buda; todavía cuando la situación lo amerita, me permito maldecir y mandar a la chingada. Es muy liberador.

Sin embargo —y en parte gracias a mi terapeuta—, aprendí a dejar de ser tan infantil, tal vez a la mala, pero aprendí. De tal forma que ese día no hubo gritos ni llantos. Hubo lágrimas, pero ningún río o mar tuvo que secarse. Tampoco hubo rabietas ni arrebatos de adolescente hormonal como esos que vemos en los realities absurdos de MTV o Netflix. Más bien, ese día fuimos dos personas adultas dando fin a una relación de años que tal vez pudo haber llegado a más, pero tenía dos pilotos queriendo ir en caminos diferentes, cada uno en su propio avión.

Agradecí que fuera así de pacífico porque hace tiempo que perdí las ganas y la paciencia para estar soportando a alguien que no tiene la capacidad para gestionar sus emociones de manera correcta (eso también lo aprendí de mi terapeuta, te paso el número si quieres), porque me hice consciente de lo molesto que era cuando yo lo hacía, de tal forma que haber terminado así de "bien", me dio cierta paz y alivio. Además, ya no son formas ni estamos en edad. Ésas son majaderías y vergüenza debería darnos el permitirnos arranques así.

Ya en mi soledad fue otra cosa. No perdí el control ni mucho menos, pero me di el permiso de llorar lo que aún quedaba acumulado y de recordar lo que fue y también lo que pudo ser. Aprendí a perderle el miedo a mis emociones desde el momento en que dejé de reprimirlas y mejor empecé a aceptarlas y reconocerlas. Un par de meses estuve así, fluyendo con lo que sentía. Incluso había veces en las que tenía que levantarme al baño a mitad de una junta en el trabajo porque las ganas de llorar eran incontrolables. Así que, de manera disimulada, dejaba la sala y apretaba el paso al sanitario haciendo mi mayor esfuerzo y una vez dentro del cubículo, me acababa todo un rollo de papel si era necesario.

En otra ocasión no salí de la cama en todo un fin de semana. Y estuvo bien, lo necesitaba. Evité a toda costa presionarme para superarlo rápido o regañarme por darme permiso de sentir y llorar. Sabía que era normal, todo era reciente y la herida estaba fresca. De cualquier forma, iba a tener que sanar y lo iba a superar, justo como había superado tantas otras cosas antes y así fue. Al menos ya no corro hacia el baño a la mitad de una junta ni me es atractivo quedarme todo el fin de semana en cama, a menos que la serie sea realmente buena y por buena me refiero a Big Little Lies*, de lo contrario no, gracias.*

Después de todo eso, supongo que es bueno decirte que, a pesar de lo que hemos pasado, hay algunas cosas que debo agradecerte: primero, tu tiempo y el haber construido algo conmigo. Te agradezco que contigo pude

descubrir una nueva versión mía que no sabía que existía. Segundo, por estar cuando nadie más quiso estar, incluso cuando yo mismo dejé de estar para mí. Gracias también por ayudarme a crecer y ser paciente conmigo en lo que encontraba mi camino. Y por último, gracias por hacerme ver que el amor real sí existe, porque nosotros lo vivimos, aunque con el tiempo se nos olvidara cuidarlo.

También debes saber que te perdono por no hablar conmigo sobre cómo te sentías. Te perdono por tus ausencias, por tu necedad y tener un carácter insoportable a veces. Te perdono por no ser sincero conmigo cuando debías serlo, aunque eso me doliera. Pero de igual forma quiero pedirte que me perdones porque sé que también hice y no hice ciertas cosas. Perdóname por guardarme las cosas y no hablarlas en el momento, por suponer y a veces tomar decisiones por los dos sin consultarte. Perdóname porque a veces descuidé lo que tenía contigo y no te incluía en mis planes. Perdóname por no haberme ido a tiempo cuando vi las primeras señales y alimentar ese fuego que también incendió parte de nuestro bosque. Perdóname por ser tan demandante y no respetar tus espacios. Ojalá puedas hacerlo, porque yo ya lo hice conmigo.

Debo reconocer que a tu lado también aprendí cosas, pero las más importantes fueron las siguientes: aprendí a guardar silencio cuando parece prudente hacerlo, aprendí a ser más flexible y, sobre todo, a no tenerle miedo a sentir. Contigo las lecciones nunca faltaron, incluso cuando peor estuvimos, siempre había un aprendizaje y hoy con toda seguridad puedo decirte que de todos los maestros que he tenido, tú has sido el mejor. A tu lado aprendí lo bueno, eso que me gustaría llegar a ser y también todo lo que debo evitar ser. Ser tu alumno ha sido desafiante, pero no lo cambio por nada. Espero que tú también conserves con amor todo lo que yo haya podido enseñarte.

¿Ahora? Pues ahora estoy bien. No quiero ir corriendo hacia mi siguiente fracaso amoroso, ya no hago eso. He descubierto que sí me gusta el sonido de mi propia compañía, algo que me causaba terror incluso estando a tu lado. En mis veintes eso me llevó a involucrarme con cualquier persona con tal de no tener que estar conmigo, ¡pero qué estupidez! De haber sabido, habría hecho amistad conmigo hace mucho y quizás me habría evitado dos que tres descalabros.

La verdad es que me caigo muy bien, más de lo que imaginaba. No me considero paladín de la autoestima, pero tampoco estoy en la calle de la amargura. Acepto que algunos días la persona que veo en el espejo me

desespera y no la soporto —de seguro el sentimiento es mutuo— pero, a decir verdad, la mayoría de los días nos llevamos más que bien. Cuando no eres capaz de disfrutar tu propia compañía es probable que nadie se sienta con la comodidad suficiente para estar a tu lado. Eso lo tengo grabado con fuego, aunque tampoco puedo decir que sólo eso asegura el éxito de una relación. Y ambos sabemos que se requiere mucho más que buena autoestima para que algo funcione. Seguramente tu terapeuta de confianza ya te habrá dicho qué cosas son ésas.

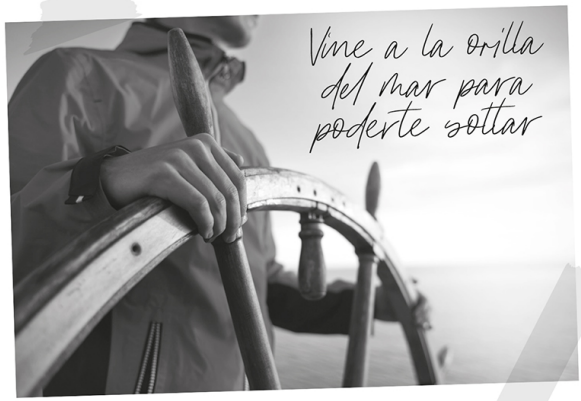
Por lo demás, no tengo nada más qué decir y aquí es donde por fin, después de tanto tiempo, me bajo de este tren y me despido. Te libero de mí y me libero de ti… nos libero. Te dejo ir como lo has hecho tú conmigo y me voy a continuar mi camino para ver a qué estaciones llego más adelante. Nuestra historia fue un capítulo hermoso con todo y sus claroscuros, pero ya no quiero releerlo nunca más. Por eso me despido de ti, para poder partir y ya no querer volver. Deseo que a donde quiera que vayas, en cualquier lugar donde estés y con quien sea que te acompañe, siempre seas feliz, porque lo mereces y porque mi mundo, al menos por un tiempo, fue feliz al lado tuyo. Y por esa felicidad que me regalaste, mereces que todo lo bueno te pase y se quede contigo. No te llevaré siempre en mi corazón, pero serás parte de mi historia y me servirá para recordar que las cosas buenas pasan, pero también que hay otras que ya no quiero que sucedan.

Yo no sé si voy a buscar a alguien o algo, pero también merezco ser feliz, así que quiero dejar que me encuentre cuando deba hacerlo, mientras estoy distraído con otras cosas, sin esperarlo y sin tener que forzarlo. Creo que le llaman serendipia.

Hasta siempre, querido compañero.

Con cariño,
aquel que una vez te llamó “mi amor”

Vine a la orilla del mar para poderte soltar,
para tus besos, tus manos y abrazos olvidar.
Por fin aprendí a estar sin ti
y cada día un poco más en mí.
Ya acepté que entre nosotros
el amor supo perder y nos quedamos con sed.
Aprendí a navegar por donde ya no hubo paz,
por donde mientras te perdía, iba encontrando
restos del alma mía.
Y ahora que las velas de mi barco puedo izar,
estoy decidido a explorar los tesoros y misterios
que otros mares me quieran mostrar.



Noviembre 1

Desde ayer el timbre no ha parado de sonar. Es la época donde las calles se llenan de fantasmas, brujas y espectros que van y vienen pidiendo dulces. Mientras escucho el barullo de los niños afuera, me complace saber que pude exorcizar a mi viejo fantasma. Luego de terminar la carta, la leí frente al espejo, tal y como sugirió mi terapeuta, la quemé. Creí que lloraría en algún punto de todo el proceso o que sentiría enojo, pero no. Sentí paz y algo en mi interior estaba alegre. Fue como deshacerme de una piedra que llevaba a cuestas y me impedía correr. Por primera vez en todo este tiempo me siento libre y puedo respirar de alivio. Ahora veo que mi enojo no era por él, sino por mí, por no tener la capacidad de dar vuelta a la página. Me enojaba tener que seguir regresando a leer ese viejo guion y lo peor era que no sabía cómo parar. Mi terapeuta me lo dijo muchas veces: "No, ya no es tu ex, eres tú. No te enoja tu ex, te enojas tú contigo por no soltar y no querer avanzar. Se trata de ti y de perdonarte de una buena vez, porque no soltarlo es un autocastigo que te impusiste porque te enfada haber permitido que te lastimaran. Perdónate y cuando lo hagas, podrás soltarlo a él". Me lo dijo muchas veces y de diversas formas, pero yo me negaba. Incluso me enojaba que me lo dijera porque sabía que tenía razón. ¿Y cómo me perdoné? Pues así, aceptando que estaba cansado de cargar con algo que me quitaba espacio y tiempo. Aceptando que no merecía eso y, sobre todo, haciéndome responsable de lo que me tocaba. Yo también hice cosas y dejé de hacer otras.

Cuando decidí hacerme cargo de mis responsabilidades, todo fue más claro y fácil. Dejé de culparme y buscar culpables. No los había. Sólo había dos personas que decidieron hacer o no ciertas cosas. Así de simple. Y quedarme atorado ahí no iba a cambiar el pasado, lo mejor era continuar hacia adelante, siempre. Creo que al fin me he graduado como exorcista de exparejas. ¡Temed, exes del mundo, temed!

Ya no siento aquí esa presencia, era etérea y se escondía
entre estos muros haciendo gala de su inteligencia.
Ya no me vienen a estremecer los ecos de eso que no pudo
ser.
Los espectros que removían mi pasado
entienden ahora que yo he ganado.
Ni yo los llamo, ni ellos
regresan. Así quedó acordado.
Mis amarras por fin logré soltar y así de
ciertos demonios me he logrado exorcizar.

Noviembre 2

¿Recuerdas al vecino del edificio de enfrente? Sin querer (juro que sí), lo he estado observando. Tampoco es que viva pegado a la ventana, es sólo cuando se da la oportunidad, así, sin querer. Creo que ver a mi vecino me permite reflejarme en su soledad, aunque sin tantas visitas de una noche. ¿Así me veré en mi vida diaria ahora que estoy soltero? ¿Así luciría si trajera un sujeto distinto cada noche? A propósito de las visitas nocturnas, recientemente he notado que ya no han ido mujeres a su departamento. La última fue hace unos días: era morena, delgada y con cabello castaño y ondulado.

No había ni siquiera entrado al lugar cuando de inmediato se quitó la blusa y dejó al descubierto sus perfectos senos. Él cerró la puerta, se quitó el cinturón y se desabrochó el pantalón, mientras yo me servía otra copa de vino, apagué las luces y me puse cómodo, por supuesto. Debo confesar que fue la primera vez que vi sexo heterosexual. Nunca he visto porno hetero. Lo más cercano que estuve de algo así fue una vez a los diecisiete cuando escuché a mi mamá y a mi papá hacer lo suyo. No fue perturbador, pero fue extraño y gracioso al mismo tiempo.

Seguí observando para alimentar mi voyerismo: ella lo tiró al sofá frente a la chimenea, se quitó los pantalones y se quedó en panties. La mujer era bella y poseía una figura envidiable, con curvas pronunciadas y bastante carne para disfrutar. Él, por su parte, se quitó la camisa y dejó ver su torso velludo y trabajado (con lo que me gustan los cuerpos velludos), la jaló hacia él y

comenzó a besar sus senos como si quisiera comerlos. Ella se sentó sobre sus piernas y se besaron apasionadamente. Era, oficialmente, mi primera película porno hetero en tiempo real. Por obvias razones, no la miraba mucho a ella, él me interesaba más y como tengo buena vista de lejos, puedo decir que no perdí muchos detalles: ella le hizo, al parecer, el mejor sexo oral que alguien le haya hecho. Luego él la sentó sobre la mesa del comedor y bajó a su entrepierna para hacer lo propio, porque es de muy mala educación no regresarle el favor a quien te lo hizo primero. Terminado eso, ella se puso de espaldas y él comenzó a besarla mientras acariciaba sus hermosos senos. La mujer se volvió, lo tomó de la mano y ambos se perdieron en un pasillo que seguramente daba a la habitación. Hasta ahí llegó el show, pero al menos pude ver que mi vecino tiene lindo trasero.

Desde entonces, ninguna otra mujer se ha parado por ahí, al contrario, ahora es un hombre un poco más joven quien lo visita y hasta se queda a dormir ahí. En la última semana ha pasado a verlo al menos tres días seguidos. Al inicio pensé que se trataba de su pareja real y entonces el vecino era bisexual pero no le había dicho y lo engañaba con mujeres, pero me equivoqué. Antier en la mañana, mientras regaba las plantas de mi balcón, vi que el hombre estaba sentado en su balcón tomando café, ambos en algún punto cruzamos miradas y nos saludamos a lo lejos amablemente con un gesto de mano. Pensé por un instante que saludarlo era cinismo de mi parte, pero tampoco lo había espiado a propósito, simplemente pasó. Yo seguí regando mis plantas y acto seguido, el tipo se metió y abrió la puerta del departamento. Entraron el hombre que creía que era su pareja y otro más, un señor de mediana edad, con barba y canas. Iba de pantalón de vestir y blazer. Pude notar que hablaron en la estancia. Mi vecino se llevó las manos a la cara y se sentó en el sillón. Se notaba apesadumbrado. El hombre más joven se sentó a su lado y puso una mano sobre su hombro. Si fueran pareja, habría sido más cálido, pero quizás eran sólo amigos. Ambos permanecieron ahí y sentí que algo pasaba. Luego, el señor de barba corrió las cortinas y por primera vez dejé de ser espectador. Tal vez era una señal de que mejor debo ocuparme de mis asuntos.

Juro que me estoy haciendo cargo,
tomar mis responsabilidades
ya no me parece algo amargo.
Pero es que no quería entender
cómo era posible resurgir
después de todo aquello que tuve que padecer.
Ya no era el pasado mi captor,
era yo quien se había convertido en mi propio raptor.
Ahora ya entendí que sólo de mí dependía
recuperar la alegría, salir de mi prisión
y avanzar a una nueva dirección.
Me alegra saber que ahora todo está en mis manos,
así puedo tener un mejor control de daños
y ahora que vuelvo a estar bien,
puedo vestir nuevamente de colores pastel.

Noviembre 4

Son casi las dos de la madrugada y no puedo dormir. Me levanté a hacerme un té y a revisar pendientes del trabajo para ver si me daba sueño, pero preferí sentarme a escribir en el balcón. No hace tanto frío como creí y es una noche despejada. Sólo se escucha el sonido intermitente de los grillos.

Me di cuenta de que el ocio me hace mucho mal porque me da tiempo de pensar en cosas que no tendrían por qué ocupar espacio en mi mente. Mientras daba vueltas entre las cobijas, me puse a pensar en todos los *qué hubiera pasado si…* Todas esas posibilidades frustradas de algo que no ocurrió y que ya no será. A veces me he preguntado cómo habría sido mi vida de haber continuado escribiendo ciertas historias con personas que hoy ya no me acompañan y que probablemente ni me recuerdan. ¿De cuántas maneras distintas pudo haber cambiado mi vida si tan sólo hubiera decidido quedarme… o si se hubieran quedado?

No me malentiendas, no extraño a nadie de mi pasado, ya no. Me alegra que ciertas historias hayan terminado, porque así debía ser. Es sólo que de pronto me dio curiosidad escudriñar entre todas las relaciones que ya no pudieron ser y concluí que todos hemos sido una historia breve en la vida de alguien más y al mismo tiempo, otros han sido una historia breve en la nuestra. ¿Cuál es el propósito de esa clase de encuentros? ¿Qué encierra esa brevedad temporal que resulta tan adictiva y difícil de olvidar? El “casi algo” siempre tiene una intensidad que surge en poco tiempo, que quema y a veces arde, pero que es muy

placentera…

Hace un tiempo viví una historia parecida. Fue sumamente breve, tan fugaz que pareció no haber pasado jamás. Todavía estaba en mi relación anterior. Las cosas habían comenzado a estar mal y cada vez pasábamos más tiempo a solas, cada quien por su lado. Era otoño, acababa de llover y los charcos en el asfalto reflejaban el cielo naranja del atardecer. Las copas de los árboles goteaban y el petricor lo inundaba todo con su aroma. Yo caminaba de regreso a casa y me detuve en un cruce. Del otro lado de la acera, en una parada de autobús, lo vi. Aguardaba a que llegara su transporte. Su rostro enmarcado por gafas de armazón azul llamó mi atención y entonces nuestras miradas se cruzaron súbitamente. Casi al instante me sonrió. Yo le regresé la sonrisa, fue tan espontáneo y natural que no me costó trabajo.

Entonces llegó el autobús y se interpuso entre nuestro encuentro. Lo vi subir y tomar asiento. En ningún momento lo perdí de vista. Me volvió a buscar con la mirada y nos sonreímos una vez más. Mi corazón latió rápido y me sonrojé. El autobús cerró sus puertas y arrancó. No rompimos el contacto visual hasta que estuvimos lo suficientemente alejados y jamás nos volvimos a encontrar. Yo crucé la avenida y seguí mi camino a casa. Durante un tiempo pensé mucho en ese encuentro. Me pareció un formidable golpe de suerte el que dos extraños hubieran coincidido, aunque fuera un instante y a la distancia. Mantuve la esperanza de que podría encontrarlo en Facebook u otra red social, pero nunca ocurrió. Supongo que, de haber pasado, el encanto de ese brevísimo encuentro se habría perdido. Prefiero que siga viviendo en mi memoria así, porque es un lindo recuerdo que me hace sonreír. No imagino la cantidad de historias que no pudieron convertirse en algo más porque la narrativa no les alcanzó más que para ser simples instantes.

Me pregunto si las personas con las que no decidí quedarme también me recuerdan como un instante en sus vidas y si alguna vez han imaginado lo que habría pasado de haberme quedado a su lado. Pensar en eso, me hace caer en cuenta que a cierta edad somos el resultado de tantas memorias compartidas y que a lo largo de nuestra vida vamos dejando pequeños pedazos de

nosotros en otros que se cruzan en nuestro andar, hasta que nos convertimos en el eco lejano de lo que fue y lo que no será, en una simple idea que no tuvo posibilidad. Y es un poco triste, pero también es hermoso cuando sucede. Ya voy entendiendo que quizás ser adulto significa —además de tener todo en orden con Hacienda— aprender a reconstruir al corazón una y otra vez para hacer las paces con tu yo del pasado y volver a reconciliarte con esta experiencia que llamamos vida. Es volverse experto en vivir con la nostalgia y saber cómo hacer que el sonido de tu risa se siga oyendo a pesar de los nudos en la garganta. Ser adulto es darse cuenta de que la alegría siempre encuentra un hueco por donde colarse entre las ruinas y eso nos convierte en sobrevivientes de nosotros mismos. Es estar dispuestos a seguir creyendo que un día la esperanza diga "hoy quizás sí".

Por lo pronto quizás sea buena idea irme a dormir. Creo que esta vez funcionará.

Aún hay días en los que me despierto
y todo me parece incierto.
Entonces me pregunto cómo habría sido
la vida contigo mientras me sigo haciendo el dormido.
Pero es inevitable pensar en esa vida nuestra,
la que no nos detuvimos a construir
porque nos causó más urgencia huir.
Sigo dando vueltas en la cama y me cuestiono
cuál sería tu canción o cuál tu color.
Pero jamás...
¿Cómo serían los cumpleaños, las Navidades
o los nuevos años?
No tengo esas respuestas y quizás cada vez
me interesa menos llevarlas a cuestas.
Ahora entiendo que lo nuestro sólo era un
pequeño cuento en un espacio breve de tiempo.
Que en nuestro guion estaba escrito que
fuéramos sólo ilusión, una ecuación sin solución.
Somos un amable recordatorio de que ciertas
historias a veces son sólo algo transitorio,
es mejor no escribirlas, liberarlas y olvidarlas.
Yo ya nos liberé y para no ponerme triste,
comenzaré a fingir que aquí nunca estuviste.

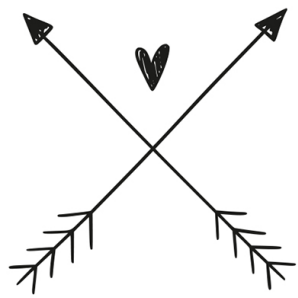
Noviembre 5

Hoy trabajé desde casa. Me gusta cuando mis jefes entienden que no es necesario estar en la oficina encerrados catorce horas para ser productivos, además, eso evita juntas interminables que bien pueden ser un correo.

Los días como hoy son mis favoritos: fríos, soleados con el cielo limpio de nubes y de un azul muy brillante. Pensé que sería buena idea desayunar en la mesita que tengo en mi balcón, casi nunca como ahí porque se me olvida que está, pero hoy quise aprovechar las bondades del *home office*. Me hice de desayunar y me instalé afuera. Por supuesto que dirigí la mirada al edificio de enfrente, donde vive el vecino. Las cortinas de su departamento habían permanecido cerradas desde aquel día hasta hoy. Siento que algo está pasando porque no es normal que alguien con una vida activa (y eso incluye lo sexual), de pronto desaparezca. Pero mientras desayunaba y observaba, alguien corrió las cortinas de lo que parecía ser su habitación. Era el otro hombre que había estado visitándolo con frecuencia. La luz que entró a la recámara me permitió distinguir una figura recostada en la cama. El hombre levantó una charola con comida y la colocó frente a la persona postrada. Inferí que esa persona era mi vecino. No creí que fuera del tipo que necesitara de esos cuidados, pero luego pensé que nadie es infalible a enfermar de vez en cuando, ni siquiera un casanova como él.

Continué observando y me di cuenta de que ya no lo hacía por mera curiosidad, sino porque en mi interior intuía que estaba

pasando algo y no podía hacer nada para intervenir. No negaré que la idea de ir y ofrecer mi ayuda cruzó por mi mente, pero ¿qué iba a decir? “¿Hola, soy tu vecino chismoso de enfrente y vine a ver si necesitaban algo?” No. Tal vez estoy exagerando y se trata de un simple resfriado o alguna operación menor. Me tiene intrigado y esa sensación creció cuando un rato más tarde, una ambulancia se estacionó frente al edificio. Al poco rato, un par de paramédicos entraron en la habitación donde se encontraban los dos hombres y las cortinas se cerraron otra vez. Después de eso, acabé de desayunar y recogí todo para empezar a trabajar. No sé si después de todo fue buena idea haber desayunado en el balcón.



Noviembre 7

Desde ayer no he querido asomarme ni por error a mi balcón o a alguna ventana que dé directo al departamento del vecino. Después de ver que la ambulancia llegó, es posible que se trate de algo grave y no me parece prudente ni educado seguir de curioso en la vida de alguien más que la está pasando mal. Por fortuna, ayer después de casi dos semanas sin vernos, me tocó sesión de terapia. Mi psicólogo estuvo de vacaciones y en este tiempo sentí que pasaron muchas cosas imposibles de contar en una hora. Lo más importante fue la carta, claro, y sobre eso trató casi toda la sesión. Antes de quemarla le tomé fotos porque me interesaba mucho saber lo que opinaría mi terapeuta al respecto.

"Es una de las cartas más honestas y hermosas que me ha tocado leer", me dijo esbozando una sonrisa. No sé por qué, pero nunca me había fijado en que mi terapeuta tiene bonita sonrisa, debe ser porque casi nunca sonríe. ¿Está mal que siendo su paciente me haya fijado en eso? Luego de mi sesión pasé al supermercado por algunas cosas y adivina a quién me encontré… a mi vecino de una sola noche. Te dije que nos volveríamos a topar. Contrario a lo que pensé, nos saludamos a lo lejos con un gesto amigable y cada uno continuó con su compra. No fue un saludo de "aquí no pasó nada", pero tampoco uno de "aquí hay algo". Fue un saludo de esos que le lanzas a alguien que ya no es un completo extraño y con quien alguna vez compartiste algo que, con el tiempo, termina siendo un secreto. Sólo eso.

Luego de hacer mis compras llegué a casa, ordené el mandado

y entró una notificación a mi celular. No era de WhatsApp ni tampoco venía de ninguna red social convencional. La notificación era de la aplicación de citas. Hacía muchos días que no entraba y por un momento pensé en ignorarlo, pero me ganó la curiosidad. Fui directo a mi bandeja de entrada y ahí estaba: *Hola, me apareces muy cerca. ¿Vives en el mismo edificio?* . Y lo más extraño es que, según la ubicación, el remitente estaba a tan sólo diez metros de distancia. O estaba platicando con algún fantasma o, en efecto, se trataba de algún vecino en mi edificio que yo, por supuesto, no sabía que existía.

Esta historia continuará…

Llevaba tiempo queriendo encontrar este lugar, en donde
ya no me duele todo lo que tuve que pasar.
Me siento en calma y en paz.
Se siente bien regresar a ese sitio donde dan
ganas de volverlo a intentar.
Ya no me da miedo fracasar porque tampoco quiero ganar.
Sólo quiero disfrutar y quizás con suerte,
nuevas pieles besar.

Noviembre 11

He tenido días muy ocupados en el trabajo. Perdón por la ausencia. Detesto las juntas que pudieron haber sido un amable recordatorio por Whats. Intenté bajarme de la vida adulta un rato, pero no supe cómo; la desgraciada se aferra a mí y me envuelve con sus horribles tentáculos llenos de cuentas por pagar. Ya quiero que acabe esta semana. De seguir así, me temo que pronto tendré que dejar de escribir este diario, porque si tengo que elegir entre dormir y escribir, está clara mi decisión, además, ese juego de sábanas de mil ochocientos hilos egipcios bien lo vale. *Sorry not sorry*.

Han pasado algunas cosas. La primera es que efectivamente el mensaje que recibí el otro día no era de un fantasma, era del vecino que vive en el edificio que da a mi estancia. Al inicio no lo creí, pero era él: el mismo vecino que siempre pone su música a todo volumen como si a los demás nos encantara oír a Maluma gritar. Los edificios están tan cerca que desde su estancia tiene vista completa a mi departamento. Por suerte no es mirón, sólo escandaloso. Ayer tuve que mandarle un mensaje a través de la aplicación para que le bajara a su ruidero. Fue amable y casi al instante le bajó, además tenía que hacerlo porque eran las nueve de la noche y lo que menos quería era oír reggaetón. Fuera de eso no hemos hablado mucho, creo que a ambos se nos murió el interés al saber que somos vecinos.

Por otro lado, hoy hice algo que jamás pensé hacer: coquetear con mi conductor de Uber. Fue la cosa más extraña que he hecho

hasta ahora. No fue desagradable, debo decir, pero sí muy diferente. Casi siempre me tocan los que nunca platican o se limitan a lo básico: "Buenos días, buenas tardes", "inicio su viaje", "¿tiene alguna ruta o sigo el navegador?". Ya sabes, lo normal. Sin embargo, hoy hasta me abrieron la puerta del coche. Me sonrojé tanto que el sujeto no pudo evitar soltar una sonrisa y no supe si era de ternura o de burla. Me hizo todas las preguntas de rutina y me habló de tú. Me pareció muy amable y gentil. Podía sentir su mirada sobre mí a través del retrovisor, pero yo fingí una concentración absoluta en la pantalla de mi teléfono como si estuviese descifrando la cura contra el cáncer (sólo deslizaba mi dedo por la pantalla sin ningún propósito). Por un instante me dio mucho nervio voltear, pero también me dio curiosidad y me sorprendió darme cuenta de que, en el fondo, una parte de mí quería hacerlo.

Entonces pasó: nuestras miradas por un instante se cruzaron justo al llegar a la luz roja del cruce frente a nosotros. Ahora yo sonreí. Lo hice por nervios, pero yo quiero pensar que fue de manera coqueta y seductora. Éste es mi diario y yo decido cómo y con qué autoengañarme. No me quites ese placer adulto.

En realidad estoy seguro de que debí verme muy torpe. Algo así como en la película de *Harry Potter y el cáliz de fuego*, cuando en la escena del comedor, Cho Chang lo mira a lo lejos (ella sí se veía coqueta) y entonces Harry voltea y al mirarla le sonríe de vuelta dejando escapar el trago de agua que olvidó que tenía en la boca. Afortunadamente yo no traía agua en la boca. Imagínate la vergüenza. Seguro me habrían quitado mi calificación de 4.9 en la app. Pero Dios es grande y me ama, creo.

Luego de avanzar un tramo más, me preguntó si quería oír alguna estación de radio en particular o conectar mi teléfono. "Así está bien, además me gusta esa canción", respondí de la manera más casual que pude, pero yo seguía siendo Potter tirando agua por la boca. Cincuenta puntos menos para Gryffindor.

"Me gustan las personas con buen gusto musical", dijo. Y perdón, pero eso y que me hubiera dicho "vamos a mi casa a ver pelis" fue casi lo mismo. Sentí un microinfarto y luego la

adrenalina recorriendo mi cuerpo. El sujeto me volvió a sonreír por el retrovisor muy en su papel de Cho Chang coqueta y esta vez hubo cierto erotismo en su gesto. Comencé a encenderme. Ravenclaw iba ganando puntos.

"Entonces creo que estás de suerte", respondí con cierta timidez. Hubo un pequeño silencio y el tipo sólo esbozó una sonrisita. No sabía si era porque le había parecido simpatiquísima mi original respuesta o era una burla y le urgía que me bajara del auto. Lo que sí sabía era que lo había arruinado todo. ¿Qué clase de respuesta era ésa?, ¿cuántos años tengo?, ¿dieciséis? Seguramente ya me hubieran expulsado de Hogwarts. Ravenclaw me estaba dando una paliza y a mí se me caía la cara de vergüenza.

Entonces llegamos a otro semáforo y el auto se detuvo. El sujeto volteó fugazmente y me lanzó una sonrisa amable. Tal vez no lo había arruinado todo, quise pensar. Tal vez Gryffindor tenía aún posibilidad de dejar una buena impresión, así que ahora yo cacé su mirada por el retrovisor y procuré usar mi mejor sonrisa. Y creo que funcionó.

"¿Siempre sales a la misma hora?", preguntó. Yo asentí. Eso en automático me puso en empate. ¡Qué paz! Finalmente llegamos al frente de mi edificio. "Voy a finalizar tu viaje." Se bajó del auto y me abrió de nuevo la puerta. Yo sentía que estaba triunfando de nuevo en la vida, así que le pregunté si quería pasar a tomar un café, y realmente ésa era la intención (bueno, ésa y quizás meternos un poquito de mano bajo los pantalones). Por un instante vi el "sí" en su mirada (y también en el bulto que se le marcaba a través de ese pantalón ajustado. ¡Qué morbo!), pero la app en su teléfono sonó indicando que había otro viaje disponible que podía tomar.

Y bueno, hablando de actuar como adultos, puedes imaginarte lo que eligió: tomar ese viaje. Al final, el trabajo es primero y los besos con alguien desconocido claramente eran la última de sus prioridades. Ambos nos sonreímos y como las oportunidades se dan sólo una vez, hice lo que nunca: me acerqué muy pegadito a él y le planté un beso bien dado en los labios. Por un instante pude sentir su entrepierna rozando contra la mía y eso fue

suficiente para ponerme como fogata de campamento. Luego me separé de él, le volví a sonreír y terminé con un simple “gracias”. Él me sonrió, se metió de nuevo al auto y arrancó.

Por supuesto que jamás nos vamos a ver de nuevo, aunque una parte de mí espera que recuerde mi dirección y quizás, un día, me sorprenda, aunque eso suene a película. Al menos me consuela saber que sí tenía ganas a pesar de que el deber lo llamara y en otras circunstancias, seguro hasta habríamos pasado la noche juntos. O quizás ésa es la idea que me vendo para no lidiar con mi herida de rechazo. Déjame en paz, ¿sí?

Supongo que eso significa menos un millón de puntos para Gryffindor. Me sentí torpe. ¿Por qué yo no le pedí su número? ¿Me dio pena? Sin embargo, acepto que me gustó volver a sentir mariposas en la panza. Y probablemente jamás lo sepa, pero me hizo el resto de la semana. Es agradable probar de vez en vez esos sorbos de felicidad y excitación temporal que, aunque pequeños, provocan emociones gigantescas.

Él se ganó sus cinco estrellas de calificación en la app y yo una sonrisa que llevaré conmigo a dormir.

Qué bello ese instante donde me contemplaste
y sin querer, algo dentro de mí rescataste.
Fue como si sacaras un tesoro enterrado,
algo que yo creía haber olvidado.
De repente las ganas de sentir volvieron a surgir,
así que me dio por invitarte a subir.
Quería servirnos un café con un poco de fe,
luego una copa como pretexto para besar tu boca.
Pero tal vez fue mucho pedir y al final de cuentas,
te tuviste que ir.
Está bien.
Ya voy aprendiendo a dejar ir a todo aquel
que de mí se quiere despedir.

Noviembre 12

Ansiaba que llegara el sábado para descansar. Aun así, me desperté temprano. Cada vez hace más frío a pesar de que los días están soleados, pero como he dicho antes, me gusta este clima. Me levanté e hice lo que todo adulto funcional: poner café. Mientras se preparaba, presté atención a mi vecino de enfrente. Las cortinas de su habitación han estado corridas y por momentos he podido distinguir una figura postrada en la cama. Supongo que es él. No sé qué ocurrió después de que llegaron las ambulancias, pero no siento que sea nada bueno. El sujeto joven que lo ha acompañado parece que tampoco se ha ido a otro lado. Esta mañana estaba sentado al lado de él en la cama, quizás veían televisión. No vi bien su rostro, pero percibí cierta tristeza en la escena. No quise entrometerme más en un momento tan íntimo y ahora fui yo quien corrió las cortinas. Además, tenía que regar varias plantas y terminar un libro.

Por la tarde, después de haber ido a comer y ver una serie, salí a fumar un cigarro. Hace mucho tiempo que no regresaba al vicio. Años. Pero encontré una vieja cajetilla en una de mis chamarras y había dos cigarrillos: uno roto y otro arrugado. Opté por darle un mejor uso al arrugado. Salí a mi balcón y me di cuenta de que las cortinas del vecino seguían corridas. Las luces estaban encendidas y él seguía postrado en la cama. El hombre que lo acompañaba entró en la habitación, llevaba una charola que, supuse, tenía algo de comer. Se sentó a un lado de él, pero no parecía reaccionar. El hombre lo intentó despertar, pero no

hubo respuesta. Acto seguido se levantó de la cama, dio un par de vueltas y se llevó las manos a la cabeza. Volvió a sentarse en la cama para intentar, sin éxito, despertar al hombre que yacía acostado. De inmediato se dejó caer sobre el cuerpo inerte y supe que estaba llorando. Yo sentí un vuelco en el estómago y un frío me recorrió el cuerpo. Ni siquiera supe cuándo se me cayó el cigarrillo de las manos. Me sentí triste y sorprendido al mismo tiempo, jamás pensé presenciar algo así. Era fuerte el cúmulo de emociones.

Al poco rato llegó una ambulancia. Los paramédicos cubrieron con una manta el cuerpo del que alguna vez fue mi vecino y lo sacaron en una camilla. El otro hombre permaneció al lado de la puerta de salida, con los brazos cruzados y seguramente con un montón de sentimientos encontrados y la cabeza hecha un caos. Porque eso hace la muerte: viene a movernos el mundo entero cuando menos lo esperamos. Y ahí, en el edificio vecino y sin que supiera que alguien lo veía a lo lejos, estaba un hombre a quien el mundo le acababa de cambiar para siempre. No era mi pérdida, pero sentí un apachurrón en el pecho. Nadie debería pasar por esas situaciones en soledad y menos en fechas que nos recuerdan a todos los que se han adelantado en el camino. Así que casi sin pensarlo, tomé mi chamarra, me puse los zapatos y fui al otro edificio. No sé si era yo o la situación, pero de repente sentí más frío.

Cuando llegué a la entrada del edificio, la ambulancia ya se había alejado. Y ahí estaba él. Apenas y llevaba un viejo suéter y un par de pantuflas. Primero permanecí a la distancia observando todo, no quería ser imprudente. Pero luego de algunos minutos, caminé hacia él mientras veía cómo se limpiaba las lágrimas con la manga del suéter sin apartar sus ojos de la ambulancia que se alejaba.

Cuando se perdió de vista, el hombre, al que hasta ese momento pude verle bien el rostro y darme cuenta de que quizás era un par de años más grande que yo, se sentó en la banca de espera que estaba en la entrada del edificio y se llevó las manos a la cara. Estaba llorando. Entonces aproveché para acercarme con cuidado.

“¿Estás bien?”, pregunté. El hombre volvió la vista hacía mí y se limpió las lágrimas. Tenía los ojos rojos e hinchados. “Sí”, respondió con un hilo de voz. En ese momento me senté junto a él y le ofrecí un poco de papel higiénico que siempre llevo guardado en la chamarra. Lo tomó con sus frías manos, se sonó la nariz y luego se detuvo de nuevo en mi rostro para mirarme con extrañeza: “¿Acaso no eres el vecino de enfrente? Creo que tu departamento y el de mi hermano dan para el mismo lado”, yo asentí tímidamente. A lo mejor sí se habían dado cuenta de que yo era un mirón. “Quizás te suene raro, pero te había visto varias veces salir a cuidar las plantas que tienes en tu balcón. El tuyo es el más bonito de todo el edificio. Mi hermano…”, pero la voz se le cortó y nuevamente los ojos se le llenaron de agua. Dio un par de suspiros largos y continuó: “Mi hermano estaba trabajando en la construcción de su casa fuera de la ciudad y quería un hermoso jardín lleno de plantas, siempre que volteaba a tu balcón se acordaba de su proyecto…”, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y el llanto le impidió seguir hablando.

No pude hacer otra cosa más que abrazarlo y procuré que fuera un abrazo de esos que se necesitan cuando sientes que el mundo se te cae a pedazos, aunque yo fuera un extraño. “No sabes cuánto lo lamento”, le dije. Ambos permanecimos abrazados un par de minutos, hasta que logró comenzar a calmarse. “También vi a tu hermano en varias ocasiones. Tenía mucho estilo. Jamás pensé que alguien así se iría tan de repente”, dije.

El hombre me contó que ni él ni nadie esperaban que el cáncer regresara. Ya había sobrevivido dos veces y creían que ya no habría una tercera. Se puso en forma, cambió su estilo de vida y pensaron que con eso sería suficiente, pero no. Aun así, cuando lo diagnosticaron de nuevo, pensaron que no sería tan agresivo y al final resultó diferente. Él era su único hermano y hasta antes del último diagnóstico no se frecuentaban mucho, mantenían una relación cordial, y ahora lo que más le dolía era no haber aprovechado mejor el tiempo a su lado. Sus padres vivían fuera de la ciudad y casi tampoco los veía. Le pesaba el tener que darles una noticia así.

Al final, me agradeció por escucharlo y yo a él por contarme. Le di el número de mi departamento por si necesitaba algo. Ambos nos volvimos a abrazar y acto seguido se metió al edificio para prepararse rumbo al hospital. Pude haberme ofrecido a llevarlo y quizás ser de más apoyo, pero mientras caminaba a mi edificio, me di cuenta de que ése no era un asunto mío. Mi papel era simplemente ser un apoyo inesperado, un punto de luz en medio de la oscuridad de alguien que sólo necesitaba eso de mí. Al final, fuimos dos que, al menos por un breve momento, dejamos de ser extraños para compartir algo importante, algo profundamente humano como la pena y el dolor.

Al llegar a casa, eché un último vistazo al departamento de mi vecino y vi a su hermano preparando una pequeña maleta. Se volvió hacia mi ventana y también me vio, me lanzó un gesto de despedida con la mano, mismo que devolví y salió de la habitación apagando la luz. Yo corrí mis cortinas y llamé a mis padres para invitarlos a desayunar a la mañana siguiente. Sé que un día no van a estar y lo que ha ocurrido me hizo pensar que no quiero arrepentirme de no haber pasado más tiempo con ellos. Porque tal vez eso es lo realmente importante en la vida: aprovechar cada momento porque pasará y no volverá. Después de todo, y como bien dice Julieta Venegas, el presente es lo único que hay.

Nunca nos vamos a acostumbrar
a ese tedio que representa soltar.
Saber que alguien ya no va a volver
es algo que siempre va a estremecer.
Es como una sentencia donde la única compañía
es esa terrible ausencia.
Qué duro aprender a seguir y de recuerdos
tener que vivir en ese pedacito de mundo
en el que, de repente, me quedé sin ti,
pero en donde sin duda,
fui feliz gracias a tu amor, cariño y ternura.
Ahora ese pedazo de mundo,
que una vez fue de los dos,
es un sitio en el que te extraño
mientras voy borrando el daño.
Sin embargo, y aunque procuro hacerlo mío otra vez,
seguirá siendo siempre ese lugar donde bienvenido
puedas estar, y te sentiré conmigo, como si nunca
te hubieras ido.
Así que descuida, aquí siempre habrá una luz encendida,
una puerta abierta y las cortinas corridas, por si te dan ganas
de venirme a visitar y, aunque sea en mi mente,
volvernos a abrazar.

Noviembre 13

Luego de lo de anoche con el vecino, sigo muy emocional.

Será muy extraño mirar hacia su departamento y ya no ver nadie ahí, sobre todo sabiendo el por qué. He estado pensando mucho en el hermano, tal vez debí ofrecer más ayuda; me conmovió que tuviera que pasar solo por una situación así. Espero que, si necesita algo, venga a buscarme. Conoce dónde vivo, aunque si no viene, también sabré que no necesitó de mí y en parte está bien, querrá decir que pudo hacerse cargo de la situación. Después de todo, eso también es crecer y madurar.

Mientras recogía y lavaba los trastes, en el departamento de mi vecino ruidoso empezó a sonar a todo volumen "Easy On Me". Fue gracioso porque parecía a propósito dado el mar de emociones que desde ayer vengo navegando. Entonces entró una notificación de la aplicación de citas: *¿Quieres que le baje? Si te molesta dime*. Eso era todo. *Está bien, ésa me gusta*, respondí y terminé de lavar los trastes con la compañía de Adele de fondo. Luego de un rato, volví a recibir otro mensaje: *Te paso mi número, ya quiero eliminar la aplicación*. Me sorprendió que quisiera estar más en contacto, pero definitivamente no me ilusioné. Vamos, ni siquiera lo conocía, pero accedí y también le pasé mi número, aunque yo no borré la aplicación.

Fue hasta que lo agregué a WhatsApp que por primera vez pude ver cómo es gracias a su foto de perfil: piel apiñonada, barba recortada de tres días, pelo corto, bonita sonrisa y ojos verdes. Aunque en su foto parecía estar en la playa, no se le veía

el cuerpo, pero a juzgar por lo ancho de su cuello y lo definido de sus hombros, deduje que seguramente tenía complexión atlética. Y pues sí, me gustó. Además, no cabía duda de que era un hombre muy del norte: grande y, en efecto, escandaloso. *Eres más guapo en persona,* me escribió. También ya había visto mi foto de perfil que, debo reconocer, no es la que más me favorece. *Casi nunca te das cuenta cuando te observo desde mi ventana, pero te veo leer en tu sala o trabajar. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo ahí?,* preguntó. Yo sólo respondí un amable "gracias" junto a un emoji de changuito con los ojos tapados y le dije que llevaba casi dos años viviendo ahí. *Yo llevo uno aquí,* me respondió.

Lo sé, antes no había ruido ni J Balvin sonando fuerte los domingos por la mañana, le dije. Se rió y mandó un emoji de carita sonriente con una gota de sudor. *Cuando eso pase, avísame. A veces no me doy cuenta, soy ingeniero de audio y oigo música todo el tiempo. ¿Tú a qué te dedicas?* Ahí entendí su obsesión con el ruido, aunque debo reconocer que la música suena increíble en su equipo y más Adele.

Mientras terminaba mi café, le conté que trabajaba en un despacho de arquitectos que se dedica a construir hoteles y resorts de lujo amigables con el medio ambiente y que me encargo de todo el diseño de interiores. *Con razón la decoración de tu apartamento es bonita y llena de plantas. Ojalá un día de éstos me des tips para remodelar mi depa*, contestó. Respondí con un emoji sonriente. *Voy a salir, pero te dejo a Adele sonando si quieres. ¿Qué álbum te gusta?* No sé por qué, pero me pareció un lindo gesto. *El en vivo que hizo en el Royal Albert Hall, por favor*, dije. A los pocos segundos empezó "Hometown Glory". *Disfrútalo*, yo respondí con un corazón azul y una nota musical, porque todos sabemos que el corazón rojo es para lo estrictamente amoroso y no quise pasar por un intenso. Y ahí me quedé, terminando mi café mientras Adele, guardiana del desamor, las personas solteras y las relaciones complicadas que te hacen más fuerte, me cantaba desde el departamento de al lado en sonido ultracristalino de alta fidelidad. Ya sé qué pedir de regalo a Santa Claus esta próxima Navidad.

No sé a qué estemos jugando y
tampoco sé si estamos bailando.
No sé cuál es nuestra canción y tampoco
me queda clara tu verdadera intención.
Para empezar, no sé si me estés sacando a bailar
o sólo somos una distracción que tarde o temprano
se va a terminar.
Quizás sólo somos esos dos que por ratos
dejan de ser un par de extraños, los que de vez
en cuando se hacen compañía y desde su rincón
disfrutan la misma melodía.

Quizás sólo somos esos dos que por ratos dejan de ser un par de extraños

Noviembre 15

Me gustan los días de puente. Pienso que es la forma en la que la vida nos dice: "¿Lo ves? No soy tan hija de puta. Te quiero mucho". Además, cualquier lunes que no sea laboral ya es motivo suficiente para reiniciarte la vida. Pequeños placeres adultos que sirven para no querer aventarse de la banqueta y seguir llevando a cabo el plan de vivir. Por eso hoy decidí hacer lo que hace mucho tiempo no hacía: ir al cine… solo.

Puede parecer un cliché eso de la reticencia a ver una película sin compañía, pero me di cuenta de que no era resistencia lo que sentía, sino extrañeza. Hasta hoy no había reparado en reflexionar que el mundo realmente está configurado en pares, binomios y parejas: combo pareja, boletos dos por uno, mesa para dos, asientos de par en par, botanas para compartir… Tal parece que los singulares estamos fuera y tenemos que seguir luchando por pasar desapercibidos en un mundo que adora y venera las duplas. Hasta el chico de la taquilla me vio raro cuando le pedí sólo un boleto, ¿qué es esto, el 2005 acaso? "¿Sólo uno?", me preguntó como si no hubiera entendido la primera vez. "Sí, sólo uno", respondí con cierta molestia. Pensé que tal vez sí me parecía triste eso de ir al cine solo, pero descubrí que no. Lo que me molestaba era estar haciendo algo que yo mismo critiqué en el pasado, de lo que me mofaba y que ahora era parte de mi quehacer soltero. Al inicio pensé en llamar a alguien, algún amigo o incluso al vecino, pero ya bastante intenso era que me dejara sonando a Adele mientras no estaba,

como para invitarlo al cine. Eso eran muchas *red flags* y no iba a ser yo el que quedara como vecino urgido.

Así que como me desespera depender de los tiempos de los demás, agarré mi chaqueta, busqué mi cartera, me aseguré de que tuviera mi tarjeta de cinepuntos (amo que me regalen cosas en la dulcería) y me fui: *me, myself and I.*

Luego de tener que soportar que un mocoso de dieciocho me viera raro por entrar solo al cine en la función de la una de la tarde, me senté con un bote grande de palomitas, un hotdog jumbo y refresco de dieta, claro. La sala estaba casi vacía, a lo mucho había diez personas. Así que busqué mi asiento y me dispuse a disfrutar de los cortos previos a la función, pertenezco a ese pequeño porcentaje al que le gusta verlos. Al poco rato, una chica me pidió permiso para pasar a su asiento, a unos cuatro lugares a la derecha de donde yo estaba. Noté que sólo llevaba una botella de agua y pensé que seguro era de las que metía su propia botana de contrabando. Yo una vez metí una hamburguesa doble con todo y aros de cebolla, aunque sé de gente que ha logrado meter hasta un pollo rostizado completo sin ser descubierta. Cada quien.

Confieso que he perdido la habilidad para escoger buenas películas. La cinta trataba de una guerra en el futuro que personas del pasado debían evitar si no querían ser esclavos de criaturas alienígenas. Chris Pratt era el protagonista, y di por hecho que sería entretenida como *Guardianes de la Galaxia*. Pero no, era un bodrio, aun así, Chris puede ahorcarme con esos brazos cuando quiera y yo no pondré objeción.

Como mi atención no estaba siendo captada como quería y terminé con casi todo mi combo en los veinte minutos de cortos, empecé a sentir una mirada que comenzó a volverse incómoda. La chica sentada cuatro lugares a mi derecha volteaba a verme con insistencia. Mi primer pensamiento fue que quizás me conocía de algún lado, pero la realidad es que no ubicaba a ninguna pelirroja en mi vida. Me hice el disimulado e intenté concentrarme en la película de nuevo esperando que, al menos, los bíceps de Chris se apoderaran de mi atención, pero ni eso lo logró. Al cabo de otra media hora no soporté más el terrible

guion y decidí salirme. Sabía que debí haber escogido la película con garantía de satisfacción total, pero era muy temprano para llorar viendo algo sobre perritos que reencarnan para seguir cuidando a sus amos.

A los pocos segundos escuché un par de tacones tras de mí. "¿Tampoco te gustó?", preguntó una voz de mujer. Me volví y vi a la chica de la sala. Era más alta de lo que se veía en la oscuridad y también más linda. "Le he visto mejores cosas a Chris", contesté de manera gentil y dispuesto a irme, pero me alcanzó. "Lucía, mucho gusto." Por un momento me sentí como cuando te abordan los chicos que trabajan como voluntarios para Unicef y a fuerza quieren hacerte apadrinar a algún niño en alguna parte del mundo.

Ambos nos estrechamos la mano, pero yo no le dije mi nombre, no me interesaba iniciar una conversación, pero a ella sí. "¿Vienes a este cine a menudo?", preguntó mientras ambos caminábamos. "Casi nunca, de hecho es la primera vez en mucho tiempo que hago esto", respondí tratando de no ser descortés.

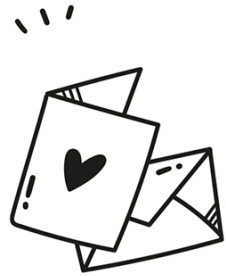
"Supongo que solías venir acompañado de tu novia…", y ahí me di cuenta de que ella no tenía ni idea de que yo no bateaba para su lado de la cancha. Solté una risita. "En realidad no vengo tanto al cine como me gustaría", dije mientras bajábamos las escaleras eléctricas. "¿Te gustaría tomar un café? Hay una cafetería excelente aquí abajo." Y ahí, caí en cuenta de que me estaba tratando de ligar, así que tuve que ser un poco más directo y declinar su oferta de la única manera que me sacaría de ese embrollo: "No me gustan las mujeres", y solté otra risita simpática. Al inicio no me creyó, pensó que se lo decía para quitármela de encima. Sentí un poco de pena por ella porque eso quería decir que estaba desesperada por encontrar a alguien. Le tuve que enseñar mi perfil en la app de citas y la cantidad de mensajes con fotos de hombres desnudos que a diario me llegaban, para que me creyera y cuando lo hizo, la decepción se apoderó de su rostro.

"Lo lamento, no pensé que tú…", dijo visiblemente apenada; su cara se ruborizó tanto que pareció tomar el color de su pelo. Me contó que hacía un año iba una o dos veces por semana a

esos cines para ver si con algo de suerte conocía a algún chico. Había notado que, especialmente ahí, solían ir muchos hombres solos a ver películas y en dos ocasiones logró salir a tomar algo, pero nunca pasaba de ahí. Tal vez lo que ella necesitaba saber era que la mayoría de esos hombres que van solos al cine no están interesados en ver una película y tampoco en ligar a una chica precisamente, pero pensé que decírselo sería terminar de hacerla sentir más mal de lo que ya se sentía y me reservé el comentario. “No te conozco y no me lo tomes a mal; eres linda y pareces alguien agradable, pero quizás te estás esforzando mucho, ¿no crees?”, tal vez no debí hablarle así, pero al final alguien tenía que decírselo.

Hubo un pequeño silencio. Estaba realmente apenada y pude percibir que se sentía como una idiota. “No debí decirte eso, te pido una disculpa…”, qué bueno que no soy terapeuta. “¡No, no, al contrario, discúlpame a mí! Debo aprender a ser menos imprudente para evitarme cosas así, no es la primera vez que me pasa. Hace dos semanas fue un hombre casado.” La mujer necesitaba que alguien le gritara el “amiga date cuenta” más grande de su vida. Me recordó a mí al inicio de mi ruptura y lo desesperado que estaba por sanar y suplir esa ausencia con la presencia de alguien. Todos hemos pasado por ahí. Entonces se me ocurrió una gran idea: recomendarle a mi terapeuta.

“Creo que te ayudaría hablar con él. Es muy bueno, sin él quién sabe dónde estaría”, y le entregué la tarjeta. Después de eso nos despedimos con un abrazo breve y algo torpe. Fue todo tan extraño y rápido que aún no sé muy bien qué fue lo que pasó. Pero me di cuenta de algo: a pesar de que a veces siento que no, sí he avanzado mucho. Espero que ella también pueda hacerlo. Mientras, seguiré haciéndome un lugar en medio de un mundo lleno de duplas.



¿Y qué tal que en tu desesperación
lo único que logras es acumular más decepción?
Intentarlo tanto para terminar en puro llanto
es lo que te lleva a perder el encanto.
Te esfuerzas demasiado para encontrar
algo que quizás ni siquiera tienes que buscar.
Son tus ganas de en una mirada ver tu corazón reflejado
lo que probablemente resulta más cansado.
Es como una búsqueda sin fin de la cual ya no sabes huir.
Pienso que ya es momento de saberte detener y sanar
por dentro antes de a alguien querer tener.
Si me permites un consejo:
no te vendría mal disfrutar de tu propia compañía
antes que despertar con alguien que te quiera cada día.

Noviembre 16

Luego de mi extraño día de asueto, tuve que volver a la realidad para seguir siendo adulto funcional o, al menos, intentarlo. Una vez, cuando tenía como diez años, una tía me dijo que los adultos, la mayoría del tiempo, no tienen idea de muchas cosas, pero pretenden tenerla para poder hacer frente a la vida y continuar. Era alcohólica. Pero tenía algo de razón. Ahí supe que mi madre no siempre sabía todo, pero ella me daba la seguridad de que todo estaba bien y creo que eso también es ser adulto: convertirse en ese padre o madre para uno mismo y saberse decir que todo estará bien, mientras buscamos la manera de que realmente lo esté. Supongo que no voy tan mal.

En otras noticias, hoy vi a mi mejor amigo de la infancia. Fuimos a un lugar delicioso de comida italiana y nada me hizo más feliz que comer carbohidratos con una buena compañía que tampoco se preocupa demasiado por tener abdomen perfecto. Después de todo, nadie que disfrute de la vida tiene los abs marcados.

Me urgía verlo para compartirle todo lo que ocurrió con mi vecino enfermo porque creo que sigo sin poder superarlo. También platicarle sobre el que ahora no deja de ponerme música a petición desde su ventana. Y, por supuesto, lo que hice con el chofer de Uber. Visitar esa anécdota, me volvió a emocionar un poco, como quien cuenta una pequeña travesura. Al final creo que sí me habría gustado que ocurriera algo más. Parecía un buen tipo y además tenía bonitos ojos. Mi amigo, que

no es en absoluto apegado a nada ni nadie, me sugirió dejarlo pasar porque, según él, ya vendrían más oportunidades. Él lleva tres años soltero. Su última pareja terminó regresando con su ex y se casó para luego divorciarse. Punto para mi amigo. Después de eso decidió que sería bueno darse un respiro de las relaciones. Pensaba hacerlo a lo mucho un año, pero ya van tres y contando.

Desde que recuerdo, siempre nos hemos acompañado en nuestras aventuras y desventuras amorosas. Durante estos tres años, él se ha dedicado a fluir y a tener encuentros pasajeros que, al parecer, no le causan ningún tipo de sufrimiento o ansiedad. Él dice que todas las personas somos sólo instantes en la vida de alguien más y que el apego genera sufrimiento porque deseamos poseer en lugar de aceptar que los demás deciden compartirse con nosotros y nosotros con ellos por un tiempo, ya sea una temporada o una vida, pero que, eventualmente, terminará.

Ignoro si todo eso lo ha reflexionado durante estos tres años de soltería, pero parece que los ha aprovechado para iluminarse. Ahora todo eso comienza a tener sentido para mí. De no haber sido por lo que he pasado, jamás me habría detenido a reflexionar tanto sobre mis relaciones y supongo que eso también es madurar. Estoy llegando a un punto donde ya no quiero ciertas cosas, pero sí busco otras. Por primera vez me siento con la suficiente autoridad para decir “quiero esto o lo otro”.

Cuando acabamos el plato fuerte y pedimos el postre (pastel de zanahoria, mi favorito por siempre) junto con dos cafés, llegamos al tema de la soledad. Después de tres años, él ya es alguien bastante habituado a llenar sus espacios consigo mismo. Yo, a pesar de llevar más de un año de vuelta en el mercado de la soltería y haber vivido nuevas aventuras, siento que sigo aprendiendo a llenar los espacios vacíos de mi vida con mi propia presencia. Nos han contado tantas historias sobre lo terrible de la soledad que, con frecuencia, pasamos más tiempo tratando de evitarla con cualquier “amor” que se presenta, en lugar de preguntarnos cómo podemos convivir con ella de manera más sana, sin que tenga forzosamente que convertirse en sinónimo del gran fracaso en la vida adulta.

“Yo estoy en esa etapa de mi vida donde sólo dejaré entrar a

aquella persona que no me necesite, pero elija estar conmigo. Alguien que yo considere lo suficientemente valioso como para hacer un espacio en mi soledad y dejar que me acompañe." Había tanta seguridad y convicción que, si hubiera sido un discurso político, en ese momento le habría dado mi voto sin pensarlo. Nunca se me había ocurrido la posibilidad de que se puede seguir disfrutando de la soledad aun estando en compañía de alguien. Al inicio es un poco complejo entenderlo, pero cuando le das más vueltas te das cuenta de que, en efecto, se puede conservar ese espacio personal, de individualidad, sin importar que se tenga algo con alguien. Ahí fue cuando lo entendí: quizás eso es lo que me falló en otras relaciones. Me concentraba tanto en ser un "nosotros" que con frecuencia olvidaba que seguíamos siendo un "tú" y un "yo", así, separados. Ahora veo que lo hacía por miedo a que se fueran o a que terminara y, de todas formas, acabó.

"A veces sí he pensado en cómo sería tener de nuevo algún encuentro que vuelva a emocionarme, ya sabes, algo que no sea más del montón…", respondí mientras miraba mi pedazo de pastel como si esperara que me diera alguna revelación mesiánica. Mi amigo soltó una risita. Para él, los encuentros fortuitos eran algo muy emocionante y divertido. Consideraba que eran pequeños golpes de suerte porque en medio de la vastedad e infinidad de posibilidades, la vida y las causalidades siempre se acomodan para terminar haciendo que, específicamente, dos sujetos terminasen encontrándose. Eso me hizo preguntarme si los demás nos consideran a nosotros coincidencias afortunadas, sin importar cuán breves sean los encuentros.

"¿Cuál será la razón de tener encuentros así, fugaces, si no va a ocurrir nada más? Es como un desperdicio de tiempo. ¿Por qué no llegar directo a nuestro destino?", pregunté con ligero hartazgo. "Sí ocurre algo: vives y sientes. Así no olvidas lo que es ser humano", respondió. Breve, directo, conciso y con la seguridad de un sabio iluminado. Yo sólo pude aceptar la enseñanza cual discípulo y llevarme eso de tarea. Recordé por qué me gusta su amistad, por sabio.

Luego pedimos la cuenta y al despedirnos lo abracé fuerte. A mi mente vino fugazmente aquel recuerdo de cuando era mi crush en la adolescencia y quería que hubiera algo más entre nosotros. Me alegra que no haya ocurrido nada, porque lo hubiera perdido. En cambio, gané un maravilloso amigo y pensé que quizás ese tipo de amor era el verdadero, porque otro tipo de amores van y vienen, pero los buenos amigos siempre están ahí. Y ambos hemos estado a lo largo del tiempo. Finalmente, su taxi llegó y subió al auto, y mientras lo veía alejarse hasta perderse en el tráfico, pensaba que tal vez ya era hora de dejar de esperar que algo pasara con alguien y mejor aprovechar lo que ya sucedía con la gente a mi alrededor; personas que han decidido quedarse conmigo sin que yo se los tenga que pedir. Y otras tantas que comienzan a aparecer sin siquiera esperarlo.

Ya voy entendiendo que no todo se trata de buscar o esperar a que llegue un buen amor. A veces, se trata de darle un buen amor a quien siempre ha estado ahí. Esas relaciones son las que importan, ¿y entonces qué pasa con el amor de pareja? Quizás el amor de pareja sea una aspiración, un requisito social y un cuento cursi que bien valdría la pena redefinir para que entonces deje de ser un capricho del corazón (y del culo) para convertirse en un placer voluntario de la mente y también, supongo, del alma.

Creo que alcancé la iluminación. *Namasté.*

Y entonces descubrí que también me gusta
otro tipo de amor, que se aleja del deseo y no por
eso da menos calor.
Es un amor que no exige ni obliga,
que se entrega sin que duela.
Ese amor muestra que la vida tiene más colores
porque no necesita caricias, besos o pasiones
para cumplir sus funciones.
A ese amor le basta con la voluntad
de ser compartido con aquellos que, sin nuestra
sangre llevar, terminan siendo familia
de verdad.

Noviembre 17

Le pedí a mi terapeuta cambiar mi sesión de esta semana y vernos hoy. Honestamente no tengo ganas de pasar mi tarde-noche de viernes en un consultorio; quiero quedarme en casa y ponerme al corriente con el reboot de *Sex and the city* que, a pesar de no tener más a Samantha Jones (por culpa de la insufrible Sarah Jessica Parker), me sigue emocionando. Supongo que así, saltando de pequeño placer en pequeño placer, vamos pudiendo con la vida.

Mi sesión de terapia estuvo muy bien, siempre lo están. Él es muy bueno en lo que hace, incluso cuando tiene que decirme algunas verdades que no quiero aceptar, me sigue pareciendo el mejor. Y creo que eso se está volviendo un problema: me gusta mi terapeuta.

No había querido aceptarlo porque el sentimiento no era tan fuerte. Pero desde hace varios meses he notado que soy más observador con él y siento atracción por ciertos gestos. Por ejemplo: cada vez que dice algo que puede resultar muy revelador, se pone su bolígrafo dorado detrás de la oreja, se repega en el respaldo y lanza una mirada que me pone muy mal. Siento que estoy faltándole al respeto por pensar cosas así, aunque no lo sepa. Me avergüenza un poco saber que no estoy siendo lo suficientemente adulto como para controlarme y saber separar que es mi terapeuta, no alguien a quien me quiero tirar. Pero empieza a resultar complicado prestarle atención con esas camisas entreabiertas que usa y por donde se asoma un poco de

su vello en el pecho. Y sus brazos tonificados y espalda ancha tampoco ayudan a que me concentre.

Me siento un traidor escribiendo todo esto, después de todo, él siempre ha sido muy profesional conmigo y aunque le pago para ayudarme, creo que ha intervenido porque de verdad le ha interesado que yo salga adelante y lo he hecho. En algún sitio leí sobre un síndrome de amor patológico en donde alguien que lo sufre puede distorsionar los comportamientos de otra persona e interpretarlos como señales de enamoramiento o de conquista. Y no voy a negar que a veces he llegado a pensar que mi terapeuta es más amable conmigo que con el resto de sus pacientes, o que a veces la manera en la que se despide de mí es "diferente" y más cariñosa. Pero lo cierto es que jamás me ha lanzado una indirecta y mucho menos intentado algo. Todo está en mi cabeza.

¿Es posible que me haya enamorado de quien en su momento fue la única persona que me rescató del maremoto emocional? ¿O quizás esto es una señal de que mi tiempo en terapia está llegando a su fin? Creo que tendré que hablarlo con él…

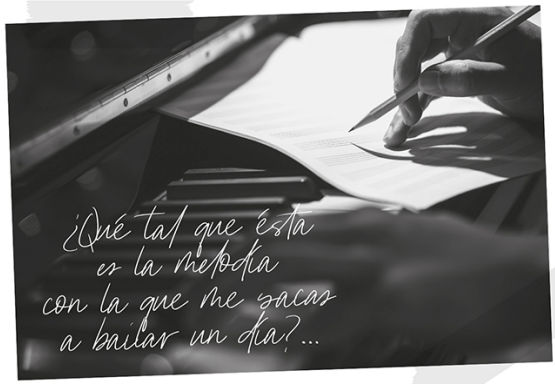
He entendido que algunos límites no se deben cruzar
y eso también es parte de madurar.
Porque resulta cansado llegar a cierta edad
y por imprudencia volver a perder la felicidad,
como si por gusto se quisiera sufrir
y al dolor siempre tener que sucumbir.
Si al final todo se va a ensombrecer,
entonces no es riesgo que valga la pena correr,
y vale más aceptar un "ni siempre ni nunca" sin posibilidad
en lugar de forzar una historia sin mucha claridad.
Después de todo,
lo más importante de madurar implica ser capaz
de hacer que nada ni nadie
venga a quitarnos algo valioso llamado paz.

Noviembre 18

Mi vecino del otro edificio no tiene taaaaan mal gusto musical. Acepto que a veces escucha música horrible de artistas cuyo nombre no puedo ni me interesa pronunciar, pero hoy desde que llegué del trabajo sonaban puros clásicos del jazz: Nat King Cole, Ella Fitzgerald, Sinatra y Tony Bennett. Me acerqué a la ventana de la sala para abrirla y permitir que el sonido entrara y entonces lo vi, sentado en el marco de su ventana fumando y viendo la noche despejada. Él también me vio, me sonrió y yo sentí pena. Era como un encuentro casi cercano del tercer tipo. Es más guapo que en fotos. Le devolví la sonrisa y el saludo y rápidamente hui de la ventana como el niño de cinco años que soy.

¿Hay alguna petición para esta noche?, preguntó por un mensaje de texto. Le respondí que pusiera "Killing Me Softly" pero la versión de Roberta Flack. Bendito sistema de audio ultracristalino: podía sentir a Roberta cantando en mi sala. Por un instante pensé en invitarlo a tomar algo, pero cuando me asomé de nuevo en la ventana él ya no estaba, sin embargo, la dejó abierta. La música seguía sonando y entendí que quizás no era el momento. De hecho, no sé si un día llegue el momento, pero me alegra saber que a escasos metros hay alguien que, de vez en cuando, está dispuesto a dejar su ventana abierta para pedirle que ponga alguna de mis canciones favoritas.

¿Y qué tal si ésta es la canción
y nosotros los dos que cabemos
cantando sin mayor complicación?
¿Qué tal que ésta es la melodía
con la que me sacas a bailar un día?
¿Qué tal que al final del baile nos quedamos
para ver si somos eso que un día imaginamos?
Qué tal si...



Noviembre 19

Cada vez me convenzo más de que esta ciudad es muy pequeña y por ratos aprieta. Eso o soy yo quien está aumentando de talla (me gusta el pan, lo siento). Tal vez ambas.

Hoy salí temprano del trabajo porque están remodelando las oficinas, así que los viernes a partir de las dos soy un alma libre. Nada me causa más satisfacción que salir con luz de día del trabajo y como era la hora de la comida, pasé a un restaurante nuevo. El dueño es hermano de una buena amiga y lo inauguró hace un par de meses, pero no había podido visitarlo los fines de semana pasados porque, en la vida adulta, dormir más de seis horas seguidas es un lujo que no me gusta desaprovechar y los fines de semana no estoy para nadie hasta después de las once.

En mi experiencia, un restaurante es bueno cuando el aroma de lo que están cocinando inunda el lugar. No importa qué sea: pan horneado, ajo y cebolla o especias. Como digo, "si hay buen aroma en el ambiente, entonces saldrá satisfecho el cliente", y la verdad no me he equivocado. El lugar era una casona vieja que rehabilitaron en el corazón de una de las colonias más hipsters de la ciudad, pero a pesar de eso, seguía conservando su encanto. Cuando llegué, de inmediato un aroma a pan recién horneado me abrió el apetito. Supe entonces que ahí era donde debía estar. La hostess se acercó y me anotó en la lista; había dos personas antes que yo. A pesar de ser nuevo, ya comenzaba a ser muy popular y casi todas las mesas estaban llenas. Finalmente, me asignaron una. Yo avanzaba siguiendo el aroma del pan como abejas a la

miel.

Me alegró mucho ver que las porciones eran las adecuadas para una persona adulta que come como tal y no parecían de menú infantil como en muchos otros lugares. Una vez fui a un restaurante que es famoso por fusionar la comida mexicana y francesa, pedí una tostada que resultó ser del tamaño de un totopo y, por dignidad, me reservaré el costo, pero fue obsceno. Acá no y eso se agradece en una época donde todo se trata de reducir costos aunque al cliente se le termine dando una porquería.

Cuando ya iba por el café —buenísimo, por cierto— una mirada se cruzó en mi camino. A unas cuantas mesas de mi lugar estaba quien había sido mi pareja durante una larga temporada en la universidad. Recuerdo que teníamos muchos problemas porque también le gustaban las mujeres y yo no soportaba la idea de que en algún momento me cambiara por una chica, lo cual nunca pasó, pero cuando rompimos, a los meses empezó a andar con una fulana de Medicina, creo que no duraron mucho, pero luego de eso jamás volvimos a hablar.

Ahora, años más tarde, recordar eso me dio risa y entonces noté que él ya no tenía cara de adolescente y esa barbita incipiente ahora era tupida y cerrada. Eso sí, seguía conservando una bonita sonrisa y esos ojos expresivos de siempre, así que, prácticamente, me sonrió con la mirada y yo le devolví el gesto. Por un momento no supe si debía levantarme a saludar o dejarlo hasta ahí, pero de inmediato se levantó y me tuve que obligar a hacer lo mismo. Nos acercamos con cierta timidez y nos abrazamos torpemente. Pretendimos tener una conversación casual, pero es difícil entablar algo natural con alguien a quien hace años no ves. Ni siquiera recuerdo tenernos agregados como amigos en Facebook.

Me dijo que le sorprendía verme y respondí lo mismo. “¡Cuánto tiempo ha pasado!”, exclamó soltando una risita nerviosa. “¡Bastante! ¿En qué andas ahora?”, pregunté tratando de sonar espontáneo. Ahora se dedicaba a la venta de artículos por internet. Había abierto su propio portal de compras en línea y parecía irle bastante bien. Yo también le dejé entrever que me

iba bastante bien en lo mío, pero no di muchos detalles. Hubo un pequeño silencio. "¿Te has comprometido?", preguntó haciendo referencia al anillo dorado que siempre llevo en la mano derecha. Respondí que no, que era más bien algo simbólico. De nuevo no quise entrar en detalles y explicarle que el compromiso era conmigo y que comencé a usarlo luego de escribir la carta a mi ex. Luego le pregunté si había alguien en su vida y la respuesta llegó a mí casi de inmediato cuando vi a una señora mayor acercarse a donde estábamos acompañada de dos niños entre cinco y siete años.

"Ellos son mi relación más estable hasta el momento y creo que así va a continuar por largo tiempo", dijo soltando una risita. Supuse entonces que se había casado con una chica y sí, pero me confirmó al momento que también se había divorciado y ahora compartía la custodia con ella. Al parecer su divorcio había quedado en buenos términos. Sin embargo, yo seguía tratando de acomodarme la sorpresa de verlo con hijos. No voy a negar que, por un instante, lo vi atractivo y que por mi cabeza cruzó fugazmente la idea de invitarlo a salir conmigo o quedar para tomar algo otro día, pero los hijos mataron todas mis breves intenciones.

No tengo nada en contra de los niños, pero siento que ése es un terreno con el que no puedo ni quiero competir. Yo no quiero hijos y no sé si podría estar con alguien que los tuviera. Ya sabes que cuando me preguntan que por qué no quiero hijos, siempre respondo que prefiero tener dinero y creo que es muy válido. De cualquier manera, me alegra que todo haya quedado en simples intenciones, pero no pude evitar pensar en el terrible *qué hubiera pasado si…*

Mientras lo escuchaba hablar de su experiencia como padre, un recuerdo fugaz me regresó a la universidad y a pesar de todo, creo que nuestra relación fue buena y en algún punto, como todo adolescente, sí llegué a pensar que nos quedaríamos juntos para siempre. Habíamos incluso hecho algunos planes a mediano plazo luego de graduarnos y todo parecía indicar que la relación seguiría. Pero la vida cambia. Ahora me doy cuenta de que quizás en esa época, y debido a la inexperiencia, convertí mi

relación en mi único plan y me dolió bastante cuando me percaté de que no iba a poder realizarse como yo había pensado.

Además, estaba lo de su bisexualidad que, acepto, no supe manejar ni entender porque a los diecinueve uno finge dominar muchas cosas, pero la verdad es que no sabes ni madres. En fin… la vida nos pasó. No obstante, luego de la ruptura no tardé mucho tiempo en recuperarme. Quizás porque en esas edades existe el consuelo de que siempre hay más por venir y descubrir. Y no es que a mi edad no siga creyendo en eso; sí lo creo, sólo que tal vez he aceptado que todo lo que hay por venir y descubrir ya no llega de manera tan frecuente como a los veinte y la vida te obliga a poner en práctica la paciencia y casi, casi, la fe.

Luego de reflexionar todo lo anterior en cuestión de segundos, nos despedimos. Nos estrechamos torpemente otra vez y nos lanzamos una última sonrisa. Regresé a mi lugar y terminé mi café de un sorbo; no quería quedarme más tiempo, me habría parecido un poco incómodo y salí entendiendo que, a veces, el pasado puede regresar sin previo aviso, incluso, con la apariencia de una puerta abierta, pero que definitivamente, no tiene nada nuevo qué aportar.

Y después de todo, veo que también te fue bien.
Luego del nosotros
la vida nos llevó hacia otros,
para compartir nuevas historias
y así crear nuevas memorias.
Eres ese pasado que de pronto llegó
pero nada en mí movió.
Y aunque verte fue grato, no sentí interés
por quedarme otro rato.
Ahora tu corazón le pertenece a otro tipo de amor
y me alegra saber que en ese lugar estás mejor.

Noviembre 20

Hoy invité a cenar a una buena amiga, Vivian. Hace meses no nos veíamos. Me dio por hacer lasaña y darle un buen uso a ese par de botellas de vino que se reían de mí desde la cava. Vivian fue mi jefa en uno de los primeros trabajos que tuve. Hubo una etapa en donde fue una especie de segunda madre para mí. Gracias a ella conseguí buenos empleos y me ha ayudado cuando lo he necesitado.

Vivian ya es una mujer madura. Acaba de cumplir cincuenta y uno el mes pasado y después de mí, es la única persona que conozco a la que le encanta cumplir años y aunque diga que no, está más hermosa que cuando la conocí. Vivian es judía, de estatura media, tiene ojos claros y es blanca como queso panela. Nunca le ha preocupado el paso del tiempo en su cuerpo y presume con orgullo sus canas; dice que se le ven como luces naturales. Eso sí, desde que la conozco, suele correr en maratones porque hace ejercicio desde los dieciséis. Tiene dos hijos: uno de veintidós y otra de veinticinco. Son hermosos. ¡Ah! Y está divorciada. Gracias a ella conocí a mi terapeuta, el mismo del que me estoy enamorando.

Últimamente habíamos estado platicando mucho sobre nuestra vida amorosa por WhatsApp, nuestros encuentros y desencuentros. Con ella puedo tener conversaciones maduras acerca de las relaciones que no se reducen a un “hay más peces en el mar” o “échale ganas, ya vendrá alguien”. Su experiencia me ayuda a ver todo desde otro ángulo y a salirme un poco de mi

drama personal. Ella, a diferencia de mí, ha tenido más citas formales con sujetos decentes que no quieren llevársela a la cama a la primera oportunidad, cuando eso es justo lo que ella quiere. “Estoy en la recta hacia los sesenta! No quiero flores ni chocolates, quiero un hombre que me arranque la ropa sin tener que comprometernos emocionalmente. ¡Somos adultos, carajo!” Y por ese tipo de cosas es que yo la amo mucho.

A pesar de no encontrar lo que quiere, Vivian parece tener un poco más de suerte con sus citas. Las mías ni a eso han llegado, son simples encuentros fugaces que, aunque lindos, no me dan ni para el arranque. Siempre que llegamos al café y los pastelitos, seguido de un “te tengo que contar”, significa que la charla está a punto de ponerse interesantísima. Chismecito rico, diría mi mamá. Es como un código que entiendes luego de cierta edad. Se sabe. Comenzó a contarme de un hombre con el que salió hasta hace una semana. Noté que el tono de su voz cambió ligeramente a uno más serio y bajo. El tipo era director en una compañía de tecnología, divorciado y con hijos ya casados. Viajaba con frecuencia, pero siempre hacía un espacio para verla. No salieron formalmente, eran más bien encuentros casuales los que solían tener.

Y sí, era el tipo de hombre que no tenía miedo de arrancarle la ropa, hacerle el amor como bestia y luego, involucrarse emocionalmente de forma madura. Pude notar cómo Vivian soltaba una sonrisa pícara al recordar eso. “Pero un día dejó de llamar y responder. Era como si hubiera desaparecido. Hasta que hace unos días, me enteré de que falleció por complicaciones cardiacas”, casi me ahogué con el pedazo de panqué.

Me pareció muy fuerte pensar en la idea de haber encontrado a tu alguien “casi perfecto” y de repente perderlo para siempre. ¿Cómo se hace cuando la vida decide poner punto final? Haber conocido al que probablemente pudo convertirse en el amor de su vida y luego ya no es algo en lo que Vivian piensa con frecuencia. Según ella, no estaba enamorada, después de todo llevaban sólo un par de meses viéndose, pero le ilusionaba que se fuera convirtiendo en algo más. Ahora no es más que una historia trunca.

Creo que hay “nuncas” espantosos. Pero no hay un “nunca” más terrible que el de la muerte. Jamás he tenido una experiencia como la de Vivian con algún pretendiente, pero sí hay un par de historias con las que a veces imagino cómo habrían sido si la muerte hubiera llegado. Historias que a veces extraño no por lo que fueron, sino por lo que ya no serán. Insisto en que ese sentimiento de extrañar lo que no será es devastador cuando no se sabe controlar. Y, no obstante, sigue habiendo algo tan humano y hermoso en eso.

Pienso que ese tipo de experiencias en algo te cambian, al menos te hacen un poco más consciente de tu propia existencia. Es como si todo lo pusieran en perspectiva para recordarnos lo realmente importante. Quizás lo único bueno de todo esto es que, por primera vez en mucho tiempo, un hombre le arrancó la ropa a Vivian justo como ella quería y eso no se le va a olvidar en un buen rato, le dio esperanza para confiar en que allá afuera puede haber más hombres así y seguro sí.

Qué alivio, supongo.

Qué suerte,
nuestra historia fue sólo una pequeña muestra
que quería escribir contigo a diestra y siniestra.
Pero a este guion se le cruzó el adiós,
como un final sin previo aviso que
en mi mente todavía reviso.
Fuimos la verdad de algo nuevo que
pudo pasar y ahora sólo queda la idea de
todo aquello que no tendrá ya ninguna posibilidad.

Noviembre 21

Hola:

Estoy en la ciudad.
Tengo muchas ganas de verte, por favor, escríbeme.
Abrazo

Y así es como algunos fantasmas que creías haber exorcizado, se manifiestan a través de mensajes de WhatsApp. Todavía no sé qué responder, pero sonreí. Supongo que ésa es la respuesta.

Un día dejé de esperar llamadas y mensajes.
Ya no había respuestas y tampoco las quería.
Ningún fantasma podía arruinar mis días.
Entonces llegaron tus letras, tan vivas y tan frescas,
como aquellos días donde éramos el motivo
de nuestras sonrisas.
No esperaba ni buscaba tu notificación,
y ahora creo que eres ese fantasma que olvidé
expulsar cuando ordené mis emociones en esa
habitación.
Eres ese fantasma que conservó mi número
y siempre vivió escondido en mi viejo cajón.

Noviembre 22

Por supuesto que no he respondido. ¿Por qué habría de hacerlo después de tanto tiempo? Ni siquiera recordaba que tenía ese contacto guardado. No quiero parecer grosero y tampoco pretendo dejarlo en visto, pero creo que puedo tardar en contestar. Bendito sea ese momento en el que pudimos desactivar las palomitas azules.

Hoy tuve mi última sesión de terapia. Era algo que ya se veía venir y creo que ocurrió en el mejor momento. Desde luego que no me animé a confesarle mis sentimientos a mi terapeuta, tampoco lo creí muy necesario y pienso que así evité un momento incómodo, quizás más para mí que para él.

Cuando llegué me recibió con el mismo gusto de siempre, me abrazó —cuánto voy a extrañar esos fuertes brazos y esa enorme espalda— y me invitó a tomar asiento. Yo actué normal y entonces me preguntó cómo me he sentido a lo largo de estos años en terapia. “Como si fuera otro”, respondí complacido. Y es que así era. Jamás pensé que llegaría a sentirme como alguien totalmente distinto. Todavía recuerdo mi primera sesión: llegué quince minutos tarde, mojado por la lluvia, harto del trabajo y ni siquiera habíamos cruzado palabra cuando me solté a llorar, ahí, sentado en el sillón de siempre. No podía contener más lo que había acumulado por meses porque todo era muy reciente. Necesitaba un nuevo lugar dónde vivir y de repente sentí que, al terminar mi relación, perdí el mundo que conocía, uno que yo también había ayudado a construir y que sentía muy mío.

Todo ese llanto representó mi desolación. Pero, al mismo tiempo, supe que no sólo era tristeza, también había lágrimas de alegría y paz porque sabía que estaba en el lugar correcto y que ahí había alguien que podía ayudarme. Tratar de rescatarme, aunque doliera muchísimo, me conmovió.

Él me dejó llorar unos minutos y luego se acercó para sentarse a mi lado, puso una mano sobre mi espalda, me acercó pañuelos desechables y me ayudó a quitarme el abrigo mojado. “Está bien, aquí puedes sentirte seguro para llorar las veces que sean necesarias. Llorar es de valientes…”, fueron las primeras palabras que me dijo y empecé a calmarme. En mi interior estaba feliz de estar ahí, en ese pequeño y acogedor consultorio frente a alguien que, sin juzgarme, podía ayudarme a juntar todos los pedazos rotos que yo no sabía cómo reparar.

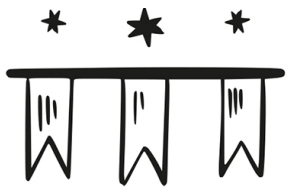
Ésa fue la primera caja de pañuelos que me acabé en consulta, la primera de muchas, pero con el tiempo, fui necesitando menos. Y desde hace ya varios meses las cajas permanecen intactas. Supongo que ése ha sido el termómetro de mi evolución. Pase de ser un mar de lágrimas a un mar en calma, de sentirme perdido a rescatarme, del enojo a la alegría y del resentimiento al perdón. Y no es que no deba seguir trabajando en algunas cosas, pero creo que ya puedo hacerlo solo.

“Me da mucho gusto ver tu avance y cómo has mejorado en todo este tiempo. Pero lo más importante es que tú mismo lo has experimentado”, dijo. Yo respondí que, si hoy estaba en un lugar distinto, era gracias a él y su paciencia para ayudarme a entender. “En realidad fuiste tú, yo sólo fui un guía y, a veces, un espejo. Pero las respuestas, en muchas ocasiones tú las descubriste solo. Quien fue paciente contigo fuiste tú, porque tuviste la voluntad de iniciar este proceso a pesar del miedo, las dudas y el enojo. Esa voluntad te transformó en la persona que está aquí sentada.” Lo sé, habla muy bonito ese hombre y me encanta cuando lo hace.

Después de platicar algunos otros temas y de llegar a varias conclusiones, me propuso vernos durante un periodo de tiempo cada mes para llevar un seguimiento que, además, podía servir para tratar algún problema que se atravesara en el camino. Yo

acepté y ahí supe que era inútil e infantil confundir las cosas. Es muy complicado encontrar a un buen terapeuta con quien sentirse a gusto, y yo lo encontré. No estoy dispuesto a perder eso por mis fantasías y arrebatos emocionales. Tal vez no ganaré a un amigo ni tampoco tendré un amor correspondido, pero sí gané a alguien con quien, por una muy accesible tarifa, puedo regresar cada vez que lo necesite. Tener una persona así nunca está de más y ya aprendí que mi paz interior y mi salud mental no son negociables.

Ahora veré cómo celebrar que fui dado de alta, porque atravesar un proceso personal así no ocurre diario y es cierto, atreverse a sanar y soltar es de valientes y me da gusto saber que soy más valiente de lo que pensaba.



Nunca imaginé que una hora a la semana bastaba para poder sanar todo eso que dentro de mí lloraba. Ahí aprendí a tomar responsabilidad de esas cosas que sólo a mí me tocaba reparar.

No fue tarea fácil enfrentar a esos fantasmas que venían a quitarme la calma y con ello, se llevaban trozos de mi alma.

Hubo momentos donde todo parecía avanzar, aunque en otros sentía que no tenía caso regresar.

Pero decidí no rendirme porque en mi interior ya no era opción hundirme, así que no tuve más remedio que seguir, aunque por dentro tuviera miedo de volver a sufrir.

Ahora estoy mejor y se ha alejado el temor, ya no hay nada que en mí grite y se precipite.

Y aunque fue un largo viaje para soltar mi dolor, hoy me doy cuenta de que puedo ver la vida de otro color.

Que nadie venga a decirme que no soy fuerte, porque atreverse a sanar para recuperar la felicidad, es algo propio de alguien muy valiente.

Gracias siempre por escuchar y regalarme tu infinita bondad.

Noviembre 23

Casi nunca tardo en contestar mensajes. Mi ansiedad pocas veces permite que se acumulen las notificaciones en el chat, pero esta vez no sentí urgencia por hacerlo. Ya he lidiado con ciertos fantasmas del pasado que terminan por alcanzarme, pero ¿por qué siempre regresan cuando mejor está uno? ¿Por qué ahora? Y no es como tal una queja, sólo quiero entender.

Después de día y medio finalmente contesté. Los nervios me invadieron y casi sin querer pulsé “enviar”. Acepté ver a mi fantasma.

Hace tiempo que no llamo a nadie en particular “mi”, por cierto. Es curioso cómo a pesar del tiempo, nunca dejamos de sentir esa parte que otros nos regalan, que nunca pedimos, pero que tampoco devolvemos. Sabía que aún guardaba ese pedazo suyo en alguna parte de mi cajón emocional, pero no sabía dónde exactamente, hasta que leí ese mensaje y de la nada apareció. Entonces me arreglé para salir. Quise usar ese abrigo lindo que casi nunca me pongo y aproveché para estrenar un par de zapatos. Tenía ganas de usarlos antes, pero no había encontrado la ocasión. Y quizás tenía ganas de que él los notara y le gustaran.

De todas mis historias breves, ésta es de las pocas que realmente me hubiera gustado escribir. Siempre he pensado que hay ciertas personas que, aunque se alejen, son como un pequeño amor que llevamos con nosotros y no importa que se nos llegue a olvidar. El sentimiento pasa a segundo plano, se vuelve cotidiano

y aprendes a vivir con él hasta que ya no lo ves ni lo sientes. Pero ese día lo vi de nuevo. Pensé en todo eso mientras iba en el taxi. Finalmente, llegué al lugar: una cafetería en el centro de un parque. Por un instante dudé en abrir la puerta, pero el teléfono del chofer lanzó una notificación de otro viaje que tuvo que aceptar, así que no me quedó de otra. Una parte mía nadaba en la incertidumbre, pero otra, en la emoción y las expectativas. Los escasos cien metros que caminé a la entrada del lugar fueron una lucha constante entre mis dos estados emocionales. Entonces llegué y lo vi sentado en una de las mesas de la terraza. Era tal y como lo recordaba, más adulto, pero conservaba sus rasgos característicos: pelo ondulado, ahora un poco más largo, negro. Nariz grande y cejas pobladas.

Yo no creo haber cambiado mucho, pero me entró la duda de si me reconocería. Me respondí que sí, después de todo nos teníamos en redes sociales y aunque hacía mucho no hablábamos, de repente nos cruzábamos en el muro del otro. Luego de mis interminables monólogos internos, me acerqué y lo toqué por detrás el hombro. Volteó y me sonrió como lo hace alguien que ha esperado ver a otra persona durante mucho tiempo. Sus ojos, que parecieron colarse en mí, penetraron en lo más profundo y removieron las fibras de todo aquello que pensé y que ya no tenía posibilidad de suceder.

Nos estrechamos y fue como reencontrarme con una pieza que había perdido. No puedo decir que me sentía en casa, pero sabía que, en ese momento, ahí debía estar. Pedimos un café y luego otro y otro. Después, algo de comer que compartimos. Nos pusimos al corriente con la vida, los planes y escudriñamos en el futuro. Llegó el postre y más café. Entonces regresamos al pasado e intentamos dar respuesta a lo que nos había sucedido. Nunca hubo nada formal, pero siempre existió algo; y, aunque duró algunos meses, fue muy intenso, en parte por la impulsividad de la edad, pero también porque sí había amor.

Quizás nunca necesitamos ponerle etiqueta porque ya era muy nuestro sin tener que nombrarlo. Y es probable que no haberle puesto un nombre evitó que nos convirtiéramos en un motivo para quedarnos. Yo cambié de trabajo, él se mudó y nos

dejamos de ver. Aunque nos escribíamos con frecuencia en Facebook, con el tiempo, la distancia se hizo tan grande que nos volvimos simples vecinos de red social. Así han sido todos estos años y creí que ya no había ningún interés.

El postre se acabó y también el café. Regresamos al presente y entendí que ya no había nada. Éramos un par de extraños reencontrándose y queriendo revivir algo que, para empezar, nunca estuvo suficientemente vivo. Acepto que por un tiempo deseé que fuera él con quien me quedara, pero quizás hablaba desde la juventud y la inexperiencia. Ahora, fuera de los platos de comida y las tazas de café, entre nosotros no había nada. Y yo, a esas alturas del encuentro, en realidad no sentía nada. Por un momento me habría gustado sentir la ilusión de que algo podía pasar, pero no estaba ansioso por correr ni pisar el acelerador. Me causó más emoción el postre que la idea de iniciar algo nuevo.

Me propuso volver a vernos. Tenía que regresar a su ciudad, pero me aseguró que estaría haciendo viajes recurrentes y que le gustaría poder darnos una oportunidad. No sé si hablaba en serio o como quien patea un balón desde media cancha esperando meter gol. Eso me hizo pensar en si estaremos llegando a esa edad en donde la desesperación por estar con alguien comienza a ser tan pesada, que es mejor regresar con una persona del pasado a seguir en la agonía de la búsqueda eterna. Si era eso, al menos debía agradecerle por haberme contemplado, pero resulté hábil para defender mi portería.

Al final sólo pude sonreír como se suele hacer en una despedida: sabiendo que no habrá una siguiente vez. Lo tomé de las manos y le agradecí por el rato. No hizo falta hacer más, porque con ese gesto entendió todo. Me devolvió una sonrisa, resignado. “Al menos me dio gusto saber que estás bien y, de todas formas, si un día necesitas algo, no dudes en llamarme”, me dijo. Le agradecí nuevamente y le deseé buen viaje. También me gustaba saber que estaba bien. Nos levantamos y nos despedimos con un abrazo.

Sabíamos que difícilmente volveríamos a vernos porque ambos habíamos emprendido viajes diferentes y estábamos muy

lejos como para regresar. Sentí nostalgia por todos esos futuros posibles que jamás ocurrirían, otra vez. Pero algo dentro de mí sonrió porque, por primera vez, dije “no” sabiendo que eso era exactamente lo que quería decir. Y no traicionarme se sintió mejor que quedarme al lado de ese par de ojos bonitos viéndome partir.

Tantas ganas tenía de volverte a ver un día.
Tenía el alma bien peinada y mi mejor sonrisa preparada.
Por un momento la historia inconclusa empezaba a dejar
de ser difusa.
Fue como si entre nuestra soledad y el amor,
existiera la posibilidad de una buena amistad.
De algo que esta vez,
sí pudiéramos echar a andar.
¿Pero cómo iba yo a saber que al volverte a ver,
nada en mí
iba de nuevo a florecer?
La realidad me golpeó en la cara y no pude hacer nada.
Entonces nos vi como ese pasado con un futuro ya desdibujado.
Una fotografía vieja que da gusto
mirar, pero que no se manda a enmarcar.
Por eso te dije que no, para ya no traicionarme,
porque vi que ya no eres ese con quien quisiera quedarme.

Noviembre 24

Hoy me desperté pensando en si mi respuesta fue la correcta.

No es que me arrepienta de lo que dije, pero ese maldito gusano de la duda siempre aparece. ¿Qué tal que perdí una buena oportunidad? ¿Qué tal que esta vez las cosas hubieran sido distintas? Una parte de mí, la sabia, la que estoy aprendiendo a oír más, sabe que hice bien. Pero otra, la ruidosa, ansiosa e impulsiva, intenta tentarme con la idea de todo eso que pudo haber sido y dejé pasar. ¡Al carajo! Ya tomé la decisión y no voy a retractarme, ¿qué clase de adulto sería si lo hago? No siempre es más sabio quien cambia de opinión, a veces, también lo es quien se mantiene firme y defiende su postura. Yo voy a defenderla de mi propio ego, le guste o no.

Creo que hace un par de años —y si no hubiera estado en medio de una relación— habría aceptado meterme en algo sin tener total seguridad sólo por mi necesidad de compañía. Pero debo reconocer que me alegró esta versión de mí que, de manera adulta, supo decir "gracias, pero no". Supongo que el gusano de la duda se irá con el paso de los días. Además, aunque cambiara de opinión, sería demasiado tarde, me vería como un adolescente y pensaría que estoy jugando. Y ya no estoy para juegos.

Hablando de juegos, mi vecino musical me escribió. Me preguntó mi soundtrack de película favorito y, sin pensarlo, respondí que el de *La La Land*. De las mejores bandas sonoras que existen, a mi parecer. De inmediato comenzó a sonar "Someone in the Crowd". Juro que con mi aguinaldo compraré

un maldito sistema de audio para sentir que la mismísima Emma Stone está cantando en mi sala.

Me gusta conocer a la gente por su gusto musical y ya te voy conociendo, me dijo por mensaje. *Si un día te apetece dejar de saludarnos por la ventana, podrías pasar a saludarme a la otra cuadra*, respondí. Me mandó el emoji de un changuito tapándose los ojos y ése fue el punto final de la conversación, pero nuestras ventanas permanecieron abiertas hasta que acabó la última canción.

Dos ventanas abiertas… curioso ¿no?

Acepto que por momentos no sé a dónde voy
y hay instantes en los que tampoco sé quién soy.
Cada día que pasa, aprendo a dominar el temor
que me hace quitarle a mis decisiones su valor.
Me voy cuestionando, respondiendo y avanzando.
Perderme ya no es algo aterrador,
ahora me resulta incluso liberador.
Mirar hacia adentro
me ayuda a volver a mi centro.
Entonces regreso.
Se aleja el ruido y llega la calma,
nada grita en mi alma.
Me miro, suspiro y puedo continuar mi camino.

Noviembre 25

Luego de escribir mis vivencias de ayer, prendí la tele y me venció el sueño mientras veía por cuarta ocasión *Sex and the City*. La primera vez que la vi, por supuesto que quería ser Carrie. Me parecía una mujer admirable, carismática, segura y con un gran estilo para vestir. Además, era escritora y luego se volvió columnista en *Vogue*. Claro que a los dieciocho quería ser ella, quizás con más altura y sin ese horrendo hábito del cigarro, pero era mi *role model*.

Luego, a los veintidós, mi atención ya no estaba en ella. Samantha me pareció más interesante —además, le daba sentido a eso de "sexo en la ciudad"— porque para ese entonces estaba en pleno descubrimiento de mi sexualidad y quería vivirla con quien se me pusiera enfrente, así que la filosofía de Samantha Jones respecto a eso me pareció algo que podía adaptar a mi estilo de vida. Conocí tantas personas como me fue posible y gasté quién sabe cuánto dinero en toda clase de condones y lubricantes para experimentar con quien me diera la gana. Sí, en efecto, creo que era la Samantha de mi grupo de amigos en la universidad. Les daba consejos sexuales y los orientaba sobre algunas prácticas para que lo hicieran de manera correcta. Saberme en control de mi cuerpo y disfrutarlo me empoderó.

Luego, la escuela terminó, me gradué y llegué hasta los veintiséis. Es impresionante la cantidad de cosas que ocurren en cuatro años. Para ese entonces, el cuarteto de Nueva York regresó a mi vida como síntoma de lo mucho que me gusta mi

zona de confort y la pereza que me da buscar nuevas series. Ya no me sentía la Samantha de mi grupo de amigos porque, de hecho, ya no sabía siquiera si tenía uno; todos tomamos rumbos distintos y supongo que tampoco me interesó mantener esas relaciones. Aunque, por otro lado, tampoco me interesaba ser Carrie. Me di cuenta de que la vida no es tan sencilla como tener un trabajo de columnista en un diario local que te da para gastar en zapatos y ropa de diseñador. Carrie me pareció irreal e inalcanzable.

A mis veintiséis, supe que muchas cosas que hice a los veintidós me resultaban poco atractivas e incluso absurdas: ¿llorar por un amor a distancia que sólo duró tres meses y me ilusionó con la idea de una vida juntos? Definitivamente había cambiado y ese montón de sentimentalismos inútiles, producto del tóxico amor romántico, había dejado de ser mi especialidad. Además, decidí que lo más lejos que llegaría mi amor por alguien serían diez kilómetros a la redonda, no más.

Ya no tenía ánimos de desplazarme tanto por alguien que probablemente pasaría a la colección de nombres en mi agenda. Así que me quedaban Charlotte y Miranda. Con la primera jamás sentí conexión porque nunca he sido alguien cursi y, afortunadamente, aprendí que el amor romántico no es en absoluto saludable, además, mi deseo más grande nunca fue ni será casarme y menos tener hijos, ya hemos hablado del tema. Por eso, y sin proponérmelo, descubrí que sentía afinidad con Miranda: porque estaba tratando de madurar. Ella era controladora, trabajadora, preocupada por ser una adulta funcional y actuar como tal, pagar las cuentas y tratar de equilibrar su vida laboral y amorosa sin hacer un desastre. Muy yo a los veintiséis, sin lugar a duda.

Ahora, cinco años después, ellas y yo nos volvimos a encontrar, pero esta vez, en una pantalla más grande y en 4K Ultra HD. Las cosas nuevamente cambiaron un montón. Para empezar, ya no comparo mi vida con la de personajes de ficción y me di cuenta de varias cosas: la primera es que Carrie siempre fue una mujer infantil que no sabía lo que quería. Su poco autocontrol emocional y arranques de niña caprichosa con

zapatos caros le hacían soportar las groserías de patanes como Mr. Big y cuando no lo aguantaba a él, se convertía en una patana que terminaba haciéndole lo mismo a otros, como le pasó con Aidan.

Luego, mientras veía el capítulo donde Samantha decide probar tener una relación lésbica, descubrí que en realidad no era una especie de diosa sexual y alguien "liberada" que disfrutara del sexo sin tabúes. En realidad, Sam Jones, aunque era muy dueña de su cuerpo, también era una mujer incapaz de conectar emocionalmente con otras personas y se escondía tras el sexo para evitar ser lastimada. Al final, supe que la más equilibrada de todas era Miranda, porque tenía una vida más real y no era pretenciosa como las otras dos, ni tan boba como Charlotte. Eso y también su sarcástico sentido del humor.

Me alegra saber que a mi edad, afortunadamente, he aprendido a no ser alguien como ellas que sufren por no poder encontrar al amor de su vida porque tampoco vivo mis días esperando a que suceda. Ya tuve un amor que duró muchos años y terminó. Supongo que vendrán más personas en el camino, pero no me urge que lleguen. Puedo decir con toda certeza que soy el adulto que debo ser y realmente lo estoy haciendo bien, y que nadie me diga lo contrario porque hasta mi terapeuta estaría de acuerdo. Y acepto que aún no tengo claras muchas cosas, pero estoy haciendo lo posible por lograr entenderlas y algo que ya comprendí es que la felicidad no depende de tener o no a alguien a quien llamar "mi amor".

Paso a paso voy aprendiendo y sanando
todo lo que llevo dentro.
Sé que tropezar en ocasiones es parte del saber andar,
y yo he tropezado, pero también me he levantado.
Ya entendí que soy mi propio proyecto en proceso y por eso no me presiono en exceso.
Dejé a un lado mis falsas expectativas y ahora voy ligero día tras día.
No sé si sea la forma correcta, pero es la que encontré
para alejar mi manía de una vida perfecta.
Así, cada día se alejan las dudas y el temor,
pero se acercan un poco más la paz, la calma y la alegría.

Noviembre 30

De antemano una disculpa por la ausencia. En la vida se nos atraviesan muchas cosas y a mí se me cruzó un paquete todo incluido a la playa que no pude rechazar. Además, tenía días de vacaciones que no había usado y no pensaba regalarlos a la empresa bajo ninguna circunstancia. De algo tiene que servir mi sueldo y ese don para encontrar buenas ofertas. Es como mi cardio.

Es el primer viaje que hago solo desde que dejé de ser el "mi amor" de alguien. Pensé que sería aterrador, aunque sí fue un poco más complicado que ir al cine sin compañía. Era la primera vez que no consultaba con alguien el tema de los vuelos, los precios, el hotel, ahora todo me tocó decidirlo a mí y por una parte me gustó, pero extrañé esa sensación tan reconfortante que te da un buen compañero de viaje.

Luego recordé la excelente oferta que tenía enfrente: cuatro noches en hotel de lujo, comidas y bebidas sin límite, habitación con alberca privada y vista al mar. Por este tipo de cosas es que amo no tener hijos y así, como por arte de magia, cualquier duda, miedo y nostalgia desaparecieron. ¿En qué momento nos enseñaron que la vida adulta era vivir para trabajar? Así que agarré mis maletas, di el tarjetazo y me fui a perder allá donde el viento sabe a sal y el cielo se encuentra con el mar.

El lugar era un sueño y la bahía una fantasía. Puede que exagere un poco porque hacía más de un año que no salía de viaje. Debo confesar que, al llegar, lo primero que se me vino a

la mente fue: “Pasaré una semana entera conmigo de vacaciones, ¿qué voy a hacer?”. Y entonces la respuesta vino: “Disfrutarte” y eso hice.

Para cuando llegué al hotel y me dieron canapés junto con un coctel de bienvenida mientras esperaba a que me asignaran habitación, se me olvidó por completo que iba sin alguien, y así, como una *chick flick* de Anne Hathaway, la vida me sonrió y el día se iluminó. Sentí agradecimiento por estar ahí y disfrutar de unos cuantos días para mí. Y también creo que el amable recibimiento del personal del hotel me ayudó a sentirme como en casa y, de cierta forma, en compañía.

Para hacer mi espera más amena, me invitaron a uno de los bares y como todo el alcohol por copeo que quisiera estaba incluido, claro que acepté. Corte “A”, terminé en la barra con un mojito sin alcohol porque recordé que estaba tomando pastillas para controlar una reacción alérgica en la piel. No llevaba ni una hora de haber llegado y ya era el epítome aguafiestas de la soltería. Menos cien puntos para Gryffindor.

A unos cuantos lugares de mí, en la barra, había alguien esperando un trago. Tenía muy buen porte, cabello oscuro y piel morena. Procuré mirarle con disimulo por el rabillo del ojo porque a cierta edad la indiscreción se ve mal y, además, no estaba vacacionando para ligar. O tal vez sí. Cuando me miró, inmediatamente me sonrió y yo también. No me dio pena en absoluto, y eso que no estaba bebiendo propiamente. Así que me aproximé y saludé. Me pareció todo tan natural que no hubo momento torpe. Me sentí muy confiado y me gustó. Tenía bonitos ojos y me agradó el aroma de su loción. Entonces me empezó a urgir que me dieran mi habitación. Sentí mucho calor, de ese que se va cuando alguien te quita la ropa. Y yo quería que me la quitaran como parte del paquete de bienvenida.

Luego de una efectiva introducción nos dijimos nuestros nombres y nos estrechamos las manos. Aunque mi plan era viajar solitario, pensé que no me molestaría un poco de compañía ocasional. Y por compañía me refiero, claro, al sexo. Creo que la atracción fue mutua y se notaba por la forma en que me miraba. Pero el encanto duró poco: su vuelo de regreso a la ciudad salía

ese mismo día y sólo estaba esperando al transporte del hotel para trasladarse al aeropuerto. Aquello había sido un "hola y adiós". No obstante, me dio su tarjeta e insistió para que lo buscara cuando yo estuviera de regreso. En ningún momento se me ocurrió pedirle su número telefónico. Lo sé, tengo un problema con eso. Quizás porque en el fondo sabía que sólo quería hacer travesuras un rato y después seguir mi camino. Al final nos despedimos, terminó su trago de un sorbo y yo me quedé ahí, en la barra, todavía sin habitación y con un mojito sin alcohol.

Supongo que así es como la vida te manda señales y te obliga a hacer lo que sabes que tienes que hacer sin distracciones ni autosabotajes —algo en lo que tengo maestría y doctorado— para no caer en lo mismo de siempre. Entonces recordé mi objetivo principal: aprender a pasar tiempo conmigo. Y eso hice. Estuve casi cinco días al más puro estilo *me, myself and I* y me di cuenta de que hacía mucho que no me la pasaba tan bien conmigo. Fue lindo dejar de escuchar mi ruido interior y sólo oír las olas del mar. De hecho, creo que todavía las oigo. ¡Ah, por cierto! Perdí su tarjeta y no recuerdo su nombre, pero no importa. Ya me estoy reconciliando con la idea de que algunos encuentros están destinados a ser sólo un pequeño instante que desaparece y estoy bien con eso. Ciento cincuenta puntos para Gryffindor.

Me volví hacia la barra del bar donde estabas
para descubrir que también me mirabas.
Así que decidí cortar distancia y acercarme a ti
con suma elegancia para ver si de cerca
seguía existiendo tanta gracia.
Por un instante sólo hubo diez centímetros de
separación, pero quién diría que cinco minutos
después,
sería toda una vida la que nos alejaría.
Fue bonito coincidir,
pero al final, fuiste tú quien se tuvo que ir.
Salud por los encuentros que, aunque no duran,
nos mueven algo en nuestros adentros.

Diciembre 1

La compañía que uno quiere a veces llega de formas y maneras inesperadas. Hoy en la madrugada, mi sueño fue interrumpido por un ruido que al inicio no supe identificar, era como un quejido y pensé que se trataba del gato de algún vecino, pero con un poco más de atención pude distinguir que era un sollozo de perro. Era bastante agudo y comenzaba a molestarme, así que me asomé por la ventana que da a la avenida para ver si lograba distinguir de dónde venía y ahí, del otro lado de la acera, lo vi: era un perro pequeño aullando en medio del frío y la noche.

Por un instante pensé en ignorarlo y regresar a la cama, pero el llanto del animal era tan desesperado que no tuve corazón para no hacer nada, así que me puse una chamarra y salí a la calle. Jamás he tenido perros, primero porque era muy chico para cuidar a un animal tan demandante; y segundo porque nunca se han dado las condiciones: en los departamentos donde he vivido no aceptaban mascotas, mis alergias o cualquier otra cosa. La verdad es que siempre he querido uno, y aunque en mi infancia tuve conejos, cuyos, peces y tortugas, la realidad es que nada se compara con la felicidad que da tener un perro. Creo que muchas parejas deberían tener perros en lugar de hijos, pero no pienso discutir el tema.

Afuera estaba helando y el viento que soplaba era tan frío que sentí los pelos de la nariz congelarse. Crucé la avenida y traté de acercarme al animal. Como no estaba muy seguro de si era

callejero o violento, tomé precauciones y evité ser demasiado invasivo. Me puse en cuclillas y le llamé para ver si se acercaba. Era de tamaño mediano, color gris con blanco. De entrada no supe muy bien qué tipo de perro era, pero cuando finalmente se acercó, pude ver que era una pequeña pitbull. Temblaba de frío y no paraba de sollozar. Lentamente se acercó a mi mano y me permitió acariciarla, entonces vi que traía un collar con una placa dorada que sólo tenía un corazón grabado, eso significaba que era de casa y se había perdido. No traía nombre, ni teléfono o alguna dirección y como no pretendía que ambos nos congeláramos, la cargué y la traje al departamento. No sé si es porque estaba asustada, pero no opuso resistencia ni mostró ninguna actitud hostil. En cuanto entramos, puse la calefacción de la sala y la coloqué sobre un tapete, busqué alguna manta y le acerqué un poco de agua en un traste, pero no le hizo mucho caso. Entonces le calenté un poco de pechuga de pollo cocida que tenía en el refrigerador y se lo puse en un plato, comenzó a comer con urgencia; no quise pensar cuántas horas o días llevaba sin comer. Es muy bonita y tiene unos preciosos ojos que si los miras por más de dos segundos, te derriten el corazón. Siempre he sido muy malo calculando la edad, pero no creo que sea mayor de un año, se ve muy bebé.

Ya no me dio tiempo de llevarla hoy al veterinario para que la revisen por si tiene algún daño, yo no le he visto nada extraño salvo el hambre y el susto, pero de todas maneras más vale asegurarse. Espero llevarla mañana a primera hora a la veterinaria de la cuadra, le he escrito y afortunadamente tiene espacio. Y creo que también tendré que subir un aviso a mis redes por si alguien la está buscando. Lo mejor será esperar hasta mañana a que la bañen para poder tomarle una foto linda que pueda postear. Mientras tanto, disfrutaré de su compañía.

En la infinidad de la vida,
tú y yo nos vinimos a encontrar.
Yo quería dormir para olvidarme del día
y tú hallar un refugio, agua y comida.
No sé qué va a pasar ni a dónde iremos a parar,
pero sé que aquí es donde debemos estar.
Tampoco importa si esto es corto o duradero,
de cualquier forma yo te daré mi cariño sincero.
Así que ven, hagámonos compañía
y disfrutemos este encuentro y su alegría.

Diciembre 2

Pequeñita, así es como he decidido llamarla de momento.

Durmió en mi cama toda la noche. Intenté que lo hiciera en la sala, pero no paraba de sollozar así que, como el buen adulto que soy y que no sabe ejercer su autoridad, la llevé a mi habitación. Se acomodó en mis pies, se hizo bolita y ambos dormimos hasta que sonó el despertador. Me levanté y lo primero que hice fue poner café y luego salir con la vecina de enfrente, que tiene tres perros, para pedirle algo de comida. Me dio una bolsita con croquetas que serví en un tazón para que Pequeñita pudiera comer. No puedo con esos ojos cafés redondos, redondos. Me derriten de ternura.

Luego de desayunar, me di una ducha y me alisté para ir al veterinario antes del trabajo. Tomé una bolsa ecológica bastante resistente y ahí metí al perro. No quise arriesgarme a salir a la calle con ella sin correa y que pudiera escapar de nuevo. Mientras caminaba, noté que dentro de mí había una sensación reconfortante; era como una satisfacción provocada por estar al cuidado de alguien más. Cuando llegamos al veterinario llené un formato y la pasaron a revisión. Le comenté a la doctora lo que había ocurrido y empezó a checarla. La revisó de todos lados y no encontró heridas ni fracturas, salvo una ligera deshidratación.

Acto seguido la pasó a uno de sus asistentes para el baño y en cuarenta y cinco minutos quedó lista. Le pusieron una mascada color morado y le dieron un premio comestible por haber sido tan bien portada. No pensé en llevarla al trabajo porque, aunque

somos una empresa moderna-millennial-*pet friendly*, casi siempre estoy en juntas y no podría estar pendiente de ella, pero estando en la veterinaria vi las bonitas correas y me invadieron las ganas. No tuve autocontrol y compré una, se la coloqué en su collar y salí del lugar como papá orgulloso presumiendo a los hijos.

Por supuesto que fue la sensación en el trabajo. Todo el día fueron halagos y como el lugar es una gran casa con jardín, pudo correr y jugar mientras yo hacía mis deberes. A la hora de la comida aproveché para tomarle un par de fotos que de inmediato publiqué en mis redes. A las pocas horas el aviso ya había sido compartido casi mil veces. Jamás había tenido tanta interacción, mis posteos sólo los likean mi mamá y un par de amigas. Fue un poco abrumador recibir tantos mensajes, pero me alegra que se haya difundido tanto. Espero que sus dueños aparezcan pronto.

Al inicio dije que no me iba a encariñar con ella, pero no es algo fácil de cumplir. Me siento como en la preparatoria cuando decía que no me iba a ilusionar con un chico y era lo primero que hacía. Sé que sus dueños van a aparecer y se tendrá que ir, estoy eligiendo involucrarme con alguien que no se va a quedar. No es la primera vez que estoy parado en ese lugar, pero hay algo adictivo —mi terapeuta diría que es patológico— en entregarse aun sabiendo que no durará. Y creo que hacerlo responde a la naturaleza humana de no quedarse con las ganas, aunque después duela. Me ha pasado antes con personas y ahora con un perro. A veces pienso que quizás no he aprendido tanto como creo. De cualquier manera, ya estoy metido en esto y tampoco es como que quiera oponerme. Se siente bien tener a alguien que me quitara el frío de los pies y a eso podría acostumbrarme muy rápido.

Te dejo, Pequeñita y yo vamos a dormir.

Diciembre 3

Salí muy temprano a correr con Pequeñita. Es la primera vez que lo hago en meses. Nunca fui fan. Corrí toda mi infancia y adolescencia porque mi madre no dejaba de meterme a toda clase de deportes: desde karate hasta futbol americano, pasando por atletismo, natación y gimnasia. Por un lado, lo agradezco porque no tengo una condición física tan mala y tampoco me enfermo mucho. Pero siendo honestos, nunca fue mi *hit* correr, ni siquiera en el americano. Yo sólo iba a verle el bulto y las nalgas a mis compañeros en mallas. Me gustaban mucho esos jueguitos homoeróticos que los chicos del equipo solían tener en los vestidores y que no son más que una forma de explorar su sexualidad.

En ese tiempo logré hacerme de buen cuerpo y claro que disfrutaba jugar: las miradas, los roces "sin querer", las toallas caídas y los toqueteos sutiles. Jamás olvidaré que, en esos vestidores, fue la primera vez que le hice sexo oral a un compañero mayor que yo. Era fornido y velludo, me gustaba mucho verlo sudar y cuando se quitaba el jersey dejaba ver su tonificado torso. Varias veces me masturbé pensando en él, hasta que se me hizo tenerlo de frente. Nunca estuve seguro si realmente era homosexual, varios decían que le gustaba estar con muchas chicas y tenía fama de "Don Juan", pero vamos, ¿eso cuándo ha sido motivo para que un hombre hetero no explore con su sexualidad? Además, en la adolescencia siempre es complicado eso de asumirse y en un ambiente tan rudo y macho

como el del futbol americano, era importante mantener la masculinidad y la heteronorma.

Yo tenía diecisiete y él veinte. Se veía más grande por los músculos, el vello en pecho y esa capa de barba que comenzaba a nacerle. Durante las prácticas nuestra interacción era cordial. Aunque en ocasiones, si nadie veía, me sonreía discretamente y luego se hacía el disimulado. En los vestidores le encantaba quitarles la toalla a los demás compañeros del equipo y siempre hacía bromas "gays" cuando a alguno se le caía el jabón. Se podría decir que era el lidercillo del grupo: todos lo respetaban y querían ser como él. Además, era el corredor estrella del equipo.

Recuerdo que el entrenamiento había terminado más tarde de lo habitual y como no había regaderas suficientes, tuvimos que esperar a que se desocuparan. Ahora que lo pienso, no me habría molestado compartir ducha con él y enjabonarlo. Creo que me estoy excitando escribiendo esto. La realidad es que en ese entonces yo no tenía tanta seguridad ni valor para lanzarme a los chicos, eran otros tiempos y no tenía de otra más que ser muy discreto para evitar el bullying.

Luego de unos minutos, dos regaderas se desocuparon, una frente a la otra y como no había cortinas, diario era una pasarela de chicos en pelotas. No era un menú que pudiera probar, pero me conformaba con verlo.

Ambos nos quitamos la toalla y nos metimos a bañar. Al inicio ninguno de los dos le hizo caso al otro. Yo procuraba no verlo para evitar alguna incomodidad, pero era imposible: el agua cayendo en su pecho, sus piernas torneadas y esa retaguardia que hasta el Capitán América habría envidiado. Sin embargo, lo que más me gustaba estaba al frente, justo debajo de su ombligo y no se caracterizaba precisamente por pasar tan inadvertido. Yo hacía esfuerzos por que su mirada y la mía no se cruzaran.

De pronto, escuché un suave silbido y mis ojos fueron directo a él. Me sonrió y me señaló la erección que comenzaba a tener. De inmediato me puse duro, la erección más rápida que he tenido. Era mi primer encuentro en un lugar "público" y aunque me daba mucho temor que alguien pudiera descubrirnos, la excitación y la adrenalina del momento eran más emocionantes.

Después de enjuagarse, se envolvió en la toalla y me hizo una seña para que lo siguiera a la regadera del fondo que quedaba oculta de la vista.

Tomé mi toalla y lo seguí. El corazón me latía muy rápido y en lo único que pensaba era en no utilizar los dientes y hacerlo igual que en los video porno que veía a escondidas. Ambos nos quitamos la toalla, él se recargó en la pared y yo sin pensarlo me hinqué para meter su pene en mi boca. Jamás había sentido algo tan duro. Noté que lubricaba y sentir ese ligero sabor salado también me hizo lubricar. Mientras yo succionaba y me masturbaba, él acariciaba mi cabeza. Oírlo gemir y respirar agitado me hizo sentir que estaba a punto de correrme, pero yo quería que él lo hiciera primero, así que dejé de tocarme y con mis manos acaricié sus firmes pectorales.

Al cabo de un par de minutos me preguntó: "¿Quieres que acabe en tu boca?". Yo seguí succionando como afirmación y en menos de diez segundos, mi boca se inundó de él. Fue la primera vez que probé el semen de otro chico. Contrario a lo que mis amigos y amigas decían, el suyo no me pareció tan amargo ni espeso, pero tampoco pude paladearlo bien porque casi al instante lo escupí. Luego él me levantó, tomó mi cara suavemente entre sus enormes y varoniles manos y me besó mientras con la otra mano tocaba mis genitales. Yo estaba tan duro que sentí que me iba a reventar y él lo notó. Jamás pensé que un chico cómo él hiciera lo que hizo después: hacerme sexo oral.

Me sorprendió ese giro de tuerca porque en mi mente, él era el típico heterocurioso que seguro decía cosas como "sin besos, eh", o "esto es sólo de amigos" o cualquier frase taruga para justificar su impulso homosexual y no sentirse menos "hombre". Pero la realidad es que no hizo ninguna clase de comentario, sólo me besó, me tocó y metió mi pene en su boca. Yo estaba tan excitado que a los pocos minutos terminé dentro y a diferencia de mí, él se lo tragó. Eso me pareció lindo y muy sensual. Luego se puso de pie, me volvió a besar y me dijo que le gustaba mi sabor. Yo seguía en shock viviendo mi fantasía, por lo que sólo contesté con un apenado "gracias".

“No, no, gracias a ti. Lo pasé muy bien”, y me besó de nuevo, después se envolvió con su toalla y se fue a vestir. Yo me quedé ahí, asimilando todo.

Recuerdo que seguía muy excitado, así que abrí el agua fría para calmarme y salí. Cuando lo hice, él ya no estaba. Lo primero que pensé fue que seguro se había arrepentido y sintió vergüenza de lo que acababa de pasar y por eso huyó. Pero realmente no me importó, obtuve lo que quería y lo disfruté tanto que su sabor en mi boca permaneció durante varios días después. Sin embargo, nada cambió: él siguió siendo el heterosexual popular que tenía la atención de todos y yo el compañero de equipo al que saludaba cordialmente y le sonreía de vez en cuando a lo lejos. No nos decíamos mucho, pero nos veíamos como dos cómplices. Hasta que un día dejó de ir, se cambió de escuela y hasta ahí llegó mi interés por el futbol americano.

P. D.: Hoy un sujeto que también corría con su perro se detuvo frente a mí para abrochar sus agujetas. Era él. No me reconoció, quizás sí he cambiado en todos estos años. Seguía conservando esa sonrisa y de nuevo, a lo lejos, nos volvimos a sonreír, pero ahora lo hicimos como dos extraños. Supongo que al final siempre fuimos eso: un par de extraños curiosos.

Diciembre 4

Mi vecino "musiquitas" hoy creyó que sería una fabulosa idea despertarnos a todos al ritmo de "Who Let the Dogs Out", así que, desde las ocho de la mañana, Pequeñita no dejó de correr y saltar sobre mí para salir. Luego de un rato y de odiar a mi vecino, desperté, me hice café, le serví el desayuno al perro y me puse a revisar las notificaciones del día. *Veo que tienes compañía, creí que vivías solo.* Era mi vecino por WhatsApp.

Primero, te agradecería mucho que le bajes a tu escándalo. Despertar con los Baha Men no es mi idea de un fin de semana tranquilo, y le bajó. Le conté cómo había llegado Pequeñita a mi vida y me dijo que su hermana tenía una página en Facebook y Twitter con muchos seguidores donde subían únicamente avisos de animales extraviados y rescatados en la ciudad, así que le pasé la foto más bonita y todos los datos de dónde la había encontrado y dónde localizarla.

Después de un rato y tras haber platicado un poco sobre los planes navideños, que por cierto aún no tengo, el aviso quedó publicado y una parte de mí sintió alivio. Nos despedimos y me mandó un emoji de beso, pero sin corazón, sólo un beso. No supe cómo interpretarlo, o mejor dicho no quise. Le contesté con un emoji sonriente y cerré el chat.

Sé que sólo han pasado cuatro días desde que encontré a Pequeñita, pero siento que ya la quiero. Es muy bien portada y me encanta llegar del trabajo y que ella esté esperando que abra la puerta para saltar sobre mí y hacerme fiesta de bienvenida. Es

lindo saber que por ahora tengo esta compañía. Pero también, pienso en lo angustiados que deben estar sus dueños, aunque no voy a negar que por un momento llegué a desear que no aparecieran para poder conservarla conmigo, pero imagino que ella también debe extrañarlos.

El resto del día lo ocupé para sacar los adornos navideños y mientras decoraba, me pude olvidar un poco de que tarde o temprano, Pequeñita se tendrá que ir.

Diciembre 5

Ayer pasé parte del día afuera con Pequeñita. Después de desayunar la llevé a casa de mis padres. Casi puedo asegurar que les dio más gusto verla a ella, una completa extraña, que a mí, sin mencionar el nulo reparo de mi madre para decir que ojalá no aparecieran los dueños para que yo pudiera quedármela. El motivo de la visita, además de presumirles que soy un adulto lo suficientemente responsable como para hacerme cargo de otro ser vivo, fue para ayudarles a terminar de adornar la casa por Navidad.

Siempre han sido muy entusiastas de las fechas decembrinas, y aunque a mí no me enloquecen, me gusta ese ritual de convertir los espacios en Villaquién. El árbol ya estaba puesto, pero faltaba colgar algunas guirnaldas en el arco de la sala y en el porche. La única vez que no ayudé a decorar fue justo cuando intentaba no perderme en mi depresión posrelación, pero en realidad es algo que me gusta hacer con ellos porque sé que les da mucha felicidad.

Al cabo de un par de horas quedó listo. Y no es por nada, pero la verdad soy el mejor decorador de la colonia. Había tanto espíritu navideño, que ni al mismo Ebenezer Scrooge le habrían dado ganas de odiar la Navidad.

Cuando terminamos, mi padre preparó sus famosos hot dogs: salchicha rellena de queso, envuelta en tocino, mostaza, cátsup, pepinillos, cebolla y jitomate picado. Siempre que los hace, mi niño interior lo agradece aunque mi gastritis no.

Mientras comíamos, mi madre sacó el tema de la cena navideña. Me dijo que ella y mis tíos habían decidido pasarla en casa de la abuela, que vive fuera de la ciudad. El año pasado le tocó venir a ella, pero en los últimos meses no se ha sentido muy bien de la cadera, además a sus ochenta años, no es prudente que haga un viaje de varias horas en autobús. Yo respondí que me parecía un buen plan. Pienso que me hará bien salir de la ciudad, además tengo las últimas dos semanas del año libres y por nada del mundo me perdería la oportunidad de comer las delicias que la abuela, afortunadamente, aún puede cocinar.

Mi relación con ella no siempre fue buena. Recuerdo que de niño yo era un tanto afeminado, me gustaba jugar con los maquillajes de mi mamá y usar los suéteres o chamarras como pelucas para sentir que tenía una larga cabellera de princesa. Mi abuela siempre notó que yo no era un niño como los demás. No había Navidad en la que yo no pidiera una Barbie o un microhornito, pero jamás llegaban.

Al contrario, siempre recibía cosas "para niños", balones horribles y carritos que me aburrían como una clase de matemáticas. Mi abuela siempre fue de carácter fuerte y aunque era muy atenta y protectora con la familia, no dejaba de ser una mujer de su época y yo debía, según ella, actuar como hombrecito. "No te sientes así", "no cruces las piernas", "habla bien", "eso no es para niños" eran el tipo de cosas que todo el tiempo me repetía. Mi madre me daba más libertad para ser yo, pero nunca faltaron los comentarios del tipo "tienes que enderezarlo", "eres muy suave con él", algo que yo entendía y sabía perfectamente por qué los decía. Pero a esa edad, uno no sabe ponerles nombre a las cosas, sólo las sientes y las vives.

Cuando entré en la adolescencia los comentarios se detuvieron un poco. Al crecer con una abuela que todo el tiempo te critica por ser como eres, lo que menos quería era vivir lo mismo en la escuela, así que comencé a comportarme menos afeminado. Pero entonces comenzó la etapa de "¿para cuándo las novias?". Tuve que aguantar nuevamente un largo periodo escuchando a mi abuela, hasta que después de salir del clóset con mi madre, decidí hacerlo con ella en una reunión familiar.

Era el cumpleaños de una de mis primas que se acababa de comprometer y mientras comíamos salió el tema de las novias. En ese momento supe que tenía que hacerlo. “Ni se te ocurra preguntarme si ya tengo novia, abuela. No tengo y jamás tendré. No me gustan las niñas, si algún día tengo a alguien, será un novio y si no te gusta, lo lamento.” Aquello había sido digno de un drama de telenovela y ahí me di cuenta de que las novelas no exageran, en realidad sí pasan esas escenas en la vida real.

Mi abuela, estupefacta, miraba a mi madre como queriendo encontrar una explicación, pero ella sólo se encogió de hombros y le dijo que así eran las cosas, que ella me apoyaba y si alguien de los que estaban sentados en esa mesa tenía algún problema, que lo dijera para entonces levantarnos y jamás volver, “no pienso convivir con gente que no respete ni acepte a mi hijo, porque si lo rechazan a él, me rechazan a mí”, ésas fueron sus palabras exactas y a mí se me llenó de orgullo el corazón. Me sentí tan respaldado y validado que nadie se atrevió a decir nada.

A pesar de que para varios miembros de mi familia ya era una sospecha, ninguno se imaginaba que tendría el valor para aceptarlo públicamente, pero mis tíos y mis primos al final lo tomaron con naturalidad. La abuela tardó más y dejamos de hablarnos como seis meses, pero un día me invitó a tomar té a su casa y me ofreció disculpas por su reacción. Me dijo que era una mujer de otra época y que esas cosas nunca se hablaron en su generación, eran prohibidas. Incluso me confesó que un primo hermano con quien de joven tenía buena relación era homosexual, pero cuando sus padres se enteraron, lo golpearon y después lo corrieron. Él huyó y jamás se volvieron a ver.

Lo último que supo de él fue que se había ido a Estados Unidos y había logrado poner un restaurante, pero nunca volvieron a hablar. “Ahora me doy cuenta de que fui muy tonta e ignorante y por eso perdí a alguien que para mí era importante. No voy a decirte que lo entiendo, porque no lo hago. Y quizás no haya nada qué entender, pero lo que sí sé es que no quiero pasar por eso de nuevo y no quiero perder a un nieto como tú. Aquí siempre tendrás un lugar.” Se me llenan los ojos de agua al recordar sus palabras, pero ese día yo conocí otra versión de mi

abuela. Desde entonces creo que la gente no cambia, sino que en realidad mejora por quien vale la pena, y personas así las lleva uno siempre consigo.

Quizás nuestra relación no es propiamente
como una bella canción. Incluso puede que
nunca llegue a ser esa historia desbordante
de amor.
Pero si tú y yo tan sólo llegamos a aprender
lo que es dejarnos ser, es probable que empecemos
a querernos para que en este cuento no haya daños
ni lamentos.
Y aunque nunca seremos lo que esperamos,
podemos aprender a vivir con eso que somos,
porque al final, vale más intentar sonreír
que pasar una vida haciéndonos sufrir.

Diciembre 7

Entonces el mensaje y la llamada que no quería recibir al final llegaron. Justo al acabar mi junta de las once, recibí un mensaje: *Hola, vimos un aviso en Facebook sobre el paradero de Mila, ¿crees que pueda llamarte?*

Entonces se llama Mila…, pensé. Saber su nombre fue recordar que Pequeñita nunca fue "mi Pequeñita", que ya era de alguien más. Me dirigí a mi oficina para poder hablar y mientras caminaba, pensé en lo tonto que había sido al creer que este momento jamás pasaría y me sentí egoísta. Aunque, por otro lado, algo en mi interior se alegró. Si hubiera sido yo quien perdiera a su mascota, también habría sentido alivio de saber que fue encontrada.

Llegué a mi oficina, cerré la puerta y tomé asiento. En ese instante me entró una llamada de un número desconocido. Del otro lado de la bocina había una voz de mujer: "¡Hola! Mi nombre es Mariel y llamo por el aviso de la perrita pitbull que fue encontrada. He visto la foto en el anuncio en redes y es ella". Sonaba a alguien joven que había recuperado la esperanza. "Sí, yo la tengo. Está en perfectas condiciones, no te preocupes. Me alegra mucho que hayan podido ver el anuncio, temía que nadie la reclamara", mentí.

Por seguridad, tuve que pedirle que me diera algunos rasgos distintivos que sólo ella conociera para saber si realmente era su dueña. La chica me dijo que Pequeñita o Mila (ya no sé cómo llamarla) tenía un lunar casi en forma de corazón en las

almohadillas de su pata delantera izquierda, así que cuando salí del trabajo y llegué a casa, lo primero que hice fue revisarla con la esperanza de que fuera otra perrita y no mi Pequeñita. Pero no fue así, en efecto, estaba ese lunar en forma de lo que podríamos decir un corazón casi perfecto. No tuve más opción: la llamé de vuelta, le confirmé que sí era Mila y le pasé mi dirección.

Al cabo de unos cuarenta minutos el timbre sonó. Por el interfón vi a dos mujeres. “Hola, venimos por Mila”, dijo la chica tratando de no sonar desesperada. A los pocos segundos tocaron a mi puerta y antes de que terminara de abrir, Pequeñita de inmediato se abalanzó sobre la chica que supe se llamaba Mariel. Salió como bólido desde la habitación en cuanto escuchó su voz y entonces el rostro se les iluminó a las tres. Mariel empezó a llorar y la otra chica estaba igual de emocionada. La pequeña movía su cola muy rápido y no paraba de lamerlas. Fue conmovedor y mientras las veía, me alegré.

“Lo lamento, pensarás que soy una absurda”, dijo Mariel limpiándose las lágrimas con la manga de su suéter y poniéndose de pie. “Ella es mi esposa, Emma”, dijo. Ambos nos estrechamos la mano y las invité a pasar. Tenía café ya preparado, les serví y saqué un paquete de galletas que me salvó de no ser buen anfitrión. Una vez más fui salvado por mi Bree Van De Kamp interior.

“Disculpa las molestias que esta traviesa te haya podido ocasionar, no sabemos cómo pagarte. Si hay alguna forma, por favor, pide lo que sea…”, dijo Emma. Por supuesto que no pedí nada. Cuidar de ella no fue molestia y les dije que era una perrita muy bien portada y que había disfrutado mucho su compañía en estos días. Pero ellas insistieron, entonces Emma sacó de su bolso una cartera de la que extrajo una tarjeta.

“Ten, al menos déjanos ofrecerte nuestros servicios como odontólogas, completamente gratis, las veces que necesites. Es lo menos que podemos hacer.” Tomé la tarjeta, le agradecí y la guardé en mi cartera. Después me contaron cómo se les había perdido Mila: ellas viven en una casa y la persona que les ayuda con el aseo dejó la puerta que da a la calle abierta por accidente y Mila pensó que sería una fabulosa idea explorar la ciudad justo

el día en que le iban a poner una placa con su nombre y una dirección de contacto. *Shit happens,* pensé.

"Creo que es hora de irnos, han sido días muy complicados y necesitamos dormir. Hemos estado en vela casi todo este tiempo, pero parece que al fin podremos descansar", dijo Mariel. Ambas terminaron su café y las acompañé a la puerta. "Muchas gracias por haberla cuidado. Nos alegra mucho que la encontrara alguien como tú. Por favor, si necesitas un servicio dental, lo que sea, no dudes en llamarnos", insistió Emma. Antes de que se fueran, les entregué la correa que había comprado y me agaché para hacerle cariñitos y abrazarla por última vez.

"Te voy a extrañar y también que me calientes los pies en la noche mientras vemos películas, pero tienes que ir a casa", le dije mientras hacía esfuerzos por contener un par de lágrimas. Mila me lamió la cara y Mariel me dijo que podía ir a visitarla a la dirección de la tarjeta cada vez que yo quisiera. Me agradecieron una vez más y nos despedimos. Las vi alejarse felices y en paz. Ahí se me salieron unas cuántas lágrimas, las sequé y entré directo a buscar ese viejo calentador para ponerlo en las noches y quitarme el frío de los pies.

Hay encuentros que son como un hogar temporal,
donde encontramos cuidado para poder continuar.
Esos encuentros no están destinados a durar
porque su misión es sólo la de ayudarnos a sanar.
Y aunque pueden durar un rato, una estación o una temporada, siempre terminarán siendo
una puerta bien cerrada.
Así, no nos queda de otra más que seguir y aprender a dejar ir,
porque hay encuentros breves que sólo son experiencias alegres.
Al final, son una bocanada de aire fresco y
un recuerdo sutil de lo emocionante que resulta vivir.

Diciembre 9

Luego del maremoto emocional que supuso entregar a Mila —para mí siempre será Pequeñita— necesitaba algo que me levantara el ánimo y por fortuna llegó la cena de fin de año del despacho. Desde que empecé en mi empleo actual, siempre me gustaron esas cenas porque nunca son en el mismo lugar. Los dueños, por ser un poco juniors, siempre escogen un restaurante distinto. Son tan famosas las fiestas del despacho, que desde hace unos años empezaron a aparecer en la sección de sociales en revistas y periódicos.

Mis jefes conocen a todo el mundo, desde empresarios hasta celebridades, pasando por políticos y gente importante de distintos medios. Debo aceptar que esas fiestas han sacado al ser extrovertido y social que también soy y que, con el paso del tiempo, me ha facilitado conocer personas con las que ahora sostengo una buena amistad.

Por ejemplo, hace tres años, a una de las fiestas asistió una famosa actriz de cine con quien terminé platicando en la barra del bar, le enseñé que yo había estado a cargo de la decoración de un enorme complejo hotelero en el Caribe y me contrató para hacer lo mismo con un par de departamentos que tiene en la playa. Quedó tan contenta con el resultado final, que a partir de ahí nació una linda amistad y cada que está de visita en la ciudad ya es costumbre ir a cenar. No siempre es tan malo esto de tener un trabajo tan demandante.

El traje que escogí para este año llegó justo a tiempo de la

tintorería: un conjunto azul cobalto con un saco con flores grabadas en la tela del mismo color, una camisa de cuello mao negra con botones dorados y un par de detalles bordados en el cuello y los puños, zapatos negros bien boleados y el reloj fino que sólo uso en ocasiones especiales y que fue un regalo de mi papá cuando me gradué de la universidad. Yo me sentía todo un James Bond.

En cuanto estuve listo, me subí al coche y arranqué rumbo al lugar que, en esta ocasión, era en el último piso de un rascacielos en el centro de la ciudad. El restaurante era famoso por sus impresionantes vistas y su enorme terraza llena de plantas que se asemejaba a los jardines colgantes de Babilonia.

Al llegar al enorme edificio, dejé el auto en el valet y entré. Un guardia me registró en una lista y me indicó que tomara los elevadores de la derecha hasta llegar al piso cincuenta y seis. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, había llegado al paraíso de las luces. La decoración del lugar era un sueño y un espectáculo: el techo y las paredes estaban inundados con miles de lucecitas sobre un fondo negro dando la ilusión de un cielo estrellado infinito. En la entrada había una fuente con dos pegasos de hielo —el logo del despacho— iluminados por abajo. Los pilares y columnas también estaban cubiertos de luces, y los arreglos florales que adornaban cada mesa y rincón parecían de otro mundo.

Ya había mucha gente y yo comencé a buscar caras conocidas, pero antes me acerqué a la barra para pedir algo de tomar y no parecer perdido. Mientras cruzaba el enorme lugar para llegar al otro lado, donde estaba el alcohol, me encontré a algunos compañeros de la oficina, socios del despacho, colegas y varias amistades que saludé con gusto. Cuando llegué a la barra, ya había saludado a medio mundo y mi urgencia por tomar creció. Uno de mis jefes, a unos cuantos pasos de mí, se acercó y de inmediato me llevó con él.

“Tengo que presentarte a los dueños del hotel en el que trabajamos, quieren conocer al artista detrás de esa sublime decoración”, me dijo al oído y yo apenas si pude escucharle por lo alto del volumen de la música. Siempre me ha parecido

gracioso cuando mi jefe usa las palabras “sublime” o “exquisito” para referirse a algo que le gusta. Además, lo hace con ese tonito de niño bien que me resulta imposible no imaginar que tiene una papa en la boca.

A partir de ahí, me la pasé de mesa en mesa, de grupo en grupo y bailando. Hasta que, finalmente, pude acercarme de nuevo a la barra, tomar asiento y pedir algo fresco. El sudor escurría por mi frente y me sentía acalorado, me arremangué la camisa y me desabroché el cuello. La fantasía tipo James Bond había llegado hasta ahí, ahora era un Bond sudado, agitado y un poco desaliñado, pero feliz.

Mientras esperaba mi siguiente bebida, alguien se acercó a mí. Era un sujeto bien parecido y se me hizo conocido. Era alto, moreno y usaba el cabello largo arremolinado en un chongo. Vestía un traje gris oxford y camisa blanca. “Siempre tiran la casa por la ventana, ¿cierto?”, dijo. Yo le sonreí. Le dije que así era todos los años y que eso pasa cuando heredas un imperio de la construcción. “Me llamo Benjamín”, y entonces me acordé de quién era. “Tú eres el escultor que hizo todas esas piezas para el hotel en la Riviera”, él asintió. Cuando me sirvieron mi trago, me invitó a salir a la terraza, la vista era un sueño. Platicamos algunas cosas del proyecto y luego me felicitó por la decoración del lugar que estuvo a mi cargo y hasta ese momento me di cuenta de que debo aprender a recibir cumplidos, casi siempre me apeno. Pero esa noche alguien tuvo a bien halagar mi trabajo y me sentí muy bien.

Luego de un rato de charla, estuve a punto de proponerle irnos a otro sitio —tú sabes muy bien a dónde— pero él fue más rápido: me ofreció ir a su departamento y por supuesto que acepté. “¿Traes auto?”, me preguntó, yo dije que sí. Me sugirió dejarlo en el estacionamiento del lugar. “Mañana te traigo a recogerlo, estará seguro”, dijo. Entramos de nuevo, me acompañó por mi saco y luego de despedirnos de medio mundo, ambos estábamos en el elevador, besándonos como dos adolescentes que no podían aguantar más las ganas.

Llegamos al estacionamiento y subimos a su auto. Al cabo de media hora llegamos a su departamento al sur de la ciudad.

Estaba en una de esas torres modernas con todo incluido, hasta supermercado. El lugar era lindo, amplio y con techos altos, algo raro en una época donde se construyen pajares chaparros y tan minúsculos que hasta la casa de un hobbit parece más grande. Me gustó ese aroma a vainilla que había en el ambiente y me sorprendió que todo estaba perfectamente ordenado y limpio. Yo tenía la idea de que los escultores y artistas plásticos, en general, eran un desastre, pero él al parecer no. "¿No trabajas en casa?", pregunté. "Tengo un taller en otro lado, ahí puedo hacer todo mi desorden sin preocuparme", dijo sonriendo. No me ofreció nada de tomar y no quería que lo hiciera. En su lugar, se acercó a mí y comenzó a desabotonarme la camisa mientras me besaba.

De inmediato me convertí en una piedra. Hacía mucho que no probaba unos labios tan dulces y besables, si hubieran sido un bizcocho, los habría devorado en segundos. Mientras él pasaba sus labios por mi cuello, le quité el cinturón, luego desabroché el botón y le bajé el cierre del pantalón para poder meter mi mano en su entrepierna, que también ya era como una roca. Terminé de quitarme la camisa y me guio hasta su habitación, ambos nos quedamos en ropa interior. Qué morbo me da mirar el bulto de un hombre a través de la tela. El suyo era un gran bulto. Me coloqué sobre él y comencé a recorrer su cuerpo con mis labios hasta llegar a sus calzoncillos, mismos que le quité para tener despejada el área de juego.

Luego de un rato, fui yo quien estuvo abajo y juro por lo más sagrado, que es el hombre que mejor ha sabido usar la boca y la lengua conmigo. No había pensamiento alguno, sólo la placentera sensación recorriéndome una y otra vez. Puedo decir que aquello no fue sexo casual de una noche, creo que hicimos el amor. No sé si eso exista con alguien que apenas conoces, pero siendo un par de extraños, a nosotros nos pasó. No sólo fue rudo e intenso, por momentos también fue suave y cariñoso, me gustaba esa sensación de rodearlo con mis brazos y sentir su piel contra la mía mientras nos fundíamos en ese vaivén de caderas. Sus caricias eran suaves y sus besos a veces apasionados y a veces dulces. No recuerdo cuándo fue la última vez que había disfrutado tanto un encuentro al grado de perder la noción del

tiempo. Uno, dos, tres rounds y seguíamos.

Al final, nos quedamos dormidos. Él se recargó en mi pecho y me abrazó. Qué bien se siente dormir abrazado de alguien. Aunque lo disfruté mucho, algo dentro de mí sabía que sólo era momentáneo, pero no sentí ansiedad por eso ni preocupación alguna, únicamente lo acepté y decidí concentrarme en ese momento, sintiendo su cuerpo desnudo contra el mío.

Hoy, al despertar, lo hicimos dos veces más, luego permanecimos en cama haciéndonos mimos y cariñitos, hasta que Benjamín se levantó, se puso una bata y se fue a la cocina, preparó waffles y chocolate caliente para los dos. Desayunamos en la cama y platicamos sobre nuestras relaciones pasadas, los planes de cada uno a futuro, la Navidad y el Año Nuevo. Sé que él no vive en la ciudad y de hecho sus planes son quedarse definitivamente en Nueva York, el departamento de aquí planea venderlo y eso significa que, será difícil, volver a vernos.

Pero no me importó, porque ese momento, ahí, desayunando con él, era todo lo que importaba. Luego nos bañamos juntos, pero ya no lo hicimos, sólo nos besamos y al cabo de un rato nos vestimos y me llevó en su auto a recoger el mío. “Hacía tanto que no lo pasaba tan bien con alguien…”, dijo. Yo sonreí. “Lo mismo digo. Disfruté mucho tu compañía.” Me jaló hacia él y me besó como se besan dos amantes que ya no se volverán a ver. Lo supe desde el inicio. No hubo necesidad de hacer falsas promesas ni asegurar futuros encuentros que, para ser honesto, ninguno de los dos tenía ganas de que ocurrieran. Él tiene su camino y yo el mío.

Finalmente, bajé del auto y me metí al mío. Nos miramos por última vez desde las ventanas, me mandó un beso y nos dijimos adiós. Ambos arrancamos y nos alejamos en sentidos opuestos, él pensando seguramente en su viaje a Nueva York y yo en dónde iré a comer de nuevo waffles tan ricos como los que comí con él.

Me gusta que vengas y preparar el desayuno
sólo para ver que sonrías.
Es lindo tenerte un momento y luego despedirnos
sin miedo y muy lento.
No necesito saber de ti o si vas a regresar aquí,
pienso que tal vez, un día nos volveremos a ver,
pero también pienso que no y eso está bien.
A mí me basta con este momento y podernos
compartir
aunque no sepamos si vamos a repetir.
Es como aceptar esa incertidumbre en donde ya
nada
quema como si fuera lumbre.
Te puedo soltar
sin la necesidad de tenerte que extrañar.
Ya sé que tú y yo somos esos dos que de pronto
pueden
coincidir sin tener que jurar volverse a reunir.
Somos los que no son nada, pero sí tienen algo,
los que tarde o temprano ya no volverán,
dos satélites que pueden perderse y quizá, con
algo de suerte, volver a verse.
Somos aquellos cuya única misión es regalarse un
buen
rato de diversión, los que no quieren tenerse para

no

comprometerse.

Porque lo nuestro es sólo desnudarnos, y para eso jamás hicimos la promesa de tener que quedarnos.

Ya sé que tú y yo somos esos dos
que de pronto pueden coincidir
sin tener que jurar volverse a reunir...

Diciembre 11

No me había percatado de que René —así se llama mi vecino musical— lleva días sin dar señales de vida. Las cortinas de su apartamento están cerradas y, después de todo lo que ha pasado en estos últimos días, no me vendría mal alguna playlist para levantarme el ánimo. Curiosamente, casi siempre tiene el tino de poner la música ideal para los momentos adecuados, pero no sé si va a regresar. Quizás se fue con su familia que vive en el norte del país. O quizás se mudó, pero no lo creo porque, quiero pensar, se habría despedido, aunque tampoco tenía obligación de hacerlo, después de todo, sólo soy el vecino con quien comparte ciertos gustos musicales y que envidia su sistema de audio. Supongo que ahora me toca a mí ser el que escoja el soundtrack del día.

En otro orden de ideas, hoy empiezan las vacaciones, así que ayer cuando salí de la oficina, aproveché para pasar al consultorio de mi terapeuta para dejarle un pequeño regalo de Navidad. Me dio por ponerme creativo y le armé un bonito arcón con quesos, un par de botellas de vino, algunas conservas y carnes frías que sé que son sus favoritas. Me dio gusto verlo y le agradecí por haber estado conmigo durante todo este proceso en el que, creo, he aprendido varias cosas. Me reiteró que siempre que lo necesite puedo regresar a sesión y que, por lo pronto, nuestras sesiones mensuales comenzarían a partir de enero. Me alegra porque no tienes idea de lo complicado que es encontrar un buen terapeuta así que, si lo encuentras, ¡no lo dejes ir!

Por otro lado, mis padres están planeando irse con la abuela la próxima semana. La idea era irme con ellos, pero todavía debo supervisar algunas cosas en la oficina, así que me iré en autobús, no tengo ganas de manejar cinco horas en carretera, y como ya cayó mi aguinaldo, pagaré porque alguien más lo haga.

No puedo creer lo rápido que se ha ido este tiempo. Siempre digo lo mismo, pero es que cada año parece acabar más rápido que el anterior. O quizás soy yo entrando en esa edad en la que te haces más consciente del paso del tiempo. Si me hubieran dicho que al final de este año sería esta persona y me sentiría así de bien, no lo hubiera creído. Todavía hace algunos meses seguía recordando mi drama personal y creía que nunca pasaría, y ahora reconozco que fue por mí —y la terapia— que logré salir de ese estado. No obstante, a veces me sigo haciendo la pregunta de esa famosa canción que dice: “Oh, soledad, dime si algún día habrá entre tú y el amor buena amistad”. Todavía no sé la respuesta, pero ya sé qué álbum poner mientras me hago de cenar.

Qué amable y gentil resulta la soledad
cuando se le aprende a querer de verdad.
Es una presencia sutil que ya no representa
ninguna clase de sufrir.
Su compañía se transforma en momentos
de calma y alegría que pintan todo de colores
cada día.
Porque en el silencio cotidiano también hay
felicidad,
y en esa paz se puede ver todo con más claridad.
Al final, hacer las paces con la soledad
es lo único que puede salvarnos de los malos amores,
la calamidad y todos sus dolores.
Por eso ahora que disfruto de mi propia compañía,
ya no quiero compartirme con nadie que venga a
quitarme
la paz, la dicha y la alegría.

Diciembre 13

A pesar de estar de vacaciones, hoy tuve que ir muy temprano a la oficina para entregarle a un cliente importante los planos impresos del proyecto que iniciaremos en enero. Le insistimos en mandarlos por correo, pero al ser de la vieja escuela, prefirió tenerlos en papel, así que, a regañadientes, tuve que ir. Estuve a punto de no llegar porque mi alarma no sonó y mi auto se quedó sin batería, dejé todo el fin de semana las luces encendidas y no me di cuenta. Luego de bañarme como en treinta segundos, vestirme con lo primero que encontré, medio tomar café y darle una mordida a un pan con mermelada que ni siquiera me terminé, salí corriendo.

Desconozco qué tan rápido lo hice, pero alcancé a llegar al vagón del metro justo antes de que cerraran las puertas y ni siquiera me molesté en tratar de encontrar lugar, porque en una ciudad tan grande como ésta, es más fácil encontrar un billete tirado en el suelo, que lugares libres en el transporte público. Más bien, no quise perder más minutos esperando el siguiente tren, así que como pude logré avanzar en medio de la gente y encontré sitio en un hueco junto a la ventana de una de las puertas de salida. Aunque yo escurría en sudor, agradecí que ya no fuera época de calor, pero iba tan lleno que comenzaba a ser incómodo. De pronto un aroma jaló mi atención. Era café y olía muy bien, me despertó el apetito. Me volví para ver de dónde venía y vi a un sujeto alto que se había puesto junto a mí. Vestía jeans, camisa, saco y llevaba una linda boina que combinaba con

sus zapatos. Cargaba una charola con dos cafés y lo primero que pensé es que sería para su pareja, pero ¿por qué asumí de inmediato que tendría una pareja? Podría haber sido para un amigo, un colega, su jefa o qué sé yo. Maldita costumbre de asumir que el estado en pareja es el único que existe.

Giré otra vez a la ventana y me aguanté el antojo del café. Realmente no supe si tenía hambre o urgencia por llegar. Aunque a esas alturas creo que pensaba más en el sujeto del café que en llegar al trabajo. “Imposible esta ciudad, ¿no?”, por un momento no supe si me hablaba a mí, así que no contesté, pero sentí su mirada y tuve que voltear cuando me preguntó de nuevo. “¡Ni lo menciones! Nunca suelo salir tarde de casa, pero hoy debo estar pagando algún karma”, respondí en un esfuerzo por sonar muy casual. Casi siempre suelo hacer chistoretes para disimular los nervios y no sé por qué, pero siento que ya no es una estrategia que me funcione.

De cualquier manera, era más entretenido hablar con el extraño guapo que seguir mirando por la ventana a la oscuridad del túnel. Además, era lindo. Fugazmente pude hacer un análisis: bonitas facciones, sonrisa encantadora y ojos oscuros, piel blanca y pelo negro y ondulado. Muy mi tipo también. Quise tratar de sacar más conversación, pero tenía un bloqueo. Ahora sí comenzaba a preocuparme lo tarde que llegaría al trabajo.

“¿Vas muy lejos?”, preguntó. Le contesté que me bajaba en la siguiente estación y de ahí tenía que caminar unas cuantas cuadras. Respondió que él iba un poco más adelante y que trabajaba en una agencia de autos. Ahí entendí por qué iba tan bien vestido. “Espero que tus cafés lleguen calientes”, dije. Me sonrió y yo me emocioné poquito, pero disimulé como las personas adultas lo hacen: sin saber cómo. “Me los dieron como regalo por puntos acumulados en donde suelo desayunar.” Sonreí.

“Creo que estoy a punto de bajar. Gracias por la charla”, me sonrió, pero esta vez no caí tan fácil. Afortunadamente estaba justo a un lado de la puerta, así que no tuve que pasar en medio de nadie para bajar. “¡Ten! Llévate uno de éstos, nadie merece iniciar su día sin café”, en realidad hubiera preferido llevármelo

a él, pero tenía prisa y el hambre me estaba matando. Tomé el café que me ofreció, le sonreí y bajé rápidamente. Aún seguía caliente y era de moka, mi favorito. Ese sorbo me supo a cielo, no sé si porque estaba realmente rico o porque me lo había dado un gentil extraño que, además, había anotado su número de teléfono en el vaso. No sé en qué momento lo hizo, pero lo hizo. Por supuesto que nunca le llamé, no porque no quisiera, sino porque llevaba tanta prisa que llegando al trabajo, pedí de comer y me olvidé del café. A estas alturas, el personal de limpieza ya debió haber tirado el vaso, pero al menos ahora ya sé dónde comprar buen café.

Que te volvieras un contacto, no era parte del trato.
Fuiste un momento con aroma a café que restauró mi fe.
Fuimos dos sin nombres,
los que nunca se regalarían flores.
Ahora seremos ese par que
una historia anónima va a recordar,
un recuerdo finito,
algo nunca dicho.
Somos una historia común
que se perdió entre la multitud.

Diciembre 15

Llegué a casa de la abuela y todavía no sé cómo procesar lo que pasó camino hacia acá. Comprobé que cuando dicen que el mundo es un lugar muy pequeño, tienen razón. Luego de terminar mis pendientes ayer en la oficina, regresé a casa para preparar mis maletas. Ahora sí soy un adulto libre de tener que contestar mails y mensajes de WhatsApp, lo que se traduce en paz mental. Aproveché para dormir temprano pues mi autobús salía a las nueve de la mañana y no quería estar cansado durante el viaje. A diferencia de otras personas, jamás he tenido esa habilidad de conciliar el sueño ni en aviones ni autobuses. Además, hacía mucho tiempo que no viajaba en carretera y me entretiene ver el paisaje y oír música. Estaba muy entusiasmado.

Luego de lograr dormir siete horas seguidas —pequeños placeres de la vida adulta, por cierto—, esta mañana logré levantarme temprano, desayuné bien y luego de revisar todo, como buen ansioso, y regresar dos veces para asegurarme de que la llave del gas estuviera bien cerrada y el boiler apagado, salí rumbo a la terminal. Afortunadamente, no había demasiado tráfico y llegué a tiempo. Subí al autobús y tomé mi lugar junto a la ventana. A los pocos minutos, se sentó junto a mí un señor de unos sesenta años que ya había visto antes en la sala de espera; era alto, usaba lentes y llevaba una gabardina color camello que hacía juego con su bufanda y la boina color café. Puso su pequeño maletín en el portaequipaje sobre los asientos y tomó su lugar junto a mí. Pude percibir el aroma de su loción, me agradó.

“Buenos días”, me dijo mientras se quitaba los guantes. Le respondí el saludo. “¿Le molesta si bajo el descansabrazos?”, negué con la cabeza y me acomodé en mi lugar. Al cabo de un rato, el autobús encendió el motor y arrancó. Yo me puse los audífonos y saqué de mi mochila bajo el asiento un libro que esperaba poder terminar en el trayecto, *Dejarás a tu padre y a tu madre* de Philippe Julien. Un tratado sobre la evolución y papel de la familia en la sociedad. Siempre que leo el título no puedo evitar pensar que a veces son los padres quienes no quieren soltarnos.

De pronto, vi que el señor comenzó a tener problemas para activar la pantalla de entretenimiento frente a él y le ayudé. “Hay que tocar el botón de *home”*, le dije señalando en la pantalla. “Eso activa el menú y puede seleccionar alguna película”, añadí. Me agradeció y dijo que cada vez entendía menos eso de la tecnología, como si tratara de justificarse. Yo sonreí y me volví a poner el audífono que me había quitado y clavé de nuevo la mirada en la lectura, como si estuviera leyendo la última revelación.

Llevábamos una hora y media de viaje, ya en carretera, cuando escuchamos que algo tronó en la parte trasera. Uno de los neumáticos se había ponchado. El chofer se orilló cerca de una gasolinera y una tienda de conveniencia. “Estimados pasajeros, una de las llantas traseras sufrió un percance y hay que cambiarla, trataremos de ser lo más rápidos posible. Disculpen las molestias”, dijo el chofer y bajó. No podíamos hacer nada más que esperar.

Algunos pasajeros bajaron al sanitario y otros más a comprar alguna chuchería en la tienda.

Yo me quedé en mi lugar, pero luego de diez minutos, mi compañero de asiento se levantó y bajó del autobús, yo seguí leyendo y después de otro rato subió de nuevo con un paquete de galletas de chocolate, una bolsa de frituras y dos botellas de agua. “Ten, te traje agua”, me dijo. Yo la rechacé, pero insistió: “Te va a dar sed más adelante, ya verás. Tómala”, y la acepté. “Hace mucho que no comía estas galletas. Mi doctor me las prohibió, soy diabético. Pero llevo mucho sin comerlas, estoy

seguro de que un par no me hará daño.” Era como ver a un niño disfrutar de su dulce favorito. “¿Y a qué vas tan lejos?”, preguntó. “A pasar las fechas navideñas con mi familia ¿y usted?”, respondí y guardé mis audífonos. Me dijo que no iba hasta donde yo, él se bajaba un poco antes, en el centro, porque ahí vivían su hija y su nieta. También pasaría las fechas con ellas, su yerno y otros familiares. Luego añadió que mi cara le era familiar, que estaba seguro de que me había visto en algún lado. Yo le dije que seguro tengo una cara común. No es la primera vez que dicen conocerme sin haberme visto antes.

Platicamos de la familia, el trabajo, los hijos y esas cosas. Le conté que era hijo único y había crecido con mi madre, mis tías, tíos y mi abuela, hasta que mi madre se volvió a casar. El hombre pareció recordar algo y me miró como si sintiera vergüenza por lo que acababa de cruzar en su mente y que sus labios pronunciarían momentos más tarde. Pude ver en sus ojos la confesión y cierto pesar brotando como hierba en medio del concreto.

“Una vez estuve casado con una mujer. Era hermosa y teníamos muchos planes. Pero supongo que la inexperiencia de la juventud nos jugó en contra. Ella quería hacer muchas cosas y yo también. Por andar queriendo ser tanto se nos olvidó ser algo. Y yo también tenía muchas inquietudes, ya sabes a lo que me refiero…”, dijo lanzando una minúscula sonrisa pícara y entendí que se refería a mujeres. Luego continuó: “Al final los conflictos y peleas fueron más fuertes y supongo que yo ya estaba muy cansado de lidiar con tanto drama y me fui. Inicié al poco tiempo una relación con una mujer más madura, era un par de años mayor que yo. Ella se convirtió en la madre de mis hijos…”, hizo otra pausa y se llevó la mano al mentón como recordando un detalle importante que, por un instante, dudó en contarme, pero que no pudo mantener en secreto.

“Al año de haberme separado de la primera mujer y ya en planes de boda con mi prometida, me llegó el rumor de que la mujer con la que había estado antes estaba embarazada y la criatura era mía. Yo no quise creerlo. Ya sabes, la gente habla y dice cosas para arruinar la felicidad de otros…”, yo lo miraba y

traté de que no fuera evidente que lo estaba juzgando un poco por dentro.

"¿Y volvió con ella para saber si de verdad estaba embarazada de usted?", pregunté con cierta seriedad. La respuesta fue negativa y me decepcioné. Estaba al lado de un hombre que formaba parte de las estadísticas de machos que dejan mujeres y abandonan niños. Por un momento no pude evitar pensar en mi historia y aunque traté de no proyectarme, no pude evitar pensar que en el mundo había un niño o niña que hasta la fecha no conoce a su padre justo como yo. Miré la portada de mi libro y en mi mente le cambié el título por enésima vez: "Tu padre te abandonará y no podrás evitarlo". Pensé que el tema de mi padre era ya algo muy trabajado en terapia, pero oír ese tipo de historias siempre me mueve algo por dentro. Luego de un rato en silencio, subió el chofer y anunció que el percance había sido solucionado y después de un par de minutos nos pusimos de nuevo en marcha.

Yo iba a ponerme los audífonos cuando el hombre sacó su billetera y me enseñó la foto de una bebé, era su nieta. "¿Verdad que es una lindura? Se llama Lucía", dijo con los ojos brillantes. "Y ella es mi hija, Elisa y su esposo. Tenía más fotos, pero las debo de haber perdido cuando cambié de billetera", me dijo mientras buscaba y entonces retomé la conversación: "Así que hasta la fecha no sabe si tiene un hijo o hija no reconocido por ahí, ¿cierto?". El hombre soltó una risita cínica. "Lo más probable es que haya sido una mentira para hacerme volver, muchacho. Así son los juegos típicos de las mujeres cuando se encaprichan con un hombre: nada mejor que un embarazo para retenernos."

Era evidente que el sujeto era un patán, pero no tenía ánimos ni ganas de ponerme a debatir con él sobre su nula responsabilidad afectiva y, desde luego, apabullante machismo. El sujeto seguía buscando fotos en su cartera y noté que un papelito cayó al suelo, lo levanté y era una fotografía tamaño infantil en blanco y negro de una mujer y al verla sentí un nudo en el estómago. La sangré se me heló y se me secó la boca al darme cuenta de que la mujer de esa foto era mi madre. "¡Ah!

Esa foto, esa foto…la mujer de la que te conté…", dijo el hombre mientras yo seguía en shock. "Es hermosa, ¿no crees? Lástima que es lo único que me quedó de ella…" Ahí entendí que el patán a mi lado, el que nunca quiso regresar a ver si había tenido un hijo, era mi padre biológico. No había duda. Por eso me dijo que mi rostro le era familiar. Soy muy parecido a mi madre.

Estaba tan impactado que sólo pude tomar la botella de agua y acabármela de un trago. "Te dije que tendrías sed", dijo riendo entre dientes. Yo no sabía qué decirle, quería gritarle tantas cosas y aventarle el libro en la cara, pero a la vez deseaba jamás haberlo visto. ¿Por qué si nunca estuvo tenía que aparecer de repente? ¿Y por qué en un autobús? Maldije mi puta suerte y también a la perra vida. Sentía enojo y tristeza al mismo tiempo. Fue un momento tan extraño: una parte de mí, quizás el pequeño niño que fui quería abrazarlo pero otra, la del adulto que soy, no pudo evitar sentir rechazo y aversión.

"Oye, estás pálido, ¿te sientes bien, muchacho?" Como pude y tragando saliva le dije que sí, que seguro era un mareo por venir leyendo con el camión en movimiento. Rápidamente busqué un pedazo de papel en mi mochila para limpiarme la nariz y las lágrimas que comenzaban a brotar de mis ojos y que no quería que viera. No sabía cuánto quedaba de viaje o si faltaba mucho para hacer la primera parada, pero deseé con todas mis fuerzas que ocurriera pronto y que se bajara para no volver a verlo.

Nunca me hizo falta su amor, pero sentí que Elisa, su hija, era afortunada por haber tenido lo que yo no. Entonces tomé una decisión: no permití que se quedara con nada nuestro y eso incluía esa pequeña fotografía que mantuve escondida en mi mano todo el rato con la esperanza de que se olvidara de pedírmela de vuelta. Tenía todas las emociones revueltas en un nudo en la panza.

"Todavía no sé por qué después de tantos años sigo cargando esa historia…", murmuró el hombre.

Por la culpa que te causa el habernos dejado, cínico, pensé. "No fue una historia con el final que hubiera querido, pero así fueron las cosas…", siguió. *O así quisiste que fueran en tu inmenso egoísmo,* me dije de nuevo en mis adentros. Seguramente había

otra versión de la historia, su versión, pero tenía miedo de investigar más y no pude evitar sentirme enojado de nuevo.

"¿La volvió a buscar más adelante?", pregunté finalmente con la esperanza de obtener una respuesta distinta que me hiciera sentir menos aversión hacia él, pero negó con la cabeza. "Entonces no creo que siga siendo importante, ¿o sí? Después de todo, si no volvió por ella es porque hubo algo más importante para usted. Lo importante no se abandona y usted la dejó, quizás nunca supo cómo valorarla…", no sé todavía cómo logré decirle todo eso sin derramar una lágrima, pero casi sin darme cuenta, lo escupí como si se tratara de agua caliente en mi boca. El hombre frunció el ceño y me miró con cierta molestia.

"¿Cómo has dicho? Me parece un juicio bastante aventurado, muchacho. Estos jóvenes de hoy creen que pueden juzgar a diestra y siniestra. Como si tuvieras idea de las cosas…", dijo refunfuñando mientras se levantaba para cambiarse de lugar. Sentí una satisfacción de haberlo hecho enojar y consideré eso como mi victoria. Aunque aún rezaba porque se olvidara de la foto. Al poco rato, el autobús hizo su primera parada y el sujeto tomó su maletín y bajó.

Ambos nos miramos por última vez a través de la ventana, yo con desaprobación y él con molestia. El autobús arrancó y él se quedó atrás, donde siempre va a estar. El resto del camino lloré en silencio y por primera vez, me quedé dormido en un autobús.

Es probable que nunca nos volvamos a encontrar y en verdad deseo que así sea. Me alegró que se olvidara de pedirme la fotografía de mi madre, porque alguien así no tiene derecho a conservar nada de la persona que le dio su amor sincero. Cuando llegué a la terminal, mis padres y la abuela me esperaban. Los abracé como si nunca los hubiera visto y recordé que, en la vida, a veces es bueno que ciertas historias no puedan ser, porque no hacen falta y no valen la pena ser contadas si la historia actual ya es una que sí merece ser contada.

Gracias porque no quisiste quedarte.

Tanto tiempo quise encontrarte
y cuando al fin lo hice, algo en mí marchitaste.
Todo eso que tenía por decir murió en el instante
donde recordé que soy ese pasado que quisiste eludir.
En ese momento tan breve, me di cuenta de que
en mi corazón tu nombre no era indeleble.
En tu ausencia aprendí a dejar de sobrevivir
porque fueron más mis ganas de empezar a vivir.
Con el tiempo tu nombre dejé de pronunciar
y acepté la idea de dejarte marchar,
así terminé por ya no necesitarte
hasta que un día dejé de extrañarte.
Ahora que te pude ver, supe que en realidad nunca hubo
nada que perder, porque nunca nos tuvimos, porque nunca estuvimos.
Y en esta moraleja, soy yo quien ahora a ti te deja.

Diciembre 18

Después de tantas emociones fuertes necesitaba despejarme, así que he estado recorriendo el pueblo los últimos días. No recordaba lo tranquilo que es venir y olvidarse del ajetreo de la ciudad. Ha cambiado mucho desde la última vez que estuve, hace cinco años. Podría decir que está más bonito que antes. Pintaron las banquetas, arreglaron la plaza central y pusieron más alumbrado. Y ahora por las fechas, cada calle está llena de luces y adornos, parece aldea navideña suiza. Me alegra que aquí los impuestos sí sirvan para algo.

Por otro lado, desde que llegué no he tocado, ni por error, el celular y no me interesa revisar mis notificaciones en redes. Además, he estado muy ocupado llevando y trayendo a la abuela y a mis tías por cosas para la cena. Acepto que mi vida ha sido muy solitaria desde que me separé y se siente bien estar rodeado de más personas.

No les he contado a mis padres ni a la abuela que tuve un breve encuentro con el señor que me engendró y no sé si algún día lo haga. Mi terapeuta dice que hay ciertas cosas que no es necesario contar, sobre todo si no van a aportar nada o causarán dolor a alguien. Y en este caso, contar esa experiencia creo que es irrelevante. Quizás más adelante salga a la luz como anécdota, pero por ahora es mejor así.

Luego de hacer los mandados, en la tarde salí al centro del pueblo. A pesar del frío, tuve antojo de un helado de cajeta que hacía mucho no comía y en ningún lugar hay mejor helado de

ese sabor que en la heladería de Don Máximo. Ahí nos llevaba mi abuela a mis primos y a mí en los días de verano cuando veníamos al pueblo a pasar las vacaciones escolares. En ese tiempo, la heladería era sólo un local pequeño con dos refrigeradores, hoy es prácticamente una pequeña y muy acogedora cafetería. En esta ocasión ya no me tocó ver a Don Máximo, en su lugar están, los que supongo, son sus nietos. Luego de pedir mi helado doble, como si quemara calorías igual que un muchachito de quince, me senté en una de las mesitas afuera del lugar a ver a la gente pasar. La vida en este tipo de sitios es más calmada y nada ni nadie parece tener urgencia.

De pronto, alguien me tocó el hombro, me volví y vi a un joven de piel morena, un poco más bajo que yo, ojos cafés y bonita sonrisa. No se veía muy mayor, yo calculo que no llegaba ni a los veinticinco, aunque por la ligera capa de barba que le crecía, podía aparentar más edad. "¿No te acuerdas de mí?", me preguntó sonriente. La verdad es que siempre he sido muy malo para reconocer caras. "Soy Alfonso, el de los caballos", y entonces se me vino una avalancha de recuerdos a la memoria.

Alfonso es hijo de Rafael y Beatriz, ambos, históricamente, venían de familias acomodadas y desde hace décadas se dedican a la crianza de caballos pura sangre. Recuerdo que cuando era más joven, siempre que veníamos al pueblo, era casi una visita obligada ir al rancho de su familia para jugar con los potrillos y montar a caballo. La verdad es que nunca me volví un experto, pero aprendí lo básico. Mis primos, más grandes que yo, le perdieron rápido el encanto a eso de montar, pero a mí me gustaba. Yo tendría unos diecisiete o dieciocho años cuando Alfonsito, de once o doce, ya era un experto montando.

"¡Has crecido tanto que no te reconocí!", dije estrechándolo. A pesar de la chamarra y el suéter que llevaba, se veía fornido y atlético, de espalda ancha y piernas fuertes. Siempre fue un niño muy bonito, ahora es un hombre a mi parecer muy atractivo. Después de todo, montar a caballo es un buen ejercicio.

Lo invité a sentarse para ponernos al corriente, pedimos dos cafés y me externó lo mucho que le daba gusto verme. Me reclamó que no le avisé de la última vez que vine, pero le dije

que había sido sólo un fin de semana y él no estaba. Le pregunté qué andaba haciendo por el centro y me respondió que había bajado a comprar algunas cosas que necesitaba para reparar los establos y mientras lo oía hablar, me fue inevitable notar que, aunque ya tenía cuerpo de adulto, seguía siendo ese niño risueño y extrovertido de siempre. Su familia seguía muy dedicada a la crianza de caballos y él acababa de graduarse como veterinario.

"Si tienes tiempo te puedo llevar a las caballerizas. Espero no hayas olvidado cómo montar", dijo. Y yo con tiempo libre de sobra, acepté. Nos subimos a su Jeep y en diez minutos llegamos al lugar. Seguía exactamente igual que como lo recordaba, con excepción de algunos detalles. Luego de darme un pequeño recorrido y ver a los caballos, me preguntó si quería cabalgar un rato, quería mostrarme un sitio en el bosque. De nuevo acepté.

Para mi buena suerte, no había olvidado cómo montar y creo que le caí bien a la yegua en la que me subí, se llamaba Flor. Alfonso y yo cabalgamos por un sendero que se adentraba en el bosque y poco a poco empecé a ver una pequeña cabaña que, luego supe, él mismo había construido. "Es aquí. Suelo pasar mucho tiempo en este lugar y vengo cuando tengo que trabajar a solas o estudiar. Además, lo uso de taller; me gusta trabajar la madera y aquí no debo preocuparme por el aserrín en la alfombra." Ambos bajamos de los caballos y entramos. El lugar era pequeño, pero bastante acogedor: un sofá cama, una mesita y un par de sillas. También había una amplia barra de trabajo llena de herramientas y materiales. En el centro de esa barra, sobresalía una escultura en madera de un imponente caballo. "¿Tú lo hiciste?", pregunté asombrado. Asintió. Me dijo que era para su padre. El caballo se llamaba Gastón y había fallecido, por ser muy viejo, el año pasado. Era el preferido de su padre y quería darle un recuerdo que lo alegrara.

Mientras me contaba, Alfonso se quitó la chamarra y prendió un pequeño calefactor de piso. Al poco rato, el lugar se volvió cálido y también me quité el abrigo. Por supuesto que intentaba disimular, pero para entonces ya me había comido como tres veces a Alfonso con la mirada. Ambos nos sentamos en el sofá y me preguntó si tenía alguna relación, pero antes de que pudiera

contestarle, se abalanzó sin previo aviso sobre mí y me besó. "¡Discúlpame! ¡Lo siento, no debí hacerlo!", dijo bastante apenado. Aunque me sorprendió su arrebato, no voy a negar que yo planeaba hacer lo mismo en algún momento; ya había notado cómo me miraba en la cafetería y en el auto no dejaba de sonreírme de la forma en que sólo lo haces con alguien que te gusta. Pero como soy el adulto, tuve que guardar la compostura. "No sé por qué. Supuse que tú eres… en fin, por favor, olvídalo, lo lamento", seguía diciendo. Entonces me acerqué de nuevo a él y lo besé. De inmediato se montó sobre mis piernas y comenzamos a besarnos como dos adolescentes a escondidas. Siempre tuve la inquietud de tener un encuentro con alguien más chico que yo, pero no se había dado la oportunidad.

Es verdad cuando dicen que, a partir de los treinta, los de veinte comienzan a parecerte un buen aperitivo. Le quité la playera y su hermoso torso de veinteañero quedó al descubierto. La ligera capa de vello en su pecho me hizo perder un poco el control y comencé a besarlo y a morder ligeramente sus pezones. Luego, él me quitó la playera y yo le desabroché el pantalón, metí mi mano en su ropa interior y noté que estaba húmedo.

"¡Espera!", me dijo alarmado. El chico se vino en los calzoncillos cuando apenas había tocado su erección. De inmediato se levantó hecho un manojo de vergüenza y comenzó a vestirse. "Perdóname, debes pensar que soy patético, yo no querí…", en ese momento me levanté y lo detuve en seco. "Oye, relájate. Está bien. A todos nos ha pasado y me siento halagado de que te haya pasado conmigo", le dije. Alfonso se sentó en el sofá a medio vestir y luego dijo: "La verdad nunca lo he hecho con un hombre. Por años he soñado con esto, tenía tantas ganas de probar, pero no pensé que resultara así. Además, siempre me has gustado, eres muy atractivo y me pones nervioso", confesó.

En ese momento mi señora interior surgió y no pude evitar mirarlo con ternura. Quería darle muchos besitos y apretarle los cachetes. Fugazmente vino a mi cabeza mi primera vez y cómo eyaculé de manera involuntaria en la boca de un sujeto en el momento en el que rozó mi pene con su lengua. Entonces recordé que los muchachitos en los veintes, por más adultos que

se vean, en el interior continuaban siendo unos adolescentes y de pronto, lejos de parecerme ridículo o vergonzoso, el momento se me hizo lindísimo. Me recosté en el sofá, le hice una seña para que se recargara de espaldas sobre mí y lo abracé mientras acariciaba su pecho suavemente y le daba besitos en las orejas.

"Es muy lindo lo que has dicho y no tienes por qué disculparte. Nadie nos enseña ni nos prepara para estas cosas en la vida, lo vamos descubriendo y aprendiendo sobre la marcha. Mi primera vez con un chico fue un absoluto desastre y esto que te ha pasado créeme que está muy lejos de ser un desastre. Además, me excitó que pasara", dije. Él soltó una risita y poco a poco empezó a relajarse.

Me contó que todavía no se animaba a salir del clóset. Sus padres, al ser muy religiosos y tradicionales, esperaban de él lo que se espera de los hijos en una sociedad heteronormativa: que tuviera una esposa y les diera nietos. "Sólo he tenido novias para darles gusto y disimular, pero es muy cansado vivir aparentando. Incluso tuve que inventarle a mi padre que perdí la virginidad con una chica de la universidad y la realidad es que jamás he tenido sexo con nadie porque esperaba con ansias este momento y quería que fuera perfecto."

Lo abracé más fuerte y le planté un beso en la mejilla. Sentí pena de saber que, a estas alturas del partido, todavía hubiera gente obligada a fingir ser alguien que no es con tal de no pasar por todo lo que implica el rechazo y el estigma. Por eso es que Alfonso, luego de las fechas navideñas, empacaría sus cosas, se iría a Europa a estudiar una maestría y luego un doctorado. No lo hacía por los títulos o para darle gusto a sus padres, lo hacía para huir y poder tener una vida donde no tuviera que esconderse y nadie lo juzgara por ser quien era.

"Pienso que debes hacer lo que sientas que es mejor para ti. Si irte lejos te ayudará a ser más libre, no lo pienses y vete", le dije. "Me encantaría que fueras tú con quien me quedara. ¡Vente conmigo!", por un instante había olvidado lo intenso que se puede ser a los veintitrés. Alfonso se volteó y quedó de frente a mí, me miraba fijamente y con ilusión.

"Eres un chico muy dulce, Alfonso. Sigues siendo ese niño

encantador de siempre. Yo o cualquier otro sería muy afortunado de poder estar con alguien como tú, pero tenemos caminos diferentes. Yo regresaré a la ciudad y tú te vas, y tienes que hacerlo porque debes encontrar tu camino y no detenerlo por nada ni nadie. Confía en que vas a encontrar a alguien bueno que te va a querer, te va a apoyar y te hará ser mejor persona de lo que ya eres. Te lo digo por experiencia. Allá afuera hay muchas personas esperando encontrarse con alguien como tú, sólo debes ser paciente y seguir viviendo tu vida para convertirte en alguien que valga la pena ser encontrado", soné a mi terapeuta, lo sé. Pero le dije una verdad. Y quizás también me estaba diciendo todo eso a mí mismo. Alfonso sonrió y me besó de nuevo, lo abracé fuerte, como si jamás quisiera soltarlo. Quería que su primera vez fuera algo que le gustara recordar y eso hice. Decir que estuvo maravilloso es poco.

Benditos sean los de veinte.

Quizás no se trate de tanto buscar,
sino más bien de dejarse encontrar.
Porque vale más atreverse a vivir
que por amores que no llegan siempre sufrir.
Ahora tú me encontraste y al menos,
un buen rato sí me regalaste.
Y aunque al final ninguno nos pudimos quedar,
ese momento es algo que ambos vamos a recordar.
No importa que pase el tiempo,
ese siempre será nuestro momento,
un recuerdo que de pronto va a surgir
y a ambos nos hará sonreír.
A ti allá en tu vida lejana
donde no tengas que esconderte de nada,
y a mí acá, en mi vida tranquila,
llena de mi propia compañía.
Antes de partir, hay algo que te quiero decir:
que todo eso bueno que quieres te pueda encontrar
y puedas vivir sin tenerte que ocultar.

Diciembre 20

Luego de la cálida bienvenida que Alfonso me dio en el pueblo, lo llevé a saludar a mis padres y a la abuela. Les dio mucho gusto verlo. Mi madre me lanzó una mirada suspicaz porque intuía lo que había pasado entre él y yo. Yo me encogí de hombros y me hice el disimulado. Me habían cachado en mi travesura.

Por la mañana de ayer, muy temprano, Alfonso y yo fuimos a desayunar a uno de los restaurantes que tiene una vista impresionante del bosque. Hablamos de muchas cosas y me alegró poder estar con él, aunque fuera por un rato, y hacerle sentir que no estaba solo. Luego me llevó a casa de la abuela porque debía regresar con sus padres ya que por la tarde saldrían rumbo a carretera para pasar las fiestas en casa de sus abuelos maternos que viven a cuatro horas de aquí.

Estacionó el Jeep frente al portón de mi abuela y cuidando que nadie nos viera, para no meterse en problemas, nos besamos de nuevo. Le agradecí por el tiempo y le deseé feliz Navidad. Le dije que esperaba que le fuera muy bien en Europa y le apunté mi número y mi dirección en su celular por cualquier cosa que se le ofreciera. “Por favor, no dudes en escribirme cada vez que quieras. Vivir solo en el extranjero puede ser complicado al inicio, así que si necesitas charlar, yo estaré feliz de hacerlo. Me dará gusto saber de ti. Y cuando vengas, ya sabes que también tienes lugar a dónde llegar en la ciudad.” Él me sonrió, me abrazó y me dio un beso en la mejilla. Bajé del auto y arrancó.

Estaba contento, ambos lo estábamos.

Por otro lado, hoy acompañé a mi abuela a comprar algunas prendas de ropa en las tiendas que había en el centro del pueblo para el intercambio de regalos. Mientras caminábamos, ella tomada de mi brazo, me dijo que había visto la manera en la que Alfonso me veía. "Ese muchacho siempre ha estado enamorado de ti." Yo me extrañé. Mi madre le contó, estoy seguro. "Te miraba con unos ojos de borrego que pude sentir la miel brotando de ellos. Siempre le has gustado", agregó. Me dijo que siempre había sabido de Alfonso y que desde que éramos niños lo había notado.

"Cada vez que venías, Alfonso no se te despegaba, quería andar contigo para todos lados y yo lo veía, pero preferí hacerme tonta", dijo. Le respondí que Alfonso me parecía un extraordinario chico, pero él y yo teníamos caminos diferentes. "¿Ya estás mejor de tu separación?", me preguntó. Le dije que sí, infinitamente mejor y que por eso no quería una relación formal con nadie. Y no es porque no me sienta listo, quizás lo estoy, pero la verdad no tengo ganas.

Luego de escoger los regalos y salir de la tienda de ropa de regreso a casa, mi abuela me contó que ella también tuvo un amor que no pudo ser: Don Máximo. Yo me quedé como Elsa: *Frozen*. Ese chismecito no me lo sabía y puse especial atención. En su juventud, él la pretendió mucho tiempo, pero mi bisabuela quería que se casara con mi abuelo porque la madre de Máximo había sido abandonada por su marido y para la bisabuela era vergonzoso que su hija estuviera casada con el hijo de una mujer dejada.

En cambio, los padres de mi abuelo eran la representación perfecta de un matrimonio tradicional y muy católico, además, eso le encantó a mis bisabuelos y arreglaron el matrimonio. "Yo quise mucho a tu abuelo, fue un buen hombre conmigo, con tu madre, con tus tías y tíos. Cuando murió lo lamenté mucho y por bastante tiempo extrañé su presencia. Después de todo, fue mi compañero casi sesenta años. Sin embargo, por mucho tiempo y en silencio, una parte de mi corazón seguía queriendo más a Máximo y tu abuelo lo sabía. Nunca lo hablamos, pero se daba

cuenta y jamás me recriminó nada. Yo tampoco hice nada a espaldas de tu abuelo y nunca me cruzó por la mente traicionarlo, era muy leal a él, pero ver a Máximo me iluminaba el rostro. Y una parte de mí se sentía culpable por no poder ver a tu abuelo con los mismos ojos. Tu abuelo pasó toda su vida haciendo de todo para lograr que me brillaran los ojos de la misma forma en la que me brillaban cuando me cruzaba con Máximo en la calle, pero no lo logró y eso me hizo sentir culpable, así que desde entonces evité a Máximo. Ya no lo miraba al cruzar por la calle y procuraba no ir a donde sabía que él podía estar. No quería faltarle al respeto a tu abuelo y hacerlo sentir mal, porque él era bueno. Con el tiempo, Máximo también se alejó de mí porque me encargué de matar lo que él sentía por mí. En ese tiempo, habría sido un escándalo para mis padres haber dejado a tu abuelo para irme con el hijo de una mujer dejada. Después supe que Máximo encontró una buena mujer y formó una familia, pero nunca más nos volvimos a ver, hasta el año pasado, cuando murió…"

Yo me volví a quedar frío. No tenía idea de eso. ¿Por qué mi madre no me cuenta estas cosas? La abuela buscó en el bolsillo de su abrigo un pedazo de papel para limpiarse las lágrimas que habían comenzado a inundar sus ojos. Nunca había visto a mi abuela ponerse tan sensible. Siempre ha ido por la vida con esa actitud fuerte y dura que, en los últimos años, se ha ido suavizando.

Ambos nos sentamos en una de las banquitas frente al patio de la iglesia y ella continuó: "Una de las últimas voluntades de Máximo fue verme. Sus hijos sabían nuestra historia y siempre fueron amables conmigo. La esposa de Máximo murió hace ya algunos años de una enfermedad en el hígado, así que no tuvimos que vernos, ella nunca me quiso. Ese día fui a visitarlo, no quiso que lo llevaran al hospital, él quería morir en su casa con los suyos y ahí estaba yo. Me acerqué a él, lo tomé de las manos y lo único que me dijo fue que no le importaba si nuestra historia no pudo ser, él se sentía feliz de que yo hubiera encontrado a un buen hombre como tu abuelo y formado una familia unida. Porque él siempre deseó una buena vida para mí.

Me contó que cada noche en sus oraciones pedía por mí y por tu abuelo, para que siempre estuviéramos bien. Ésa era su forma de seguir amándome, aunque fuera a lo lejos. Luego me confesó que no me guardaba ninguna clase de rencor y que él jamás lo había sentido. Él entendía cómo debían ser las cosas y lo aceptó. Lo último que me dijo antes de dar su último suspiro fue que había sido un placer haber tenido la oportunidad de conocer a alguien como yo y estaba feliz de haberme visto llevar una vida alegre aunque no haya sido con él. Y se fue. Estuve triste muchas semanas y me dolió más que cuando tu abuelo se fue. Pero supongo que la vida es como es; no todas las historias están destinadas a ser y eso es todo. Pero siempre llevaremos un pedacito de ellas con nosotros, tal y como yo he conservado un pedacito de Máximo conmigo todos estos años…", la abuela entonces sacó de su cartera un pequeño papel que desdobló. Era una foto de ella y Máximo cuando eran muy jóvenes. Se veían muy guapos, sonrientes y felices. Yo trataba de contener las lágrimas, pero no pude evitar que se me escaparan algunas.

La abuela me compartió un pedazo de papel y me limpié. Entonces me dijo: "Nunca había podido contar esta historia así con nadie. Siempre la minimizaba y la hacía ver como cualquier tontería que ya había superado, pero la realidad es que para mí siempre ha sido importante, así que gracias por escuchar a esta vieja anciana y sus líos amorosos. Ya no te quiero aburrir más con mis historias tristes, vamos a casa", y se puso de pie tomada de mi mano. "No me aburres, abuela, gracias por contarme todo esto. Espero te haya hecho sentir mejor y siempre que quieras contar algo, yo estaré feliz de escucharlo." La abuela me sonrió y me acarició la mejilla. "Eres muy buen nieto, por eso te quiero tanto. Sólo un consejo: si un día te encuentras a tu Máximo no lo dejes ir, quédate. Ya llegará y sabrás que es la persona correcta", yo asentí, le planté un beso en la frente y ambos caminamos a casa donde nos esperaban para comer.

Qué curioso eso de ser un capítulo breve en la historia de alguien. Pero como dice la abuela, así es la vida y hay historias que están destinadas a no ser y por algo será. Si lo sabré yo…

Somos los que nunca bailaron
y tampoco se besaron.
Los que, en este breve cuento,
se quedaron en un simple intento.
No supimos cuál sería nuestra canción
porque no encontramos tregua para esta relación.
Y aunque ni tú ni yo pudimos ser,
en el fondo y en silencio siempre nos supimos
querer.
Nos convertimos en una memoria
que sirvió como testigo de ésa,
la que pudo ser nuestra historia.
Somos los que nunca compartieron una mesa,
tampoco la vida y tanta riqueza.
Pero al menos en el interior,
siempre estaremos presentes en la mesa
de nuestro corazón.

Diciembre 23

Algo ha pasado, pero mi abuela y yo hemos sido más cómplices estos últimos días. La he acompañado al médico para sus revisiones habituales de la cadera y, por fortuna, ha presentado bastante mejoría y en general está muy saludable. La única recomendación del médico fue que tomara más agua y menos café, y que también moderara su consumo de sal. Por todo lo demás, parece que tendré abuela por un buen rato y me alegra. Me he propuesto venir a verla más seguido el próximo año.

Hoy me tocó ir a la misa de las doce con toda la familia. Mi abuela asiste a la ceremonia un día antes de Navidad que ofrecen cada año. Hacía mucho tiempo que no entraba a una iglesia para escuchar el sermón de un sacerdote y cuando dijo: "Se honra a Dios sólo a través de la familia natural", pensé que yo iba a explotar en diamantina, pero en lugar de eso, mi madre y yo nos lanzamos una mirada y una risita burlona.

Pero no todo fue malo en la charla del sacerdote. En algún punto habló sobre la amistad y lo importante que era no olvidarnos de los amigos y entonces Elena vino a mi mente. Elena era una de mis más queridas amigas. Nos conocimos aquí, en el pueblo, cuando éramos adolescentes, hasta que sus padres y ella se mudaron y nos dejamos de ver. Mucho tiempo después nos reencontramos en uno de los primeros empleos que tuve y retomamos nuestra amistad. Ella también había estudiado arquitectura y se mudó a la ciudad, a una colonia muy cercana a

la mía. Trabajamos juntos por cuatro años, hasta que me fui a otro empleo, pero la amistad continuó. Hicimos de todo juntos: viajes, vacaciones, negocios que al final no resultaron e incluso su propia boda. En mi mente, ella y yo llegaríamos a ser viejitos juntos y yo sería tío de sus hijos, pero no.

Hace unos tres años, hubo una marcha feminista muy grande en el centro de la ciudad. Miles de mujeres salieron vestidas de morado y con pañuelos verdes para protestar por la violencia sistemática a la que son sometidas y los feminicidios. Fue un evento sin precedentes. Elena tenía muchas ganas de ir, pero estaba en un viaje de trabajo así que siguió todo por las noticias. Mi madre, una tía y algunas amigas se organizaron y fueron. Hicieron pancartas enormes con la consigna ni una menos. Yo estaba trabajando, así que no pude acompañarlas, pero ella me mandó fotos y videos de lo que ocurría, incluso me envió el video de un colectivo de mujeres transexuales que también habían ido a la marcha. Se lo reenvié a Elena y su respuesta fue algo que no me esperaba: *Las mujeres trans deberían tener su propia marcha, no tengo nada contra ellas, pero en el fondo siguen siendo hombres. Nunca vivirán la violencia que las mujeres cisgénero*[1] *vivimos*.

De entrada, me contrarió un poco su respuesta, no quise responder al momento porque seguía pensando qué decir. Estaba sorprendido de una declaración así porque en mi mente, ella era de las mujeres más abiertas e incluyentes que jamás conocí. En su equipo de trabajo había personas trans y por eso me extrañó. *Pero las mujeres trans sí son mujeres, el género es una construcción social y mental. Además, las atraviesa la misma violencia que a las mujeres cisgénero y su lucha es incluso más complicada porque históricamente han sido las más olvidadas, marginadas y violentadas. No se trata de ver quién ha sufrido más, pero creo que la idea del feminismo es justo ésa: estar del lado y al servicio de la lucha de las más apaleadas, discriminadas, violadas, asesinadas y ninguneadas por el patriarcado, el capitalismo, el clasismo y el racismo. Porque ésos son los enemigos del feminismo*, le escribí y le mandé enlaces de textos escritos por grandes mujeres expertas en feminismo, entre ellas, Judith Butler. Pero nada de eso sirvió.

La respuesta que recibí fue aún peor y me voy a dar el permiso de citarla textualmente: *Pensé que no eras de los hombres que hacía* mansplaining. *Ahora resulta que tú me vas a venir a explicar el feminismo y me vas a decir que no sé cuánto sufre una mujer. Por lo visto eres igual de macho que el resto. Me decepcionas*.

Francamente, no supe qué contestar. Su reacción era algo que nunca vi venir. Luego de su respuesta, siguió escribiéndome una serie de cosas que ya nada tenían que ver con el feminismo y se parecían más a insultos personales. Me dijo que yo siempre creía tener la razón y que era casi un fascista impositivo por querer que los demás piensen como yo, lo cual, por supuesto, es mentira. Lo que realmente me dolió fue cuando dijo, de la manera más fría e indolente:

Ahora entiendo por qué tu relación pende de un hilo. Pobre de tu pareja, no debe ser fácil estar contigo. Y ahí mi corazón se rompió. Había usado los problemas personales que yo le confié para convertirlos en flechas y lanzarlas de regreso a mí. Sólo respondí que el decepcionado era yo, porque el concepto en el que la tenía se había roto. *Es cierto cuando dicen que nunca terminas de conocer a las personas y siempre pueden sorprenderte con algo que no te imaginabas. La verdadera decepción aquí, no soy yo*. Y ya no obtuve respuesta.

Unos días después, aunque seguía molesto por lo que me había dicho, intenté hablar con ella para limar asperezas, pero sólo obtuve el "visto". Tenía esperanza de rescatar esa relación: la invité a comer, a tomar café, le mandé mensajes por todos lados y nada. Hasta que un día, su foto dejó de aparecer en mi WhatsApp. Ahí entendí que todo había terminado y me enojé mucho porque me parecía injusto. Yo la quería y era importante para mí, pero ella, al parecer, nunca me dio el mismo valor. Creo que por eso le fue más sencillo mandarme a volar. Luego me di cuenta de que me había bloqueado de todas las redes sociales y ahí se cerró esa puerta.

El luto por la pérdida de una amistad es muy peculiar. Es un duelo muy distinto al que se vive por una relación amorosa que termina. Puedo decir que perder una amistad es incluso más doloroso, porque muy rara vez se cruza la idea de que acabe. Yo

creí que seríamos un “para siempre”, pero parece que nuestra amistad estaba destinada a ser sólo por una temporada de nuestras vidas. Me dolió mucho, pero entendí que no podía traicionar mis valores éticos y morales sólo para conservar una amistad con alguien que estaba decidiendo ser parte del lado incorrecto de la historia. Y hoy, a poco más de tres años, nos volvimos a encontrar.

Sabía que sus padres se habían regresado al pueblo, pero no sabía que ella solía pasar las navidades acá también y mucho menos, que asistía a misa. Cuando el Padre llamó a los fieles por la ostia, una gran fila de personas se hizo en medio de las bancas. Yo me formé más por presión de mi abuela que por voluntad. Y entonces la vi. Ella había pasado antes y de regreso a su lugar nos cruzamos. Intentó disimular que no me había visto, pero le fue imposible porque tenía que pasar justo al lado de mí. Yo la vi por un instante, ese en el que nuestras miradas se cruzaron fugazmente. Le esbocé una muy pequeña sonrisa y no pasó nada, ni un levantón de cejas, un gesto, nada. En sus ojos ya no había rastro de la amistad que por tantos años mantuvimos. Sentí que se me apachurró un poco el corazón justo cuando ella se siguió de largo y pasó junto a mí. Fue muy claro que entre nosotros no existía rastro de lo que fuimos y sólo pude seguir viendo al frente.

Al llegar frente al Padre, tomé la ostia, que ahora viene envuelta en plástico (lo cual me parece una gran idea porque me daba asco que el sacerdote la pusiera en tu boca con los dedos que ya había metido en quién sabe cuántas bocas antes), la coloqué en mi lengua y regresé a mi lugar. Ahora Elena fue la que me veía a lo lejos y yo me di cuenta, pero esta vez ya no permití que nuestras miradas se cruzaran. Así que hoy, en esa iglesia y tanto tiempo después, supongo que por fin pude poner ese punto final que tenía pendiente.

Aun así, gracias Elena. Fue lindo conocerte.

---

1 Cuando la identidad de género de una persona coincide con el sexo asignado. Por ejemplo, una persona asignada mujer al nacer que se identifica como mujer.

Gracias por haber estado
en un tiempo de mi vida ya pasado.
Quiero olvidar lo que dijiste y que me hizo sufrir,
para conservar únicamente lo que nos hizo reír.
A pesar de nuestra repentina y abrupta lejanía,
fuiste en su momento una maravillosa compañía.
Pero ya entendí que dejarnos ir
era lo que tenía que ocurrir.
Fuimos un gran equipo, un par
con mucho para dar.
Pero se nos dividió el camino
y ambos escogimos distintos destinos.
Ahora que ya no estás
he aprendido a dejar de mirar atrás.
Y aunque ya no hay rastro de nuestra amistad,
te recuerdo con amor por esos años de tanta
felicidad.

Diciembre 26

Jamás en mi vida había comido tanto. No quiero saber de comida hasta 2063. Quise sentarme a escribir ayer y contarte cómo había estado la cena, pero el día de recalentado es prácticamente otra celebración y no tuve tiempo. Vinieron a casa de la abuela amigos de la familia que hace tiempo no veíamos y acabamos tarde de nuevo.

La cena fue un banquete digno de reyes. Y ayer seguía habiendo mucho de todo: pierna, pavo, romeros, pasta, lasaña, ensalada de manzana… He comido lo que bien pudo haber alimentado a todo un equipo de futbol americano. Pero estuvo delicioso y de la gastritis ni me acordé.

Por cierto, ha pasado algo inusitado: el veinticuatro por la noche, recibí una tarjeta navideña en casa de la abuela. Era de Elena: *Lamento mucho lo que una vez te dije, espero que no sea demasiado tarde y aceptes mis disculpas. Feliz Navidad*. Por un instante, una parte de mí volvió a sonreír y me alegré de leerla, pero otra, la más realista, me hizo ver que ya no sentía nada y aunque era un lindo gesto de su parte, eran unas disculpas que, en efecto, llegaban algo tarde.

Le respondí hasta ayer por la mañana con otra tarjeta navideña que fui a echar en su buzón personalmente y, como no tenía intención de abrir esa puerta de nuevo, sólo respondí con un: *Yo ya te perdoné. Me alegra saber que estás bien. Mucha suerte en todo*. Pienso que pudo mandarme un mensaje directo a mi celular, puesto que no he cambiado de número en años. Pero eso

quiere decir que no me ha desbloqueado y tampoco tiene intenciones de hacerlo para rehacer el vínculo. Quizá sólo quería cerrar el ciclo. Por eso puse el "mucha suerte en todo", para darle a entender que no me interesa volver a verla, que le agradecía, pero eso no significa que quiera regresar a ese sitio. Ya está, así de rápido y simple fue. No sé si habrá leído la tarjeta. Yo espero que sí. Es extraño esto de escribirle por última vez a alguien con quien escribía libros enteros en el chat de WhatsApp.

Alfonso también me escribió y luego me llamó. Me dio gusto oírlo. Me contó que está pensando hablar con sus padres antes de irse a Europa. No quiere irse huyendo, quiere dejar todo claro y eso me parece muy valiente. También me dijo que me extraña y que en las primeras vacaciones que tenga le gustaría llegar conmigo a la ciudad. Le dije que siempre será bienvenido.

Fue lindo pasar estas fechas rodeado de tanta gente. No había disfrutado de una Navidad así en mucho tiempo, ¿y sabes qué? Me di cuenta de que soy afortunado, porque a pesar de todo lo que he recorrido estos dos años, la vida no ha dejado de ser buena conmigo ni un solo instante y creo que apreciar eso es lo realmente valioso.

Ahora acabo de terminar de hacer mis maletas, me regreso con mis padres a la ciudad mañana temprano. Aunque ha sido muy bonito estar aquí, ya extraño mi cama y el silencio de mi departamento. Mis padres y yo hemos decidido pasar Año Nuevo en casa con las amigas de facultad de mi mamá, sus esposos y sus hijos. Volverá a haber casa llena y seguramente volveré a comer mucho, pero si mi antiácido de confianza está conmigo, ¿qué platillo contra mí?

Nos vemos en mi regreso a la gran ciudad.

Diciembre 29

Fue un agradable regreso en carretera. No recuerdo cuándo fue la última vez que viajamos juntos en auto, pero me gustó. Sin embargo, disfruté aún más llegar a casa y tirarme en mi cama, dejándome consumir por ese silencio que me encanta. Extrañaba mi espacio. Al llegar me asomé por la ventana al departamento de René, pero las cortinas seguían corridas. Quizás se fue de vacaciones…o se mudó. Hasta ahora caigo en cuenta de que ni siquiera en Navidad me mandó una felicitación, yo tampoco lo hice porque, a decir verdad, ni me acordé. Es probable que yo tampoco me haya cruzado por su mente. Ojalá no se haya mudado, me empezaba a caer bien eso de oír su música.

En otras noticias, hoy recibí una sorpresa que aún estoy procesando. Luego de regresar del supermercado, alguien tocó el timbre. Eran Emma y Mariel, las chicas dueñas de Pequeñita, es decir, Mila. Me extrañó mucho verlas y lo primero que pensé fue que Mila se había perdido de nuevo. Les abrí por el interfón y subieron. Al llegar a mi puerta pude ver que traían una caja. *Seguramente es un arcón navideño*, fue lo primero que pensé. Las invité a pasar y les ofrecí café.

"¡Qué suerte que te encontramos!", dijo Mariel. Yo seguía extrañado. Tomé asiento y les pregunté el motivo de su visita. Era agradable verlas de nuevo. Emma me dijo que ambas se habían quedado pensando en qué podían hacer para agradecerme todo lo que había hecho por Mila y que la mejor manera de hacerlo era con lo que había en la caja. "Ábrela", me

dijo Mariel muy entusiasmada. Tomé la gran caja y la puse sobre mis piernas, le quité el moño navideño y entonces lo vi ahí, todo pequeño, tierno e indefenso: era un cachorrito de pitbull. Era hermoso, su pelaje gris era extremadamente suave. Lo saqué con cuidado de la caja y lo tomé entre mis brazos. No pude contener las lágrimas de alegría y supe que eso de la gente llorando en videos cuando le regalan una mascota es real. Por supuesto Emma grabó todo y lo subió a redes. Es probable que mi reacción se haga viral.

"La tía de Mila, que es de mi hermana, tuvo bebés y pensamos que te gustaría tener uno. Lo habríamos traído antes, pero necesitábamos que estuviera destetado. Creo que va a ser muy feliz contigo", dijo Emma. Ambas estaban muy contentas y yo seguía hecho un mar de lágrimas. "¿Cómo vas a llamarlo?", preguntó Mariel. Les conté que a Mila le decía Pequeñita porque no sabía su nombre, así que me pareció que Pequeñito era un buen nombre.

Cuando logré calmarme un poco, les agradecí el hermoso gesto. No tenía palabras para expresar mi emoción.

Pequeñito parecía estar muy cómodo en mis brazos y entonces Emma sacó un tarjetón de su chamarra. "Éste es su carnet de vacunación, ya tiene su esquema casi completo. Sólo le falta un refuerzo que debes aplicarle en un mes." Emma dejó el carnet en la mesita de centro y entonces ambas se pusieron de pie. "Es uno de los mejores regalos que me han dado, no tengo palabras para agradecerles", dije aún con el perro en mis brazos. "Agradecidas siempre vamos a estar nosotras por lo que hiciste con Mila. Por favor, no dudes en llamarnos si necesitas algo", dijo Mariel. "Por cierto, el primer sábado de enero vamos a hacer una pequeña reunión con amigos y nos encantaría que vinieras", dijo Emma. Sin pensarlo acepté. Las acompañé a la puerta y nos despedimos.

Es la primera vez que me toca cuidar a un cachorrito, pero creo que seré un buen "papá". Ahora Pequeñito está explorando su nuevo hogar. Ya comió y ya hizo pipí sobre la alfombra de la sala. Creo que tendré mucho trabajo para enseñarle dónde puede hacer sus necesidades, pero me gusta saber que ahora puedo

cuidar a alguien que no sea sólo yo. Mañana mismo iré a la tienda de mascotas a comprarle una camita y algunos juguetes para que pueda morder.

Supongo que debo ir despidiéndome de mi sagrado silencio y no me molesta en absoluto.

Me dijeron que un día iba
a encontrar un amor a mi medida.
Dijeron que sería alguien que, al verme,
siempre sentiría desbordante alegría.
Ahora veo que tenían razón,
aunque nunca me dijeron
que tenía cola, cuatro patas
y la capacidad de robarse mi corazón.

Me dijeron que un día iba a encontrar un amor a mi medida...

Enero 2

Fue un maravilloso fin de año. Pequeñito fue la sensación en casa de mis padres, como aún es muy bebé, me dio pendiente dejarlo solo así que lo llevé conmigo. Le compré una corbata de moño y fue el más guapo del lugar. La cena estuvo deliciosa y también le gané a la acidez y a la gastritis. Cien puntos para Gryffindor.

Fue muy grato que mi madre disfrutara de la compañía de viejos amigos y me gustó reunirme de nuevo con los hijos de algunos de ellos a quienes hace muchos años no veía. La velada fue tan divertida que no nos dimos cuenta cuando nos dieron las cinco de la mañana. Recuerdo que el año pasado la pasé en la playa solo, según yo para sanar y reencontrarme, pero no fue así, la pasé llorando en mi cuarto de hotel viendo una transmisión barata de Año Nuevo por televisión. Jamás quiero volver a pasar un fin de año así.

Ayer mi padre fue el primero en pararse para limpiar un poco y, mientras lavaba los trastes de la cena, Pequeñito le hizo compañía. Luego, como a las once nos levantamos mi madre y yo. Para entonces ya estaba todo muy limpio y ordenado. El recalentado lo disfrutamos los tres en casa, bueno, los cuatro. Vimos películas, jugamos juegos de mesa y sacamos a Pequeñito a dar su primer paseo por la ciudad. Insisto en que no hay nada como la paz que da estar en casa de los padres y me sentí muy afortunado por tenerlos conmigo un año más. Sé que un día no van a estar, pero ya aprendí que el presente es lo único que hay y

debo aprovecharlo bien.

Durante el último año he entendido y aprendido más cosas que en otros, quizás porque me cansé de seguir igual y porque no me quedó de otra más que abrirme y ser más receptivo. Aprendí que quien está es quien debe estar y punto. Porque no se trata de quien se va y después regresa y tampoco de quien no quiso o no pudo quedarse y eso me incluye a mí en la vida de otras personas, claro. Se trata de quienes deciden quedarse con uno porque quieren y pueden, sin que haya que pedirlo. No importa si son amigos, familia o un amor, siempre serán más importantes los que sí están.

Hoy, a casi dos años de haber navegado en un mar de emociones desde mi separación, puedo decir, por primera vez, que me encuentro en el lugar al que quería llegar: mi paz. Sigo soltero y nadie ocupa el otro lado de mi cama —a veces Pequeñito lo usa— pero ya comprendí que eso no significa que esté solo. Ahora, por ejemplo, soy "papá" de un lomito. Aunque quizás nunca he estado en realidad solo porque siempre estuve conmigo, únicamente que al inicio no podía verlo y tampoco quería darle valor a mi propia compañía porque seguía enfrascado en mi drama personal. Siempre es más fácil ahogarse en un vaso de agua que ver el panorama completo.

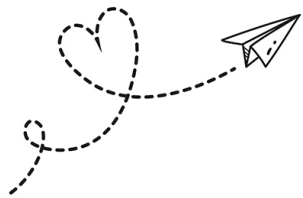
He conocido gente que ahora ya no está, me reencontré con otros que creí que ya se habían ido y me seguí encontrando con los que siguen aquí, decidiendo que yo sea parte de sus vidas. Comprendí que lo más importante no es tener a alguien o alcanzar el ideal de la felicidad en pareja. Antes creía que sí, pero ahora sé que yo soy mi propio y más importante proyecto de vida, siempre en proceso y constante mejora. Al inicio del año pasado, en medio de mi tormenta emocional, leí un libro, no recuerdo el título, pero sí me acuerdo de una frase: "Todo pasa, todo cambia y vuelve a empezar". Al inicio no la entendía (o no quería), pero ahora comprendo su significado. Y entonces acepté que es cierto, que al final nada ni nadie duele para siempre. Todo es un ciclo de constante cambio y lo doloroso es resistirse a fluir con esos cambios.

En algún punto pensé que a estas alturas quizás tendría una

nueva relación, pero ya no espero llamadas ni mensajes ni notificaciones de nadie. Me gusta no tener la necesidad de compartirme con alguien porque, por el momento, así estoy bien. Y quizás es cierto, quizás soy el “ni siempre ni nunca, ni tú ni yo” de varias historias, pero ahora también soy un “siempre conmigo”. Cada vez que me veo al espejo, observo la compañía más valiosa e importante que tengo y si me tengo a mí, tengo todo.

Gracias por estar y acompañarme en mi viaje.

¿FIN? No, es el inicio del viaje conmigo para descubrir todo lo bueno que aguarda más adelante.



Y después de un largo camino,
finalmente he llegado a mi destino.
Por fin volví a ese lugar
donde me he podido reencontrar
para mis piezas poder armar.
He convertido todo lo vivido
en aprendizajes que ahora tienen mucho sentido.
Y aunque por un tiempo
me perdí en medio de mi tormenta gigante,
jamás olvidé todo lo que en mí ya era brillante.
A pesar de tanto dolor, pude encender de nuevo mi luz
y entonces vi todo con una nueva actitud.
Todo lo que antes me ha herido
son ya memorias y lecciones
de eso que he comprendido.
Ahora puedo tomarme de la mano
y seguir recorriendo lo que me quede de tramo.
Porque entendí que perdonarme
es la mejor manera de acompañarme.
Y ahora que no pienso abandonarme,
me emociona este nuevo sendero recorrer
y disfrutar de todos los regalos que me quiera ofrecer.

Epílogo

¡Hola!

Espero que te la hayas pasado muy bien en estas fechas. Lamento haberme desaparecido tan de repente. Tuve que viajar por una emergencia de trabajo, apenas y pude llegar a tiempo para pasar Navidad y Año Nuevo con mi familia. Supongo que debió ser muy duro ya no tener a alguien que te pusiera buena música desde su ventana, pero ya regresé. No pensaste que te ibas a librar de mí tan fácil, ¿o sí?

En fin, me traje de casa de mi madre unos acetatos increíbles de Big Band Jazz que estoy seguro que te van a gustar. La pregunta es: ¿qué tal que, en lugar de oírlos desde tu ventana, te invito por la tarde a mi departamento para que los escuches?

Puedo hacer chocolate con malvaviscos, se ve que hoy hará un frío endemoniado. Seguro sigues dormido, es temprano, pero avísame cuando despiertes.

Me gustaría mucho conocer a mi vecino.

Y bueno, supongo que así es como la vida de pronto te sorprende. Dejar de buscar es una buena forma de encontrar. Al final, siempre vendrán más personas, más amigos y, claro, más y mejores amores. Ya aprendí a no aferrarme.

QUE TU SOLTERÍA NO SEA UNA CONDENA NI UN CASTIGO, PORQUE NO LO ES. ABRÁZALA Y DISFRUTA CADA EXPERIENCIA QUE VIVAS EN ELLA. AGRADECE CADA ENCUENTRO Y TAMBIÉN CADA DESENCUENTRO, PORQUE ESTÁS EN LA MEJOR ETAPA DE TU VIDA PARA CONVERTIRTE EN LA PERSONA QUE TANTO DESEAS SER Y, CUANDO EMPIECES A SERLO, VA A LLEGAR ESE TIPO DE GENTE QUE TANTO ANHELAS ENCONTRAR Y SEGURO QUERRÁ QUEDARSE CONTIGO. TE PROMETO QUE SÍ.

ALEX TOLEDO

Usa estas páginas para escribirte una carta y decirte esas cosas que tanto mereces.

Léela cada vez que lo necesites, así no olvidarás que siempre cuentas con alguien: tú.

Agradecimientos

Deseo profundamente que hayas disfrutado leer este libro tanto como yo disfruté escribirlo para ti. ¿Sabes? Mientras lo hacía no dejaba de pensar en ti y todo eso que me has contado a través de mis redes sobre tu soltería y los líos amorosos que has tenido. Y por eso lo escribí con tanta dedicación, porque ni tú ni nadie debería sentir que la soltería es una condena. Yo creo que eres un ser muy hermoso y mereces encontrar aquellas relaciones que tanto deseas para poder sentir plenitud y felicidad, pero debes empezar por alimentar la relación contigo. Quizás lo que ha fallado es que has puesto toda tu atención en tu desesperación por encontrar a alguien, o tal vez sigues estancado, asustado o enojado por experiencias pasadas y en tu afán de no volver a pasar por lo mismo, te has impuesto una soledad autodefensiva. Sea cual sea la razón, ábrete a la experiencia de disfrutar de ti antes de querer que otras personas lo hagan. Compártete contigo antes de compartirte con alguien más, así verás que tú mismo eres la clave para atraer buenas compañías.

Quiero agradecerte a ti y a cada una de las personas que me leen y siguen mi trabajo por dejarme entrar en sus vidas ahora a través de este libro. Gracias por hacerme parte de tu día a día y dejarme compartir contigo lo que tengo que decir al mundo sobre estos temas. El tiempo que tú y tantas personas alrededor del mundo dedican para leerme un rato es invaluable y algo que no puedo pagar, sólo puedo agradecerlo y honrarlo.

Gracias también a todo mi equipo de trabajo en Penguin Random House, en especial a Dalila, mi editora, qué placer trabajar contigo, eres lo máximo. A Eli por creer en mí y confiar en mi trabajo y mi talento, me siento muy apoyado y respaldado

por ti, querida. A mi querido Alan por su compromiso y profesionalismo, es todo un placer ser tu amigo. A Diego Medrano por la espectacular portada y ser de los mejores diseñadores que hay, eres un crack, de grande quiero ser como tú. A Melissa por su paciencia con mis vicios de escritor y pulir este texto (prometo ya no repetir ideas). Y al resto del equipo maravilloso en Penguin, porque una vez más dieron lo mejor y lo más bonito que tienen para que este libro quedara lo que le sigue de guapo. Siempre he pensado que un libro no es sólo trabajo de quien lo escribe, en realidad, es el trabajo de muchísimas personas que aportan su esfuerzo, dedicación y compromiso para que al final tú puedas tener algo tan bonito y de calidad en tus manos, porque lectores como tú lo menos que merecen es siempre lo mejor.

Así que gracias mis pingüinos por subirse conmigo a este barco y emprender esta nueva aventura que, estoy seguro, está destinada a traernos dicha, alegrías y felicidad.

Gracias, gracias, gracias. Siempre.

@alejillotol

Querida persona soltera:

Si alguna vez te has preguntado cómo lidiar con tu soledad, estas páginas son la respuesta que esperabas. Lo que tienes en tus manos es una carta de amor a la soltería y a todas las personas que están aprendiendo a disfrutar de su propia compañía. Porque en la soledad también hay felicidad y experiencias que valen la pena contar: encuentros fugaces que, aunque están destinados a no ser, significan algo y nos ayudan a entender que al final, la relación más importante es la que tenemos con nosotros mismos. Y si comprendemos eso, podemos confiar en que siempre habrá nuevos encuentros, historias y sí... quizá nuevos amores.

Síguelo en
@alextoledoescritor
@alejilloTol
@alejillotol
@alejotol

BLACK*Birds*
Libros irresistibles.
Un quererse en cada página.
Un soplo de palabras para volver
a empezar cada día.

Alex Toledo nació el siglo pasado en la Ciudad de México. Es comunicador, terapeuta enfocado en relaciones interpersonales y experto catador de quesos y pan dulce. Además de varios libros, ha escrito artículos para algunas publicaciones importantes como *Vogue México, Newsweek* y *Timeout*. Cuando no está dando terapia y ayudando a otros a curar sus emociones, está escribiendo algún libro nuevo, creando contenido en redes para su más de medio millón de seguidores o patinando por las calles de la caótica CDMX mientras escucha pop de los dosmiles, su favorito.

Penguin Random House Grupo Editorial

Ni siempre ni nunca
(ni tú ni yo)

Edición en formato digital: septiembre, 2022

D. R. © 2022, Alex Toledo

D. R. © 2022, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

D. R. © Lorena Mondragón (@lore_mondragon), por la ilustración de portada
Fotografías en interiores: © iStock Images
Diego Medrano, por el diseño de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-382-240-4

Composición digital:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx